

Juan Francisco Polo

Unas cuantas calles

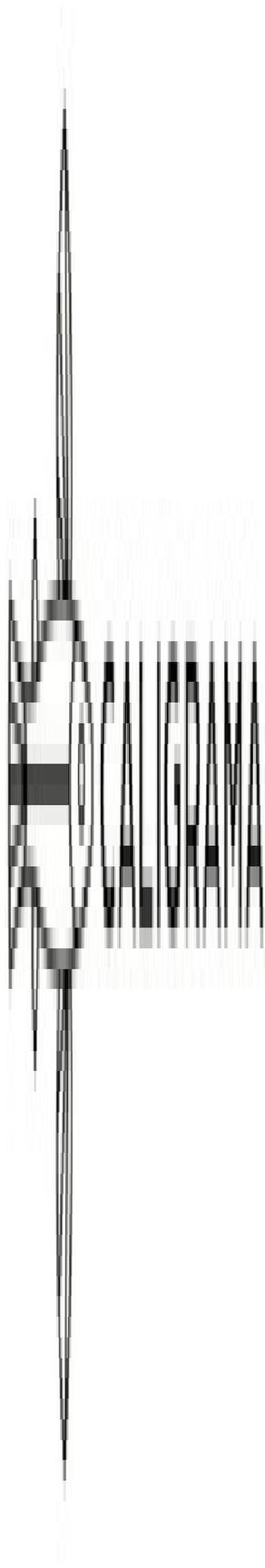


CALIGRAMA

Unas cuantas calles

Unas cuantas calles

Juan Francisco Polo



Unas cuantas calles

Primera edición: 2019

ISBN: 9788417984199

ISBN eBook: 9788417984694

© del texto:

Juan Francisco Polo

© de esta edición:

CALIGRAMA, 2019

www.caligramaeditorial.com

info@caligramaeditorial.com

Impreso en España – Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a info@caligramaeditorial.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Este libro lo dedico a mi abuela Victorina,
que en paz descanse, y a mi madre, Pilar,
a la que tanto quiero.*

*Ya todos mis amigos de aquella época,
en especial a Alfonsito, Jose, Roberto, Pepe,
Perico, Andrés, Millán, Paquito, los hermanos Soto,
el otro Jose, Amparo, Yoli, Mamen, Paquita
y tantos otros a los que recuerdo con afecto.*

*Esta novela la he escrito pensando en Borja,
Nico y Paquito, mis tres hijos.*

Prólogo

En las personas, en los países y en las sociedades aparecen de tarde en tarde encrucijadas que bruscamente cambian su vida y marcan su destino, cruces de caminos que les llevan de unos lugares para conducirles a otros.

Esta novela de muchos personajes retrata el dilema de una generación. Aborda la lucha entre padres e hijos, el cambio de valores, la ruptura de mentalidades, la plenitud de la adolescencia, la llegada de la política y del sexo, todo ello en un país al borde de una transformación histórica.

Algo importante iba a pasar en España a principios de los setenta. Todo el mundo lo intuía. Se palpaba en las calles, en la piel de la gente. Una revolución silenciosa recorría la sociedad española de aquellos años inolvidables. Se sabía en los periódicos, en las universidades, en las fábricas, en el barrio de Salamanca, en los juzgados... Se sabía en los barrios de clase media baja, como era el mío. Nada sería igual en aquella sociedad que moría lentamente por la fuerza de los hechos, que moría vieja y anticuada ante el nacimiento de una España nueva, europea y moderna.

Esta novela habla de aquella época que marcó la vida, las costumbres y la forma de pensar de un par de generaciones y, posiblemente, determinó la de las posteriores. Unos años trepidantes en los que la política, el sexo, la cultura y la libertad entraron en las venas de los españoles para cambiar sus mentes y sus músculos, para modificar los genes de este viejo país y convertirlo en uno de los más atrevidos de Europa en apenas unos cuantos años.

Mi barrio estaba situado en los alrededores de lo que se puede considerar el centro viejo de Madrid. Era un barrio de clase media baja, más media en unos casos y completamente baja en otros muchos. En sus calles recibí la educación escolar, la sentimental, la política, la deportiva, la cultural y la sexual. No creo que ninguna de ellas, con quizás la excepción de la escolar, estuviera ni muy pensada ni nada planificada. Pero el hombre que he sido y que soy se forjó en aquellas cuantas calles que recrea esta novela. Eso mismo les pasó a muchas personas de mi época.

Siempre me he considerado un chico de barrio, con sus emociones, con sus valores, con esa forma de pensar tan romántica, pero también tan pegada al terreno y tan cercana a lo primario. Un chico de barrio que siempre toma partido por todo o por casi todo. Pegado a sus convicciones, celoso de sus costumbres y, sobre todo, muy amigo de sus amigos, con ese sentido de la lealtad que no se borra nunca en la vida.

Mi barrio, con sus vecinos, con mis amigos, me permitió descubrir la política en las protestas de los obreros y en el testimonio de los republicanos derrotados. Me hizo conocer el sexo en los bancos de las calles y en los guateques de «tocatas y cubatas». Me dejó acceder a la literatura en las novelas de rústica que nos dejábamos los unos a los otros de aquellos escritores que no

figuraban en los libros de texto. Y al *rock*, en las emisoras de FM y en los LPs de sinfónicos y roqueros, de melenas y ropajes provocadores.

La historia discurre a mediados de los setenta, cuando Franco estaba agonizando al mismo tiempo que todo su régimen se derrumbaba, que todos los valores que cimentaron su España estaban siendo arrojados al baúl de la historia. Era la antesala de una ruptura sin precedentes que enfrentó, en ocasiones, a padres con hijos.

La novela se desarrolla en un domingo de abril, a lo largo de un día por el que desfilan decenas de personajes para protagonizar cientos de situaciones, cientos de vidas, contadas a pequeños retazos, para mostrar la fotografía viva de una sociedad nueva.

1

La ciudad dormía cuando aquel domingo de abril me incorporé de la cama. A Madrid no le gustaba madrugar. Se divertía por la noche y descansaba perezosamente por la mañana. Era una ciudad noctámbula y trasnochadora, dicharachera y divertida como pocas. Ni la noche negra de Franco pudo acabar con el amor a la vida y la alegría natural del madrileño.

Los domingos eran hermosos en Madrid. Todo discurría lentamente, parecía que el tiempo se detenía y los espacios urbanos se ensanchaban milagrosamente. El sol dejaba caer sus rayos dorados desde un cielo azul cargado de nubes de algodón. El silencio ganaba la batalla al ruido de los motores y los cláxones. La ciudad recobraba durante unas horas por la mañana el olfato y el sonido del silencio. Madrid perdía su aire de metrópoli y recuperaba el ambiente de gran poblacho manchego del que tanto se enorgullecían los madrileños de pro. Solo los churreros, los taxistas, los kiosqueros trabajaban, mientras algunos bares permanecían abiertos para mantener el ritmo de la ciudad. El resto de la población prefería aprovechar las horas de sueño, retozar en la cama o desayunar tranquilamente, aparcando las prisas de cada día para el lunes siguiente.

Yo era uno de los pocos que tenía que levantarse. Mi afición juvenil al deporte me iba a matar. Cuando el viejo despertador chirrió, casi me explota la cabeza. A los diez minutos, mi madre y mi abuela se conjuraron para realizar el primer ataque. Entreabrí los ojos y vi a las dos allí plantadas, como dos sargentos cuarteleros, dispuestas a zarandearme hasta conseguir que me incorporase.

—Niño, despierta, vas a llegar tarde al partido.

—¡Dejadme en paz!

Todo me daba vueltas. La noche anterior me había acostado muy avanzada la madrugada cargado de sueño y alcohol. A duras penas había llegado a mi casa, con la mala conciencia de que al día siguiente estaría hecho polvo.

Mi habitación era vieja y modesta, al igual que toda mi casa. Los muebles estaban gastados y desvencijados por los años de uso, y las paredes soportaban los desconchados con estoicismo. Yo la había decorado, echando un derroche de imaginación ecléctica, con fotos y pósteres de todos mis mitos e ídolos. Abrí los ojos y apenas pude apuntalar los párpados. En mi cabeza sobrevolaban imágenes borrosas de mi adorada Brigitte Bardot, que mezclaba su picardía con la brutal anatomía de Urtain, mientras unos psicodélicos Beatles se escabullían entre las piernas de Amancio, Pirri y Velázquez, mis favoritos del Real Madrid «ye-yé».

Como buenamente pude, apoyé los codos en la cama para incorporarme, pero mis músculos no terminaban de desperezarse. La noche anterior me había acostado mucho más tarde de lo aconsejable para un joven deportista que esa mañana debía medir sus fuerzas contra las huestes de Estudiantes.

Me introduje en los vaqueros y busqué una camisa limpia en el armario. Me desplazé al baño con la esperanza de que un chorro de agua fría me despejara las ideas. Lo único que conseguí fue convencerme de que aquel domingo de abril no iba a ser el mío. Me tomé el Nescafé con leche, preparado por mi madre con gesto de reproche y compasión. Tras coger la bolsa de deportes, me dirigí con mi mejor disposición hacia el campo de baloncesto, situado en perpendicular unas manzanas más allá en aquella pendiente cuesta abajo que era la calle General Lacy. Bajé los dos pisos lentamente hasta salir del portal. Hacía un día espléndido, lleno de sol y luz. El aire fresco de la mañana me despejó algo la pesadez de mi embotada cabeza, al menos lo suficiente como para recuperar la mínima presencia de ánimo que me permitiera enfundarme con dignidad el uniforme de mi equipo.

2

Vicen el Largo vivía en un conjunto de casas situadas en la calle Bustamante, conocidas como los «ochos». Los cuatro portales habían sido identificados con ese número en algún momento de su historia. Eran unos inmuebles sorprendentes, contruidos con ladrillo visto. Si los veías por fuera te daban la impresión de ser una casa de apenas unos cuantos vecinos. Pero al internarte, se descubría un inmenso laberinto de pasillos y escaleras intercalados que profundizaban hacia abajo y hacia adentro para albergar unos junto a otros a decenas de familias de emigrantes. Todas las casas eran diminutas y oscuras, iluminadas continuamente con luz artificial. Las habitaciones y las piezas eran extremadamente pequeñas. Muchas de ellas estaban habitadas por familias numerosas compuestas por los padres, varios hijos, los abuelos y tíos solteros, que dormían unos pegados a los otros aprovechando los muebles-cama o los sofás-cama.

Vicen tenía un hermano, Alfredo el Yata, que era un *vaina*, un tonto que se pasaba por listo. Y una hermana, la Conchi, que estaba más buena que el pan y quedaba a una altura sideral de nuestras posibilidades adolescentes. Nos encantaba admirar sus ojos negros, su tez morena, salida de un cuadro de Romero de Torres, y ese cuerpo que se adivinaba escultural. A los pocos años, la Conchi, se casaría con un señor mucho mayor que ella, poseedor de un próspero negocio de electrodomésticos. El caso era salir del barrio.

A Vicen se le conocía como el Largo por su estatura. Era delgado, pero fuerte y fibroso como un junco. Guapo, con los ojos claros achinados y con una espléndida melena; era el único que follaba con frecuencia. Al menos, eso decía él.

Jugaba al fútbol como los mismísimos ángeles en los eternos partidos del barrio. Esas eran sus principales actividades. No trabajaba, ni pensaba hacerlo en los próximos años. No estudiaba, recordaba haberlo hecho cuando era un niño. Hacía unos meses que había empezado a jugar en un equipo federado como delantero centro, que gustaba del fútbol preciosista, de regate largo y disparo rápido.

Más o menos al mismo tiempo que yo, hacía esfuerzos denodados por incorporarse del colchón. Dormía junto a su hermano en un mueble-cama del comedor de su diminuta casa. Nada más saltar de la cama, su inmenso cuerpo coparía todo el espacio hasta llenar el microscópico habitáculo donde se superponían la taza del váter, la ducha y el lavamanos.

3

En otro portal de los «ochos» vivía Pilarín. Su padre se fue un buen día a comprar tabaco y no se acordó de regresar. Esos olvidos eran muy frecuentes en la España de entonces. Desde aquel momento, no le había vuelto a ver ni en pintura. Se sospechaba que vivía con otra mujer con la que había tenido un par de hijos, que, curiosamente, le habían obligado a dejar de fumar. Era un método muy español aquel de sustituir el divorcio por la espantada.

La madre de Pilarín, Ramona, había tenido que fregar escaleras para sacar adelante a la niña. Lo había tenido que hacer de un día para el otro, para poder seguir pagando el alquiler e ir a la compra. Afortunadamente, su matrimonio solo había dejado una hija, en caso de haber tenido más descendencia, las dificultades se hubieran multiplicado.

Quizás las dificultades que había visto en su casa habían hecho que Pilarín, incluso ya de jovencita, se comportara como una prematura madre, deliciosa y comprensiva con todos nosotros, un ejemplo de responsabilidad y candor. Esa mañana, como de costumbre, se levantó pronto y en un santiamén ordenó su cuarto. Se vistió con rapidez para ir a comprar unos churros con los que premiar a su madre cuando se despertase. Recorrió unas calles hasta llegar a la «Churrería Maribel», situada en la esquina de Batalla del Salado con Delicias. Sacaron la docena de churros de una enorme sartén de aceite hirviendo, los pusieron en el junquillo y los espolvorearon de azúcar fina. Domingo y churros son toda una bendición del cielo. Pilarín, al regresar a su casa, preparó el café y puso la leche a calentar en la cocina de gas. Extendió en la mesa un mantel limpio y colocó las tazas y platos que había regalado a su madre por Reyes.

Empezaba aquel curso sus estudios de taqui-meca y secretariado en «Academia Afuera». Era una alumna constante y aplicada, que cada día preparaba sus ejercicios para clase con toda la atención y dedicación. En cuanto terminase, comenzaría a buscar un trabajo que le permitiera ayudar a su madre con un ingreso extra en casa. Esa era su mayor ilusión, poder tener un trabajo de secretaria y empezar a llevar a casa el dinero necesario para ayudar a que la situación mejorase y su madre dejase de fregar escaleras. Con su primer sueldo le compraría una televisión en color de diecinueve pulgadas para ponerla en el cuarto de estar.

Pilarín, mientras preparaba el desayuno, andaba distraída en sus cosas. Ya no había dudas. «Ayer me miraba mucho. Como es tan bromista no sé si lo hace en serio o por reírse de mí». Los pensamientos tiernos de Pilarín se concentraban aquella mañana en las miradas sabatinas de Luis el Pelos.

4

El vestuario estaba ya bastante repleto de gente cuando llegué. Era blanco como una patena. Como resultaba habitual encontré los uniformes extendidos sobre los bancos. Con la mirada busqué el seis, mi número. Agarré la camiseta y el pantalón y me dirigí hacia el rincón. Como casi siempre, Conejo, el entrenador, movía con una insospechada rapidez su voluminosa anatomía. Pese a que ya empezaba a hacer calor no abandonaba su espectacular abrigo de pieles que le convertían sin remedio en un oseño.

—Barriuso, ¡vístete rápido, que llegas tarde!

—¡Ya voy!

—Ya voy, ya voy... —decía el gordo Conejo con retintín—. Lo que tienes que hacer es acostarte pronto y venir antes a los partidos.

—No me des la paliza, macho.

Los días de partido, Conejo estaba más nervioso que una mona. Pero su tensión y su energía nos contagiaban una especie de agitación necesaria para todo deporte de competición.

Algunos de los chicos ya estaban vestidos con el uniforme del equipo. «Cada vez me toca más los cojones venir a jugar. Preferiría quedarme con los amigos tranquilamente por la noche, en lugar de venir aquí a correr como un gilipollas», pensaba para mis adentros al tiempo que me enfundaba la camiseta roja del equipo. El baloncesto empezaba a aburrirme. Cuando fiché por los juveniles del club era la envidia de los compañeros del colegio. Me hacía una ilusión tremenda tener un entrenador, un uniforme, un utillero, una cancha con luces, un botiquín, como los equipos de verdad. Me volvía loco la posibilidad de ir a jugar al pabellón del Madrid, al Ramiro, al Canoe, a Vallehermoso, etc. Pero, ahora, se me hacía cada vez más cuesta arriba ir a los entrenamientos tres noches por semana, justo cuando mejor me lo pasaba en el barrio y llegaban los mejores momentos.

—¡Venga, tíos, id terminando y nos vamos a calentar! —gritaba desaforadamente Conejo para meternos en ambiente.

5

—¡Gilipollas, déjame dormir! ¡No hagas ruido! —escupía el Yata a Vicen con esa delicadeza tan suya.

—¡Tócame los cojones! —respondió Vicen, para demostrar que a buenos modos estaban a la altura, mientras terminaba de vestirse.

Había quedado con algunos de los compañeros del equipo en el «Bar Recreo», para dirigirse juntos en coche al campo de juego. Como era su inveterada costumbre, Vicen siempre llegaba tarde a todos lados. Era uno de los rasgos de su personalidad que le otorgaban distinción entre los demás. Pertenecía a ese tipo de personas capaces de imprimir interés a todo lo que contaba. Fantasioso e imaginativo, poseía un sentido exagerado de la hipérbole que automáticamente transformaba en únicas las más comunes circunstancias de la vida cotidiana.

Vicen rodeaba de un aura de misterio cualquiera de sus palabras y actividades. Lo hizo con sus escauceos futbolísticos y con sus inicios en un horroroso grupo de rock —que inspiraba su nombre en Freud, pero en la versión españolizada y libérrima de «Froid»—, y que tenía como líder a un paralítico melenudo quien cantaba desde su silla de ruedas profiriendo grandes alaridos. Pero, sin género de dudas, donde Vicen alcanzaba su clímax era cuando, en voz baja, nos abría a los secretos de sus aventuras femeninas. Al caer la noche, sentado en torno a los bancos de madera de una iglesia prefabricada, Vicen, el Largo, era el rey. Allí, en medio de un silencio expectante, lanzaba los susurros de sus monólogos. «¡Qué tía, macho, qué tía! Me acercaba la lengua y le decía: chúpamela, chúpamela. ¡Uhhh! ¡Qué tía! Despacito, como me gustaba. ¡Qué tetas! Suaves y blanditas». Los demás le oíamos con ansiedad, esperando a ver si la tía se la chupaba de una vez por todas.

Mientras se dirigía al Bar Recreo, Vicen pensaba en los goles que iba a meter esa fría mañana, en las prodigiosas jugadas que protagonizaría; pero, sobre todo, en cómo lo contaría luego. «Hilario robó el balón en medio del campo. Se tiró con los pies por delante y, cuando el otro pensaba que le había pasado le dio a la pelota un poquito, se levantó como un gato y se llevó la bola. Yo me di cuenta de que les pillábamos en bragas y salí jalando pegado a la banda izquierda. Hilario levantó la cabeza y abrió a la derecha, donde se metía el Niño. Recibió, regateó al defensa en carrera y se fue al banderín de córner. Entonces, macho, yo ya entraba como una bala por el lateral del área. Y ¡cómo la tocó el cacho cabrón! La metió de rosca, ¿sabes?, como hace Ufarte, pues igualito. Y yo, como me conozco, sabía que la metía, que no la podía fallar. Según me vino, la toqué suavcita con la izquierda, para pasarle por encima al defensa, con un sombrero. Y cuando me caía, le pegué una volea con la derecha que entró por toda la escuadra. Fue acojonante, acojonante».

—Vicen, que nos vamos. Estoy-hasta-los-*güevos* de que siempre llegues tarde —le increpaba Hilario.

—Ahora te cuento, macho. Es el capullo de mi hermano que se ha puesto malo esta noche y he tenido que llevarle en el coche al hospital. Creí que no iba a llegar a tiempo al partido.

6

Los barrios de Madrid, para los chavales de la época, no se correspondían con los distritos administrativos fijados por el Ayuntamiento. Por barrio se entendía a un conjunto de unas cuantas calles, unas seis u ocho manzanas, en las que desarrollaba toda la vida. Para disfrutar no se precisaba de mucho más de lo poco que el barrio te ofrecía. Si acaso, escaparte los domingos al fútbol y, eso sí, regresar a la carrera apenas el árbitro pitase el final del partido.

Los barrios contaban con todo lo imprescindible y, según qué, hasta en abundancia. Con unos cuantos bares, un buen billar, una calzada para jugar al fútbol y un pequeño parque, era más que suficiente para ocupar las largas horas de la adolescencia.

Nuestro barrio, en su extremada modestia, disponía de esos recursos. Lo habitaban en aquella época gentes de las clases media y media baja. Muchos de los vecinos eran originarios de Extremadura que, como tantos otros, se habían desplazado a Madrid en los sesenta al olor del desarrollismo industrial. Vinieron para buscar una vida digna, lejos de la dureza del campo. En sus calles abigarradas convivía la anciana de hábitos pueblerinos con el joven padre de familia con deseos de prosperar a base de hacer horas y horas en la fábrica o en la oficina.

Mi barrio estaba situado debajo de la populosa estación de Atocha y justo encima de la abandonada estación de las Delicias. Siempre tuvo un cierto sabor ferroviario, construido por los trenes que pasaban continuamente, las vías y las tapias que conferían la estética de sus calles. Cerca, quedaba la desaparecida Estación Sur de Autobuses. El paseo de las Delicias y las fábricas de Méndez Álvaro lo flanqueaban.

La calle Bustamante era el verdadero corazón de nuestras actividades juveniles. En su corto recorrido se desarrollaba toda nuestra vida, desde la mañana a la noche. Era el escenario y las bambalinas. Por sus aceras desfilaban todos los personajes de esta historia.

No había en mi barrio nada que lo hiciera hermoso o, tan siquiera, singular. No se podía encontrar ni un monumento, ni un edificio ni una estatua. Todo era vulgar y mediocre. No había ni un solo parque, ni un cine, ni un centro de reunión para la juventud. Ni nada de nada. Solo casas, feas casas, para amontonar familias, calles anchas para que circularsen los coches, fábricas llenas de obreros y bares para las borracheras rutinarias.

Con ese desierto panorama —común a toda la juventud del final del Régimen—, las diversiones había que buscárselas cada uno por su cuenta.

El billar —al igual que en todos los rincones de Madrid— se convirtió en toda una institución, en una universidad de la convivencia y en una escuela para formar a los hombres del mañana.

Los billares reunían multitud de juegos. Hoy, todavía mis amigos se asombran de mi dominio del fútbolín, de mi capacidad para controlar la bola y coordinar los mandos. Eso lo conseguí gracias a

cientos de horas de entrenamiento en los interminables «pierde-paga» que jalonaron tantas tardes y mañanas.

En los billares la gente se reunía, hablaba y se divertía. Se empezaba a beber y a fumar. Primero, tabaco y, luego, «tate». Y a manejar «cifras». También, de vez en cuando, se producía alguna que otra pelea, pero la sangre no llegaba al río.

7

Nos encontrábamos en la cancha, con nuestros chándales rojos, enfundados y a punto de iniciar la rueda de calentamiento. La cabeza me seguía pesando como una losa y las piernas me respondían con dificultad. Mi afición a las juergas nocturnas estaba acabando con mi prometedora carrera deportiva.

¡Pii, pii, pii!, pitaba el árbitro para indicar que dentro de tres minutos empezaba el partido.

—¡Vamos chavales, acercaos! —gritaba Conejo entre grandes aspavientos—. Salen Ochoa, Asensio, Arranz, Peces y Bracero. ¡A por ellos!

Me volvía a quedar fuera del equipo inicial. Al principio me irritaba, pero ahora empezaba a parecerme lógico dado mi cada vez más deficiente estado físico.

El partido iba a empezar. Eran las diez de la mañana. El público se agolpaba en las gradas.

8

Pilarín regresaba a casa con su junquillo de churros en una mano y el *Teleprograma* en la otra. Al dar la vuelta a la esquina vio cómo la Yoli salía de su portal. Era una rubia menuda y de ojos claros a la que hacía un par de semanas había jurado amor eterno. Tenía unas tetitas pequeñas y un culito redondo y firme. En realidad, me gustó por el remoto parecido que encontraba mi imaginación con mi mito sexual, Brigitte Bardot. Mi amor por ella empezaba a desvanecerse, a medida que aumentaba el deseo que sentía por su hermana Marga, también conocida como la Cromo, por su afán por llamar la atención a cualquier precio.

—¡Hola, buenos días! ¿De dónde vienes?

—De comprar unos churros para desayunar con mi madre. Y tú, ¿qué haces?

—He salido a dar una vuelta para ver si veo a mi hermana. No se lo digas a nadie, pero fijate la hora que es y todavía no ha venido a casa. Mi madre está como loca.

—No te preocupes, Yoli. Ya sabes cómo es Margarita. Estará por ahí tomando chocolate con churros con alguien. Nunca sabe volver.

—Nos va a matar. A ver si una vez se va de casa y nos deja en paz.

Se encontraban inmersas en esa conversación cuando de un taxi descendió la Cromo acompañada de Marcos el Huevo. Su apodo era reciente, pero prontamente se había extendido por el barrio. Un día tuvo una pelea en los billares. El otro chaval le lanzó una patada y le dio en los testículos, sobre todo, en uno. El huevo se le puso como un melón y tuvo que guardar cama durante más de un mes. Su apodo corrió como la pólvora, hasta el punto de que mucha gente que conocía al Huevo ignoraba que su nombre verdadero era Marcos.

Marga se acercó a su hermana con esa expresión tan suya, lánguida, desfachatada e indiferente.

—Yoli, bonita, déjame cuarenta pavos para pagar el taxi que me he quedado sin pasta.

—¡Margariiiiiita, eres una puta! ¡Nos vas a matar a disgustos! ¡Mamá no puede más!

—Vale, tía. ¿Me dejas las pelás o qué?

—No tengo aquí nada.

—Eres una cabrona. Y tú, Pilarín, ¿le vas a dejar cuarenta duritos a tu amiga Marga, que tanto te quiere?

—Sí, aunque no debería, pero luego me los devuelves...

—Claro, guapa. Luego te los devuelvo y te invito a lo que tú quieras.

Marga regresó al taxi para pagar. Tuvo que ayudar al Huevo a salir del coche. A duras penas lo consiguió. Estaba beodo. Ella se echó el brazo de él por encima de su hombro y le agarró de la cintura para intentar llevarlo a su portal.

—Cromito, no seas gilipollas. No estoy tan mal como piensas. Me hago el *bolinga* para tocarte las tetitas.

—Marcos, no seas tonto.

Como pudo le introdujo en el ascensor, dio al botón de la séptima planta, llamó a la puerta de la casa y le besó en la mejilla.

—Marcos, aguanta el tirón que va a abrir tu vieja. Yo me las piro.

Se volvió a meter en el ascensor y bajó a la calle.

9

En aquel momento, Juan el Rata estaba entreabriendo los ojos en la penumbra de su cuarto. Estaba convencido que sus facciones eran idénticas a las de Marlon Brando en *Salvajes*. Su único problema es que a duras penas llegaba al 1,60 de alto y era cuadrado como un levantador de pesas. Como siempre, su madre la había dejado encima de un plato, en la mesilla de noche, un pañuelo. Juan se despertaba mientras comprobaba que su polla estaba dura y tiesa.

—*Joé*, con la *tonta*. Cómo se pone por las mañanas. Me la voy a tener que cascar otra vez. Y eso que ya lo hice por la noche.

Se bajó el pantalón del pijama y los calzoncillos, cerró los ojos, echó la mano al pañuelo que su madre le dejaba cada noche y empezó a masturbarse impetuosamente. Soñaba con las piernas de Bárbara Rey.

10

Un piso más abajo, Pepe el Sici recogía su bufanda, su trompeta y su gorra rojiblanca para acudir al estadio Manzanares a animar al Atlético Madrileño. Antes de partir, pasaría a recoger a su novia al piso de enfrente. Pruden poseía la insulsez en términos absolutos. Apenas hablaba y cuando lo hacía se comprendía perfectamente porque lo hacía en tan pocas ocasiones. Era morena, con ojos caídos y de expresión inexistente.

El Sici lucía un espléndido bigote, peinaba hacia atrás y aparentaba el aire de los galanes de las películas de los años cuarenta. Lo que le perdía es que andaba como los patos, con pies siempre apuntando para afuera. Hacía años que había perdido a su madre. Por eso siempre mantenía un aspecto de abandono y descuido. La camisa no encontraba acomodo con el pantalón.

Pepe llamó a la puerta de Pruden, golpeándola con sus nudillos.

—Venga, nena, que nos vamos, que llegamos tarde. ¿Has cogido los bocatas?

—Sí, son de chorizo.

Esta fue una de las pocas conversaciones que sostuvieron a lo largo de la mañana.

11

—¡Marcos! ¡Estás hecho un asco!

—Tío, llévame al váter que quiero darme una ducha y luego me voy a la piltra —dijo como buenamente pudo el Huevo a su hermano Ricardo.

Por suerte, fue este quien le abrió la puerta. Había madrugado para acudir a una cita clandestina del Partido Comunista de España (PCE), al que se había incorporado meses atrás. Pronto, sus condiciones de persuasión, sus lecturas y su indudable capacidad política le habían merecido el aprecio y el respeto de sus camaradas. Le habían encomendado organizar las Juventudes Comunistas del distrito de Arganzuela y tomar contacto con las agrupaciones limítrofes para realizar actividades en común.

En aquel momento, el PCE era una impresionante maquinaria, poderosa y seductora, de la lucha antifranquista. Pocos demócratas eran capaces de sustraerse a la magia comunista, a su capacidad de organización, de presencia social, de actividad ciudadana y de conexión con los más diversos sectores de la oposición.

Ricardo, para sacar adelante su proyecto, iniciaría su proselitismo entre los propios chicos del barrio. De una u otra forma, más pronto o más tarde, con mayor o menor compromiso, la mayoría de nosotros le respondimos. Muchos jóvenes españoles llegaron en aquellos años a la convicción de que había que luchar contra la estaca franquista hasta derribarla.

—*Jo*, macho, cada día eres más gamba. No hagas ruido que vas a acabar por despertar a los papás. Están sobando.

—Cógeme, cabrón, que me caigo. Todo me da vueltas.

—Si no sabes beber, ¿para qué bebes, capullo? Eres el *bolinga* más capullo de todo el barrio.

—Déjame de monsergas, comunista, y vete por ahí a hacer la revolución. Yo solo quiero irme a sobar como un bendito. Ricardito, macho, estoy muy malito.

—Vale, tío. ¿Quién te ha traído a casa?

—La Cromo.

—¿Te la has quilado?

—No, no se deja la *hijaputa*.

Ricardo metió la cabeza de su hermano bajo el grifo. Le quitó las botas y le introdujo en la cama.

Al Huevo, su cama, su cuarto, su casa, su barrio, Madrid, el universo entero le daba vueltas a una velocidad de vértigo.

—¡Echo la papilla!

Ricardo trajo el cubo todo lo deprisa que pudo, pero ya era tarde. Daba igual, para entonces su hermano ya estaba frito.

12

Tras recibir la consiguiente bronca de su madre, Marga se había acostado en la cama. Su padre no la pudo regañar, pues estaba durmiendo. La noche anterior, como tantas otras, había acabado como una cuba, con esa borrachera tonta tan propia de él. Vicente tenía esa tendencia a agarrar ese tipo de *pedo* lento y prolongado que empezaba a media mañana, con los cortos de cerveza, y termina después de cenar, con los cubatas de cientotres. Era un hombre acabado, sin trabajo fijo y dominado por su mujer y dos hijas.

—Con tanta raja, la casa se me cae encima. —Solía emitir esa queja irónica en la cumbre de su pensamiento.

Margarita se quitó sus vaqueros y una camisa verde, que siempre llevaba abierta para permitir ver con claridad la separación del pecho. Así, cuando se inclinaba, sabía que todos los ojos masculinos se dirigían desesperadamente a sus tetas, intentando alcanzar con la mirada sus grandes pezones. Sabía que todos admiraban sus pechos. Eran de un tamaño medio, tirando a grande, redondos y torneados. Poseían una caída armoniosa y un movimiento lateral, cuando andaba o corría, bamboleante. En resumen, tenía unas magníficas tetas. Unas magníficas tetas de dieciocho años. Además, eran tiempos en lo que las chicas, guiadas por el movimiento de liberación de la mujer, habían decidido considerar al sostén como una prenda de dominación. Así que habían liberado sus pechos de semejante opresión. Marga, sin saber por qué, era una acérrima feminista, encarnizada enemiga del sujetador. La marca ejercida por los pezones bajo la camisa provocaba el irrefrenable deseo de tocar sus tetas, tras desgarrar la prenda.

Si sus tetas eran majestuosas, su culo era seductor. A pocas chicas les quedaban los vaqueros como a la Cromo. Su culito respingón, suavemente musculado y bien acabado, era el perfecto relleno para unos tejanos.

De los rasgos de su cara no se pueden decir que fueran bellos, pero sí atractivos. Poseía unos ojos claros y vacuos. Siempre mantenía su mirada perdida. Sus facciones eran alargadas y su boca pequeña y de labios finos. Las inmediaciones de su nariz estaban salpicadas de diminutas pecas. Solía llevar el pelo recogido en una cola de caballo.

Lo atractivo de su físico se completaba con un cerebro sometido al dictado de la última moda del comportamiento de las jóvenes rebeldes de aquella España en la que Franco daba las últimas bocanadas. Además, Marga, follaba.

En aquellos tiempos, una chica contestataria debía ser antifranquista, fumar canutos, estar liberada sexualmente, gustarle los cantautores catalanes, tratarse de igual a igual con los chicos, frecuentar los bares, aparentar experiencia y leer novelas de escritores latinoamericanos. Menos esto último, Marga cumplía religiosamente el resto de los requisitos. Eso, unido a una especie de lánguido descaro, la convertía en un objeto deseado. Todos queríamos acostarnos con ella, pero

ninguno ser su novio. Ella pensaba que su sentido de la libertad de costumbre y su vida moderna y desinhibida explicaba su continuo cambio de amante. Bueno, puede que hubiere un poco de todo.

Marga se metió en la cama. Dio la vuelta. Sonrió por lo bien que lo había pasado anoche. Sexo, droga y *rock and roll*. Se echó la sábana por encima. Metió la cabeza bajo la almohada. Y empezó a llorar.

13

Era un joven apuesto, impetuoso e inteligente. Hacía cinco años que había fallecido su padre de una enfermedad fulminante. Vivía con su madre y con su hermano mayor. Con su hermano a medias, pues solo dormía en casa de vez en cuando, ya que había alquilado recientemente un piso con su novio. Solo unos meses atrás había confesado su condición de homosexual. Este hecho impresionó vivamente a Alberto, quien se sintió en la obligación de acrecentar su sentido de responsabilidad.

Se encontraba solo en su casa. Su madre pasaba el fin de semana fuera. Se despertó con una sola idea fija en la cabeza, que lo acosaba desde la noche anterior.

—Esta tía es gilipollas. Mira que no tomar nada.

Algo más inmediato le sobresaltó. Oía el grifo abierto. Se incorporó y vio cómo un palmo de agua inundaba toda la casa.

—La hostia, la hostia, pero ¿qué coño pasa?

Todo lo aprisa que pudo se dirigió hacia el lavabo. El grifo de la bañera estaba abierto.

—¿Quién habrá sido el capullo que se olvidó cerrar el grifo? La madre que lo parió. ¿Qué hago ahora?

Lo que hizo fue armarse de fregonas y cubos para combatir la inundación. Al cabo de dos horas ya había terminado su tarea. Las alfombras y el parqué estaban echados a perder.

—¿Y qué le digo yo ahora a mi madre? ¿Quién habrá sido el capullo?

Alberto recuperó sus pensamientos. Por fin había follado con la Cromo. Aprovechando la ausencia de su madre, había montado una juerga con sus colegas. La Cromo, una amiga suya llamada Tere, el Huevo, Toni, Luis el Pelos y yo, fuimos los participantes. Bebimos, fumamos unos canutos y jugamos a irnos quitando la ropa cuando la boca de una botella vacía se detenía frente a tu cuerpo. Jugamos todos, menos Toni. Él ni fumó, ni bebió, ni se despelotó.

Toni, Luis y yo, nos fuimos. Se quedaron los otros cuatro. Alberto guardaba siempre en el cajón de la mesilla una caja de condones Prime. Nunca los había usado. Estaba excitado y nervioso. Rompió el envoltorio y se encontró con un preservativo doblado y lubricado. No sabía muy bien qué hacer con él. Se lo acercó a la punta del glande intentando meterlo dentro del condón. Al principio, parecía que cedía a la presión del pene, pero llegaba a un punto en el que no avanzaba. Lo intentó de nuevo y el condón se le escapó de las manos. Lo volvió a recoger, pero de nuevo la maldita goma no cedía. No podía más. La agarró de la cintura, le retiró los muslos y se lanzó sobre ella. Con sus manos le rodeó el cuerpo entre mutuos jadeos. Apenas notó el calor de la vagina, se corrió con una eyaculación oceánica. Era su primer polvo.

Sus manos estaban siempre manchadas de grasa negra. Se encontraba agachado, en cuclillas, junto a su moto, que descansaba apoyada sobre el tronco del árbol. La Derbi de 49. Le volvía loco ir con la moto, con sus pantalones de rayas ajustados, la chupa abrochada hasta el cuello y la *cabra* a toda pastilla haciendo todo el ruido del mundo.

—¿Qué haces, Vitor? —le preguntó su madre desde el balcón—. Siempre estás igual con la dichosa moto.

—Déjame en paz, vieja. ¡Pues no ves!, arreglándola, que se me ha *chingao*.

Vitor el Coqui trabajaba en una cadena de montaje de una fábrica de automóviles. Su sueño era escapar algún día de aquel mundo de cuasi esclavitud para su espíritu rebelde, montarse algo por su cuenta y comprarse una moto grande que hiciera mucho más ruido.

Mientras tanto, seguía con sus destornilladores y llaves inglesas intentando sacar partido a su *cabra*.

Su naturaleza inconformista se había manifestado en una actitud despectiva y burlona hacia los demás. Cultivaba una cierta soledad a lomos de su moto, que le acercaba a esa libertad que tanto perseguía. La sensación de dominar su destino al apretar el acelerador, al tumbarse para girar, no lo cambiaba por nada. Sentir el viento en la cara mientras se perdía por las calles de Madrid.

15

No todos los días se comía caliente en su casa. Ni la niña, que era medio tonta, podía todos los días llevarse un plato caliente a la boca. Su madre había venido del pueblo para hacerse cargo de una portería en la calle General Lacy. Jamás habían salido del pueblo. La ciudad les resultaba grande y hostil, dura como esas noches con el estómago vacío dando vueltas en la cama buscando el efecto relajante del sueño.

Pero esa vida áspera no le hacía perder en ningún momento el sentido del humor, ni su irrefrenable optimismo.

—¡Qué feliz soy! Sé que voy a ser artista —repetía Damián hasta la saciedad.

Ante la incredulidad del resto, había empezado con enormes sacrificios sus clases en la Escuela de Arte Dramático. Incluso ya había hecho de figurante en una obra de Antonio Gala con ambiente medieval. Al final del escenario se adivinaba su presencia bajo un casco y agarrado a una lanza.

Situado ante el pequeño espejo colgado en la pared del lavabo, adornado con los chorretes de resto de oxidación que desprendían los clavos, Damián escrutaba sus gestos, analizaba sus posturas faciales, mientras repetía párrafos y párrafos de una obra de Valle-Inclán que ensayaba en la escuela. Dejaba volar su fantasiosa imaginación y se sentía el heredero directo de José María Rodero, su actor favorito, en las noches televisivas de *Estudio 1*. Se veía sobre el escenario del María Guerrero, abarrotado de público, desgranando con pasión una interpretación memorable. Caía el telón y el público se rendía a los pies de su arte escénico.

—¡Damián!, ven a desayunar, que se te queda frío el café con leche —le reclamaba su madre.

16

Alcoholizado, viejo, enjuto y canijo. Siempre iba mal afeitado, con una boina cubriéndole la cabeza y una sonrisa cínica en la boca. Su aspecto era sucio y desaliñado. Vivía solo en un pequeño cuartucho con un gato viejo al que llamaba Lucas.

Cuando bajaba a la calle se le iluminaba el rostro. Sobre todo, cuando se topaba con los jóvenes y les soltaba sus peroratas fálicas y obscenas, embadurnadas de vino barato.

Pero en el fondo, cuando estaba sobrio, se seguía sintiendo como un caballero español, galante y generoso.

—Buenos días, Octavio —le saludó una vecina en el umbral del portal—. ¿Dónde va usted?

—A tomar un cafelito, señora.

La mujer, mayor pero bien plantada, continuaba su camino, cuando Octavio giró la cabeza para observarla.

—¡Señora! Se lo he dicho otras veces. No hay en todo el barrio quien pise como usted pisa. Ahí se ve a las mujeres de verdad.

El árbitro pitaba el final del primer tiempo. Yo seguía sentado en el banquillo mientras Conejo recorría la banda de arriba abajo a toda velocidad, tratando de encontrar soluciones a una defensa de Estudiantes que no podíamos superar. El marcador registraba un contundente 34-43.

—¡Vamos, chavales! ¡Rápido, al vestuario!

Recogimos la ropa y nos dirigimos a la caseta. En los rostros de todos nosotros, se reflejaba la preocupación. Yo, para entonces, había recuperado mi embotada cabeza, pero no mis piernas. En cuanto llegué al vestuario me dejé caer sobre el banco.

—¿Es que no entendéis lo que os digo? ¿Es que no hemos estado entrenando toda la semana cómo atacar la zona-*press*? —graznaba, al tiempo que movía su grasienta anatomía.

—Pues sí lo hemos entrenado —se respondía él mismo—, pero es que no tenéis ni puta idea, macho, pero es que ni puta idea. Además, os pesan los cojones a base de bien.

Ayudándose de la pizarra repitió de nuevo los movimientos de salida de la zona-*press*.

—Vamos a ver si nos sale. Vamos a cambiar la defensa. Seguimos al hombre, pero un base va a coger desde su canasta al cuatro. No quiero que la toque, ni la reciba. Barriuso, ¿te has despertado o sigues durmiendo?

Me di cuenta de que todos me miraban.

—Sí, Conejo, creo que estoy despierto.

—Bueno, pues te coges al cuatro. Entras por Ochoa. Los demás, siguen los mismos. Defender con las piernas, cerrar el rebote y salimos al contraataque. Dos pases y el balón bajo canasta.

Cuando me dijo eso creí que era hombre muerto. Metí la cabeza bajo el grifo y noté que el agua fría me reanimaba. En el camino a la cancha me mentalicé para tratar que el cuatro no cogiera la pelota. Me iba a dejar la piel. No estaba dispuesto a fallar en otro partido.

18

Durante todo el primer tiempo, Vicen el Largo había tocado cuatro balones. Uno, para sacar de centro. Dos, para devolver una pelota en el círculo central. Tres, para dar un pase largo, cortado por la defensa rival. Y cuatro, en un *dribling* en carrera que acabó en el segundo regate. Su partido estaba resultando mediocre.

—Hoy no es tu día, campeón —dejó caer con su habitual sorna Luis el Pelos, quien había acudido a verle en compañía de Josele y Fermín el Ciego.

—Cierra el pico, gilipollas. ¿No ves que el cinco no deja de agarrarme y darme leña sin parar? No puedo ni moverme y el capullo del árbitro no pita nada —replicó Vicen.

—*Joé*, macho, no te pongas así. Si yo sé que eres el más grande.

Vicen recogió su melena y siguió su camino al vestuario. Junto al Pelos quedaron Josele y Fermín el Ciego. El apodo le venía de los impresionantes culos de vaso que tenía por gafas.

—Este Vicen es la hostia, siempre tiene excusas para todo. ¿No te parece, Josele?

—Sí, es verdad.

—Claro que tiene un poco de razón. Ese cinco es un poco *guarreras*. ¿No te parece, Josele?

—Sí, es verdad.

—Pero el tío tampoco se ha movido. ¡Es que no ha hecho nada de nada! ¿No te parece, Josele?

—Sí, es verdad.

—Josele, tú sí que sabes opinar. ¿No te parece? —dijo el Pelos.

—Sí, es verdad.

19

Era un domingo soleado. Antoñito saltó de la cama como una bala. Lo primero que hizo fue dirigirse a la ventana para mirar el cielo limpio de Madrid. «Va a hacer un día de puta madre», se dijo a sí mismo. Tras asearse, abrió las puertas del armario. «Me voy a poner de *sport* para ir esta mañana al bar. Igual esta tarde me pongo el traje para ir a bailar». Buscó en el armario su camisa favorita. Era de fondo amarillo con rayas finitas en blanco y en azul. Lo completó con un pantalón *beige* y un jersey blanco con rayas horizontales marrones en la parte superior y una cazadora de paño gris con piel vuelta en el cuello. Se limpió sus zapatos grises hasta conseguir abrillantarlos. Cuando ya estaba listo se acercó al lavabo. Abrió el frasco de Varón Dandy y, mirando fijamente al espejo, vació un chorro generoso de colonia. Lo repartió por el pelo y el cuello y luego intentó domeñar sus rizos, armado con su peine.

—Chiquito pero matón —retó al espejo.

Abrió la puerta del lavabo para ir al comedor, donde su padre se encontraba tomando el desayuno.

—Cuando quieras nos vamos, papá.

—¿Has desayunado, Antoñito? —dijo la voz metálica de su padre.

—No, no me apetece. Luego me tomo un café con churros en «El Recreo».

—No, hombre. Te tengo dicho que desayunes en casa.

—Prefiero los churros, papá.

—¡Remedios! ¡Ponle al chico un café con leche, que se quiere ir sin desayunar!

—Ya voy, Ángel.

20

«Se lo digo o no se lo digo. Estoy tan contenta con lo de ayer. No me lo esperaba. Yo creo que tengo que contárselo. Porque ella se alegrará. Me gusta tanto. No es que seamos novios, no, ni mucho menos. Pero yo creo que le caigo bien. Ayer no paraba de mirarme y sonreír. Por algo será. Claro que no es nada seguro. Estuvo toda la tarde sentado a mi lado. No sé si contárselo a mi madre o no decirle nada. Si se lo digo y luego no hay nada, pues he hecho la tonta. Pero yo creo que sí, que algo hay. Si no, ¿por qué no para de reírse y mirarme? Pues porque le gusto. Bueno, o si no le gusto, le caigo bien. A mí me chifla. Es tan bromista, siempre anda haciendo gracias y chistes. Claro, que a veces se pasa y se mete demasiado con la gente. No es guapo, no, pero tiene algo. Si no tuviera tantos granos en la cara, estaría mejor. Y el pelo tan largo que lleva. Yo casi preferiría que se lo cortara un poco, parece una chica. Claro, que es la moda y ahora los chicos llevan el pelo muy largo. ¿Se lo digo o no se lo digo? Debería decírselo porque se alegrará. Pero igual no le gusta el chico y me echa el rollo. Si se enfada, peor para ella. Lo que sí tiene es buen tipo. Alto y delgado. Todo le cae bien. Y yo creo, aunque a veces no lo parezca, que debe ser cariñoso y bueno».

—Pilarín, ¿no comes más porras? ¡En qué estarás pensando! Pareces tonta, hija mía.

—En nada mamá, en nada.

21

«No me lo puedo creer. ¿Cómo puedo ser tan gilipollas? No tenías que haberla metido. Y ahora, ¿qué coño hago? Yo estaba seguro de que esta tía con el rollo que se tira tomaba pastillas. Pero va y no, que no toma nada. ¡Manda cojones! La culpa es mía. Por no saberme poner el cabrón del condón. No podía, no podía. ¡Qué hijoputa! Está ahí enrollado, enrollado y empiezas a tirar y resulta que no cede. No hay manera de meterlo. Yo no tenía ni puta idea. Y esta tía, ¿cómo es que no toma nada la cabrona? Bueno, ella no le da importancia. Dice que ya tuvo un aborto con Pepe el Atleta. No acabo de creérmelo. Yo creo que se tira el rollo conmigo. A mí no me pillas, yo no me cargo con el muerto con la Cromo. Si tiene que abortar, que aborte. Pero ¿de dónde coño saco yo la guita? Tengo casi cinco talegos en el banco. Se lo puedo pedir a mi hermano. ¿Me lo dejará? Ella también tendrá algo de pasta. Pero, por una vez, ¿no se quedará preñada esta hijaputa? No, sí es que tengo la negra. La meto una vez y es que la cago. Pero ¿qué coño hago? Igual se puede hacer algo. ¡Hostias! Oí a un tío de la Facultad que ponía unas inyecciones después de echar el polvo y que la tía no se quedaba embarazada. Y ¿cómo me entero de esto? A esta tía es que le da igual. No le importa nada. Yo, la verdad, no lo entiendo. Decía que me quería mucho y que le daba igual lo que pasara. Que por mí no le importaba nada. Está loca de remate. Bueno, igual toda esa fama que tiene de comehombres no es cierta. Y, en el fondo, necesita alguien que la quiera de verdad. A mí no me acaba de entrar. Pero tiene algo que me gusta. Cuidado, Alberto, que te conozco. Y ¿qué hago con el otro rollo? Vicen, Vicen, Vicen. Seguro que este cabrón sabe de algo. Tanta tía, tanta tía para algo le habrá valido».

Con las manos en los bolsillos y paso decidido, Ricardo se dirigía a la reunión del Partido Comunista de España. Era un encuentro de los miembros de las Juventudes del distrito Centro de Madrid. Iba enfundado en su zamarra verde oliva, sus pantalones marrones de pana y sus botas militares. Subía por el Paseo de las Delicias enfrascado en sus abstracciones. «Mi hermano está tonto. Ni estudia, ni curra, ni nada. ¿A qué espera? Si al menos se dedicase a tocar guitarra en serio, igual sacaba algo en claro. Allá él y su vida. Lo siento por los viejos».

Aquella mañana, los jóvenes comunistas de Madrid iban a aprobar una iniciativa para extender sus actividades hacia las entidades sociales del distrito, «para penetrar en el tejido social», pensaba Ricardo. Asimismo, elegirían una nueva dirección y la sesión finalizaría con unas palabras de un miembro del Comité Central recién salido de la cárcel.

«Estoy muy contento de haber contactado con el partido, de haber encontrado mi sitio. Aquí se ve seriedad, rigor y, sobre todo, capacidad de organización. También me gusta la fraternidad que se respira entre los camaradas. Es muy importante que en una organización política exista este ambiente de compañerismo y de respeto. Por algo el partido es el partido y tiene la historia de lucha y entrega antifranquista que tiene. No es como el FRAP que son cuatro chavales sin experiencia ni formación, ni organización, que no saben qué hacen. Les falta un análisis político real de lo que pasa en España. Y, además, aquel ambiente asfixiante. Parecía que teníamos enemigos por todas partes, dispuestos a delatarnos. Me acuerdo el día que nos dieron el cursillo sobre medidas de seguridad y que tuvimos que hacer demostraciones de comernos papel cebolla para tragarnos los documentos por si nos pillaba la policía. Aquí es lo contrario. Uno se siente a gusto y libre. Hablando en términos políticos, existen programas y alternativas factibles para hoy en día. No falsos izquierdismos. Si no, que, dentro del más puro marxismo-leninismo, se construyen alternativas viables que conduzcan al pueblo a salidas que acaben con la dictadura de Franco».

Ricardo ya había ganado Atocha y estaba a punto de entrar en la calle Magdalena. Al asomarse a la esquina se encontró con otro camarada. «¡Anda, ahí va Jesús! Bueno, le miraré a los ojos, pero haré como si no lo conociera. Antes de entrar al local daré una vuelta por si ve a los grises en los alrededores. Dicen que nos dejan movernos con libertad, pero el otro día se llevaron a unos camaradas que estaban haciendo unas pintadas».

Tras completar una vuelta a la manzana, Ricardo se introdujo en el portal. Era un inmueble de escalera tortuosa y escasamente iluminada. Con los nudillos llamó a la puerta del tercer piso. Recorrió un largo pasillo y accedió a una sala donde pudo ver al grupo de jóvenes.

—¡Buenos días, camaradas!

A la carrera subió a su casa para lavarse y acicalarse. Se roció con un abundante chorro de pachuli y a toda prisa bajó las escaleras de su casa. En el portal se encontró con su hermano Robertito.

—Si pregunta la vieja, dile que he ido a dar un *voltio* con la moto.

Después de quitar la cadena que la ataba a un árbol, hizo todo el ruido que pudo para arrancar.

—¡Despertad, cabrones, que sale el Vitor! —dijo para sus adentros.

Asomado en su balcón, el Rata asistía a la escena.

—¡Eh, Vitor!, deja de hacer ruido, que no te va a crecer la moto.

—Calla, tío. Olvídame. ¿Quedamos a tomar una caña en Las Tiendas Rojas?

—A la una, ¿hecho?

—Vale, tronco.

Subió unos metros por General Lacy para torcer a la izquierda y recorrer en dirección prohibida toda la calle Bustamante. Al llegar a la esquina con el Paseo de las Delicias paró la moto y entró en el Bar Recreo. «Voy a tomarme un cafelito con churros y, después, me doy un *garbeo* con la Derbi. Si veo a alguna *gallinita*, le digo que se venga conmigo. No me gusta ir solo».

—Un café con churros, Rafa. Oye, ¿has visto a alguien esta mañana?

—No, no he visto entrar a nadie. Bueno, a primera hora vi a Vicen, que se iba a jugar al fútbol. Y hace una media hora me pareció ver pasar a Ricardo por la calle. Tiró para arriba.

—Vale. Oye, Rafa. Las chicas que vienen con nosotros, ¿acuden a desayunar los domingos?

—No sabría qué decirte.

—Anda, dame un paquete de Celtas sin filtro.

—Toma, aquí tienes el café. La leche, ¿caliente?

—Mejor templada.

—Ahora te traigo los churros. Los estamos sacando calentitos.

Vitor empezó a tomar un desayuno con verdadera hambre. La noche anterior apenas había cenado. Cuando iba por el tercer churro, se abrió la puerta del chaflán de El Recreo para que entrase Carmen con su hermana. Era una chica callada y algo introvertida, con una dulzura clavada en la mirada. Solo hacía unas semanas que había empezado a venir con nosotros junto a su amiga Luisi, quien pasaba por ser un auténtico bombón.

«¡Mira quién entra! —pensó Vitor para sus adentros—. Me parece recordar que se llama Carmen, aunque no estoy seguro. Está mejor su coleguita, pero esta *tronquita* no está pero que nada mal. Además, se ha puesto de domingo, toda maqueada».

—¡Buenos días, Carmen!

—¡Hola, Vitor!, ¿qué haces?

—Pues ya ves, desayunando... Y ¿tú?
—Voy a misa. Mira, esta es mi hermana Pili.
—¡Hola, Pili!
—¡Hola!
—Oye, tengo afuera la moto y me voy a dar un *voltio*. ¿Por qué no me acompañas?
—Estoy con mi hermana.
—Por mí no lo hagas, Carmen. Yo he quedado luego con José Luis.
—¿Ves?, vente conmigo.
—Es que tengo que ir a misa primero...
—No te preocupes, yo te espero aquí a que acabes. Como un perrito...
—Bueno, vale. A las once y media estoy aquí.
—Vale. ¡Hasta luego! ¡Adiós, Pili, y que no os pase nada!
—¡Adiós, Vitor!

—Tere, ¿a qué hora vino el Marcos?

—No sé, Ricardo. Creo que después de dormirnos.

—No me engañes. Sé que me engañas para protegerle. Que en esta casa no me entero de la misa la mitad. ¿A qué hora vino? Tú no duermes hasta que no llegan los chicos.

—Pues esta vez, me dormí.

—No te creo. Me ocultas la verdad para que no me cabree.

—Creo, en serio, que llegó al poco de dormirnos.

—Ese debió ser el Ricardito que todavía conserva un poco de respeto. El Marcos es un degenerado y un parásito. Por lo menos su hermano se interesa por la política. Es un buen antifranquista. Eso, aunque nos dará algún disgusto cualquier día, es una tarea noble que me llena de orgullo. Me gusta que mi hijo siga mis pasos de luchador comunista por la libertad y la justicia. Pero el Marcos es un gandul, un melenudo, que no llegará a nada en la vida.

—Hombre, Ricardo, no hables así de tu hijo. Está en una edad muy mala...

—No digas gilipolleces. Yo a su edad daba tiros en la sierra por la República. Y, es más, respetaba a mis padres y traía dinero a casa.

—Los tiempos han cambiado. No es como en nuestra época.

—Si yo no digo que trabaje. Sé que, afortunadamente, en casa no hace falta. Pero que estudie, que haga algo productivo. Por su bien, por el día de mañana. Lo que no puede ser es que un tío de veinte años con los cojones bien gordos, se pase el día tirado en la calle, tocando la guitarra con los amigos. Su hermano estudia y se divierte.

—Ricardo, son cosas de la edad. Ya se irá centrando. Todavía es joven.

—Que se divierta, que toque la guitarra, que gandulee, pero que también estudie. Pero ¿qué espera ese cabrón? ¿Que su padre le mantenga toda la vida? Oye, ¿qué hace ese cubo en la puerta del cuarto de los chicos? ¡Han vomitado! Ha sido Marcos. Ahora entro en el cuarto y le meto dos hostias. Que vomite en la puta calle.

—Déjalo, Ricardo; no se encuentra bien.

—No está bien, no estará bien de tanto beber y drogarse.

—Hombre, le habrá sentado mal la cena.

Arrastrando su pierna coja, más que entrar, irrumpió en el cuarto donde dormía el Huevo en medio de profundísimos ronquidos. La habitación constaba de dos camas. En la que se encontraba más cerca del balcón descansaba el cuerpo inerme de un Marcos todavía vestido con la ropa de calle. Un hedor a vómitos, tabaco y alcohol envolvía el ambiente.

El padre abrió la persiana. La luz le permitió ver el deplorable aspecto que presentaba su hijo reposando sobre los restos, ya casi solidificados, de una gran vomitona.

—¡Despierta, despierta, cacho cabrón!

Marcos permanecía impasible ante los cada vez más fuertes ruidos paternos. Preso de una ira incontenible, le propinó dos golpes en la espalda. Marcos parecía abrir los ojos, en lo que era el inicio de un sobresalto, pero prefirió retornar a su estado de postración. El padre parecía dispuesto a volver a la carga.

—Ricardo, déjale en paz. No conseguirás despertarle. Está completamente frito. Ha debido beber demasiado. Ya habrá tiempo de hablar con él.

—Lo mato a palos. No se va a reír de mí.

Le sacudió unos cuantos empellones más sobre su espalda hasta que cedió cuando su mujer le cogió del brazo para sacarle del cuarto.

—¡Buenos días, don Octavio! ¿Qué le pongo?

—¡Buenos días, Laureano! Un solo y un *solisombra*.

—Hace un día muy bueno. Un poco frío, pero muy soleado.

—Sí, señor. Me voy a dar un paseíto hasta la hora del vinito.

—Me parece muy bien. Hay que hacer ejercicio.

—Bueno, ya sabes que el ejercicio que yo practico es el que hago con el *trabuco*, que cada día lo tengo más largo.

—Don Octavio, a su edad ya estará para pocos trotes.

—Eso es lo que tú te crees. Pero cada día me encuentro mejor. Se me levanta cuando quiero. Treinta centímetros de *trozo*. Y experiencia la que quieras. Las pioneras se ponen como locas.

Los ojillos vivos se hacían cómplices de su conversación lasciva. Sonreía frecuentemente, mostrando sus dientes amarillentos y ennegrecidos. Hablaba más por los ojos que por la boca. Ni él mismo se creía lo que decía. Era un viejo acabado y solitario, refugiado en el alcoholismo como el mejor acicate para sus continuas peroratas fálicas.

—Laureano, ¿has visto a algunos de mis pioneros?

—Todavía, no, don Octavio. Hoy es domingo y ya sabe que los chavales se levantan tarde.

—Sí, claro, es verdad —dijo mientras paladeaba un nuevo trago de *solisombra*—. ¿Sabes una cosa? Me gusta mucho hablar con mis pioneros. Sé que piensan que soy un *vejete* medio loco, pero creo que me tienen mucho cariño. Son buenos chicos mis *pioneros*, ¿verdad? ¡Lauren! ponme otro *solisombra*. ¡Este me ha sabido a poco!

Corría el minuto dieciséis y medio cuando solicité el cambio al banquillo. No podía más. Busqué a Conejo para hacerle la señal. Desde que yo había saltado al campo, el cuatro apenas había tocado la pelota y solo había encestado una canasta en un contraataque. En ese momento, ganábamos de cuatro puntos.

—¡Bien, Barriuso, chaval!, ¡bien! Sabía que le parabas.

—No puedo más. Estoy hecho una piltrafa, echo el bofe. Me *piro* al vestuario, pues creo que voy a vomitar.

—¡Juanjo, acompaña al chico al vestuario! —ordenó Conejo al asistente.

Había echado el resto porque no me quedaba otra solución. Siempre he tenido un alto concepto del orgullo y del amor propio. Me consta que son valores estúpidos, más propios de personas que aplican la inteligencia a cuentagotas. Pero también son reacciones eficaces ante situaciones determinadas, como, por ejemplo, en las actividades deportivas. Creo que ese rasgo de mi carácter lo heredé de mi padre. No podía tolerar más que el oso de Conejo me estuviera vacilando durante toda la temporada por mi bajo rendimiento. Sabía que, en el fondo, tenía toda la razón. Yo ya no era el jugador de otras temporadas. Mi creciente afición a la vida nocturna se cruzaba con mi carrera deportiva.

Estaba esperando un día como aquel. Salir cuando el equipo estuviera perdiendo y retirarme al banco con el marcador cambiado. Y eso, gracias a mi acierto. Quería escuchar a Conejo felicitarme y reconocer delante de los demás que seguía confiando en mí, como el día que me subió de las divisiones inferiores dos años antes de mi edad.

—Barri —me dijo Juanjo—, Conejo es un cabrón. Al empezar la segunda parte nos dijo que te había sacado para que vieras que estabas acabado y dejarte hecho unos zorros delante del equipo.

—¡Valiente hijo de puta que está hecho ese gordo! Me ha dejado hecho polvo, pero se tragó sus palabras.

Llegamos al vestuario. Me tiré sobre un banco, mientras Juanjo me acercaba una botella de agua fresca. El olor a linimento y el sudor me avivaron las ganas de devolver.

—Juanjo, me voy al váter.

Cuando me situé sobre la taza, metí los dedos dentro de la boca. En aquel momento vi aparecer, en una ilusión, el rostro mofletudo y serafinesco de Conejo. Forcé dos arcadas y creí que le caían encima mis vómitos de cubalibre de coñac e hilachas de comida.

Dejó caer el camisón sobre la banqueta del lavabo. Su cuerpo juvenil, desnudo e inocente, le sorprendió ante el espejo. «Son unos chicos simpáticos y algunos no están mal. Aunque me gustan, no sé, como más románticos. Son un poco brutos. No sé, están todo el día metidos en el bar. Se parecen a mi padre».

«¡Qué mala cara tengo por las mañanas! Me levanto con unas pintas. Bueno, voy a dar el grifo del agua caliente para que se vaya llenando la bañera». Se puso su albornoz verde manzana y preparó la ropa interior. Las braguitas y esos sostenes especiales que le encargaba su madre en una corsetería de la calle del Pez.

«Esta tarde no sé qué vamos a hacer. Me gustaría un guateque o algo así, no sé. Bailar y pasar la tarde. Bueno, ahora por la mañana me bajaré para tomar una cañita y ver qué dicen. Estoy, no sé, como muy contenta de haber encontrado una pandilla tan divertida».

La bañera estaba por la mitad, cuando Luisita miró de frente el espejo situado sobre el lavabo. «¿Qué me pongo? No sé, algo para estar mona. Con esta cara. Bueno, me la arreglaré un poquito para no estar tan mal. No sé, un vaquero o algo así. Y ¿por arriba? Ya sé, la camisa vaquera que me regaló mamá y el abrigo de mouton, pues voy a estar como muy mona».

El baño estaba casi lleno cuando la joven arrojó al agua un puñado de sales. «¡Uy! ¡Qué bien huele!». Se despojó del albornoz para introducirse en el agua. «¡Uh, qué calentita y qué buena!». Sentó su culito en la bañera y empezó a enjabonarse la cabeza y su cuerpo adolescente. Las piernas y el sexo. Cuando sus manos alcanzaron el pecho volvieron a comprobar que seguía teniendo una teta más pequeña que la otra. «¡Qué complejo tengo con este pecho, Dios mío! La cara la tengo mona, y el pelo y los ojos, bonitos. No sé, no soy alta, pero no estoy mal hecha. Y ¿por qué me tiene que tocar a mí? Estoy acomplejada, pero tengo que superarlo, ya que esto es para toda la vida. Los chicos cuando nos les dejen que me toquen las tetas pensarán que soy una estrecha, no sé, una calientapollas. Pues no y no. Es que me daría una vergüenza tremenda que supieran esto».

Tras subir a buen paso el Paseo de las Delicias, desde la Beata Mariana de Jesús hasta la calle Ferrocarril, Antoñito y don Ángel se acercaban al Bar el Club, situado en la calle Bustamante. Durante el recorrido apenas habían cruzado palabra. Tan solo Antoñito había recibido pequeñas órdenes de su padre. Como, por ejemplo, ir por la acera, comprar el *ABC* y el *As*, o acercarse a la pastelería para reservar un kilo de bocaditos de nata. A don Ángel le habían extirpado la laringe de tanto fumar, y hablaba con gran dificultad, sacando la voz metálica del estómago. Había perdido la voz, pero no la autoridad. Llegaron a la puerta del bar.

—Antoñito, levanta el cierre. Date prisa, coño, que es para hoy.

—Ya voy, papá, no me atosigues.

—Venga, venga... déjate de rollos.

Una vez dentro, cada uno se puso a su tarea de una forma automática, pues todos los días repetían los mismos movimientos. Antoñito colocó los taburetes en grupos de cuatro rodeando las tres mesas del local, cambió el barril de la Mahou y ordenó los vasos.

Don Ángel limpió sus legendarios boquerones y peló y troceó las patatas.

—Papá, hoy domingo vamos a tener curro del bueno...

—Bueno, más o menos como todos. No será para tanto. Mira que te gusta poco trabajar...

—¡Que yo no trabajo! ¡Anda ya! Bueno, la ventaja es que a las tres echamos el cierre y nos vamos a comer con mamá.

—A las tres y media o las cuatro, que hay muchos parroquianos a los que les gusta tomar la caña a última hora.

Hacía un rato que los rayos de la mañana le habían despertado, pero permanecía tumbado porque le gustaba dormir hasta bien entrado el día. Así que removió las mantas y los periódicos, se dio la media vuelta, entornó los ojos y el último sueño en duermevela.

Junto a su aposento reposaban sus muletas. La gangrena le había ido devorando la pierna hasta que no quedó más remedio que amputarla. Le dio exactamente igual, pues a sus cincuenta y cuatro años no estaba dispuesto a alterar lo más mínimo su vida. Pronto se acostumbró a bandearse de acá para allá, arriba y abajo con sus muletas a cuestas. Por la mañana, recorría las iglesias, al mediodía se acercaba a un restaurante donde le conocían y a la noche engañaba al estómago con cualquier cosa. Dormía sobre dos bancos en paralelo y colchonetas de gomaespuma, cobijado en los soportales de una iglesia construida con material prefabricado. Allí estaba a recaudo del frío y el agua. Todas sus ligeras pertenencias le acompañaban. Las amontonaba tiradas, sucias y mugrientas en su dormitorio callejero.

El Batuta estaba la mayor parte del día encabronado. Solo los litros de vino peleón convertían su mala leche natural en una amargura que derivaba en un deseo de comunicarse con los demás. Esto le pasaba especialmente cuando caía la noche. Entonces le encantaba lanzar sus entrecortadas peroratas a los chavales que le rodeábamos.

«Creo que hoy es domingo. Sí, sí, seguro que sí. Soy la hostia en verso. Deben ser cosa de las once. Hoy tenía que haber llegado antes a la iglesia. Los domingos, todas esas gilipollas dan pasta a los pobres. Les das la estampita y se van tan contentas». Se levantó dando un golpe de riñones. Se pasó las manos por su pelo pastoso, cogió las muletas y echó a andar valiéndose de los intermitentes saltitos de su pierna izquierda.

Salió de su casa con paso decidido y firme. Su madre le había puesto camisa y muda limpia. Su estado de ánimo, como casi siempre, era de una radiante felicidad. En el portal encontró a una vecina.

—¡Buenos días, doña Remedios!

—¡Buenos días, Damián!

—Ya veo que está usted muy bien. Yo, por mi parte, me encuentro estupendamente. Además, hoy es un día tan bonito. Bueno, adiós. Se me hace tarde.

Se encaminó hacia el pequeño teatro del colegio de los Salesianos de Atocha, donde un grupo de estudiantes de Arte Dramático ensayaban una obra para representarla dos meses más tarde. Todos hacían un poco de todo. Era un proyecto algo disparatado. Pretendían hacer una versión de *Tirano Banderas* utilizando una estética vanguardista apoyada en música de Pink Floyd. La idea auguraba unos resultados más que dudosos.

Damián, sin perder su entusiasmo congénito, no las tenía todas consigo. Aquello lo veía un poco raro. Él había descubierto el teatro en *Estudio 1*, viendo a José María Rodero y José Bódalo. «Mira, tú, cállate. Lo tuyo es actuar. Mejor no digas nada porque eres de Brazatortas y a nada que digas se van a echar a reír y a decirte que eres un paleta de pueblo».

31

—¡Hola! Ya estoy aquí, Vitor —saludó Carmen al entrar en el Bar Recreo.

—¿Ves?, no has tardado mucho. ¿Qué tal la misa?

—Bien, bien. El padre ha dicho un sermón muy bonito.

—¿Sí? Pues qué bien. No sé, pero a mí no me van las misas, ni las iglesias, ni mucho menos los curas.

—Bueno, no vamos a discutir por eso.

—No. Pero quiero que sepas que yo soy un *currela*. Me levanto todos los días a las seis para estar en la fábrica a las siete y media. Me tienen todo el día controlado para luego pagarme cuatro perras. Y, mientras, los curas, ¿qué hacen? Tirarse el rollo en el púlpito. ¿Qué hacen?, dime, ¿qué hacen?

—Si no eres creyente, no vas a entender lo que hacen.

—Sí, yo sí creo. Creo en Jesucristo, que era pobre y defendía a los pobres, Pero estos curas... Vamos, no me jodas. Bueno, la verdad, no sé si creo o no creo.

—Hombre, pues si crees, sabrás que los sacerdotes llevan la palabra del Señor en la Tierra, dan consuelo a los desvalidos, te ayudan en la confesión...

—Esos son rollos *chirimollos*. Yo, en todo caso, creo en los curas que se han hecho *currelas* y que comen de lo que trabajan. En eso sí puedo creer. Pero en los otros... ni de coña.

—Vale. No vamos a discutir por eso, Si no te gusta que vaya a misa, pues me lo dices y en paz.

—No, si por mí puedes hacer lo que quieras. Pero tienes razón, habíamos quedado para dar una vuelta en la moto. ¿Te gusta montar en moto?

—He montado un par de veces con mi primo. ¿Tú no irás muy deprisa?

—Todo lo rápido que puedo, todo lo que me deja mi cabra. Pero si tienes miedo, iré despacito.

Vitor y Carmen abandonaron El Recreo. Se subieron en la moto y emprendieron su paseo matinal.

Toda la vida había sido un chico difícil. No tenía padre conocido y su madre muy pronto había tenido que dejarle bajo el cuidado de sus abuelos. Le habían expulsado de tres colegios por sus constantes actitudes irrespetuosas y rebeldes. Ahora no trabajaba ni estudiaba, ni parecía tener intención de hacerlo. Vivía de sus trapicheos y de pequeños hurtos.

Sus amigos no le querían, le adoraban. Era leal y divertido. Su compañía garantizaba que algo especial estaba a punto de pasar. Poseía unos enormes ojos azules, un rostro bien proporcionado y una complexión atlética. Siempre se encontraba dispuesto para hacer lo que fuera. Era el primero en ir a bailar, en ir a bañarse a la piscina, a jugar al fútbol o en organizar una fiesta. Y el último en terminar las juergas de madrugada comiendo los churros de San Ginés. Nunca parecía tener prisa ni obligaciones. Pero su vida, joven vida, iba demasiado deprisa.

Desde meses atrás frecuentaba menos nuestra presencia, no se dejaba ver como antes. En los billares había trabado amistad con unos chavales de Lavapiés, que le habían hecho compinche de sus delitos de poca monta. A Chuli no le gustaba hablar de esas cosas, ni nosotros tampoco le preguntábamos. Pero todos sabíamos, aunque fuera superficialmente, de dónde sacaba la pasta.

Su pequeña habitación registraba el desorden y descuido de siempre. Los vaqueros se amontonaban con las camisas sobre los tebeos, las cintas y el radiocasete. El Chuli se despertó y abrió la contraventana para dejar que la luz penetrase en el pequeño rectángulo de su cuarto. Se puso los pantalones y abrió la cartera. «¡Joder! Me quedan cinco libras. Algo tendré que hacer. Me voy a dar un *garbeo* por el Rastro, a ver si con suerte pesco a algún primo que me saque del apuro».

El partido acabó 1-1, pero Vicen había finalizado la segunda parte en el mismo tono mediocre que la primera. Prácticamente no había intervenido en el juego. Le habían sujetado, impidiéndole demostrar esas condiciones naturales que todos creíamos le adornaban lo suficiente como para llegar ser una estrella del balón.

Luis, el Ciego y Josele esperaban en la puerta del vestuario a que saliera para volver juntos al barrio. Los jugadores del equipo contrario atravesaron la puerta, también lo hicieron los del propio y el mismo equipo arbitral, pero Vicen seguía sin salir, fiel a su eterna costumbre de hacerse esperar. Finalmente apareció por la puerta con el rostro aún agitado por el esfuerzo. Imitando a un radiofonista deportivo, Luis se dirigió a él, transformando su puño en un imaginario micrófono.

—¡Señoras y señores! Con nosotros se encuentra el delantero centro de la Ferroviaria, Vicen. ¿Cuál es tu opinión sobre el partido?

—Creo que hemos obtenido un buen resultado, pues no en vano nuestros rivales son de los más fuertes de nuestro grupo. El empate es bueno —declaró Vicen siguiendo el juego.

—¿Cómo consideras que ha sido tu actuación?

—No he hecho uno de mis mejores partidos, pues el defensa ha realizado un marcaje muy duro, casi antirreglamentario. Pero el público habrá podido apreciar la calidad de mi juego en algunos detalles.

—Será sin el balón en los pies...

—Déjame en paz, gilipollas.

El Ciego y Josele asistían divertidos a la escena.

—Tengo allí el coche —dijo el Ciego.

Era un destartalado Simca 1000 de color granate. Los cuatro se introdujeron en el coche. El Ciego y Josele en los asientos delanteros y Luis y Vicen, atrás.

—¡Vicen, ya verás cómo arranca el Masseratti!

Giró la llave de contacto del motor, apretó el acelerador y el coche arrancó.

—¡Ten cuidado y no vayas tan deprisa, que no ves tres en un burro!

—Pero llevo puesto el radar.

El coche bajó por la carretera del canódromo para salir a la M-30. Luis era la primera vez que montaba con el Ciego al volante.

—¡Atentos! Voy a adelantar.

Redujo la marcha, el motor atronó y apretó el acelerador a fondo. Parecía que fuera a estallar en mil pedazos. Al tiempo, bajó la ventanilla hasta el final y asomó su cabeza con sus gruesas gafas de concha negra por el exterior del vehículo.

—Pero ¿qué haces, tío?

—Es que así veo mejor. Siempre lo hago para adelantar, macho. Jo, jo, jo...

—¡Hola! ¡Buenos días, Sofi!

—¿Qué pasa, Pilarín?, ¿qué tal ayer, te acostaste pronto? —dijo Sofi tras el mostrador de la panadería.

—Sí, me fui a ver la película en la tele

—¡Qué bonita fue! Lloré como una Magdalena. A mí es que esas películas de amor me gustan muchísimo, las que más. Además, Tyrone Power es tan guapo y dulce. Pilarín, ya sabes, yo soy una romántica.

—A ti es que te hace falta un novio.

—Pues la verdad es que sí, que me hace mucha falta, que ando como muy necesitada.

—¡Hola, chicas! ¿De qué habláis?

—De la peli de ayer en la tele, Geli.

—¡Ah! No estaba mal, un poco rollazo. Bueno, yo solo vi el final. Tanto amor, tanto amor...

—*Joé*, Geli, pero es que tú no eres nada romántica, nada romántica.

—No es que sea o deje de ser romántica, es que tú pareces tonta, un día te deshaces, y lo malo es que no te comes una rosca.

—¿Y tú?, ¿qué te crees que te comes tú?

—Venga, no empecéis —dijo Pilarín intercediendo en el atisbo de disputa—. Sofi, dame dos pistolas cociditas.

—Toma. ¿Te valen estas? Y tú, ¿qué quieres, guapa?

—Yo, una pistola y un Tigretón, que todavía no he desayunado.

—¡Toma! Oye, ¿qué hacemos esta tarde? A mí me apetecería ir a bailar —exclamó Sofi.

—No sé. ¿Por qué no vienes luego a tomar una caña? Allí lo vemos. Creo que dijo Curro que se iban sus padres y podríamos ir a hacer un guateque a su casa.

—Hoy no puedo dejar la panadería a esa hora. Es domingo.

—¿A qué hora cierras?

—A las dos y media, lo más pronto. Cuando se acabe el pan, en realidad.

—Va a ser algo tarde. Nos llamamos luego y te cuento en qué han quedado.

—Hablaban de hacer un guateque en casa de Curro —intervino Geli—. Pues vaya pesadez, yo estoy hasta el gorro de guateques.

—¡Hija, a ti es que nada te gusta! —exclamó Sofi.

—Y a ti, es que te gusta todo.

—¡Vale, vale, vale ya! No volváis a empezar. Venga, vámonos, Geli. Oye, Sofi, pues quedamos en eso, te llamo después de comer. ¡Hasta luego!

—¡Adiós!

Ya en la calle, Pilarín y Geli continuaron hablando. Geli, bajita, morena y descarada, había empezado hacía unos meses a trabajar como aprendiz en una peluquería.

—Siempre estáis discutiendo vosotras dos —dijo Pilarín.

—No es mala chica, pero es que me pone nerviosa. Parece medio boba.

—No, chica. Es que es un poco sensible. Geli, luego te vendrás con nosotras a casa de Curro.

—Sí, claro, si además me lo paso muy bien. Lo he dicho por picarla un poco.

—Oye, Geli, ¿a ti qué te parece Luis como chico? ¿Te cae bien?

—¡Camaradas! Creo que hemos aprobado unas resoluciones importantes en el marco de la lucha por las libertades y por acabar y poner punto y final a la dictadura franquista. En la actual situación política es decisivo que un partido de masas, como de hecho es el nuestro, trabaje para construir alternativas capaces de atraer por sí solas a la juventud.

—Es muy importante que los jóvenes comunistas del distrito Centro, aquí reunidos, nos esforcemos por sacar adelante este proyecto de crear asociaciones juveniles en el marco de las asociaciones de vecinos, que aglutinen en su seno a amplios sectores de los jóvenes del barrio. En estas asociaciones se deben desarrollar actividades culturales, excursionistas, deportivas y de convivencia. Y, poco a poco, ir ganando a los jóvenes a nuestra causa, que es la causa de la libertad y de la justicia.

Quien así se dirigía a los jóvenes comunistas, entre los que se encontraba Ricardo, era Jesús Mosterín. Contaba con veintiún años y militaba en las Juventudes Comunistas desde los dieciocho. Era uno de sus más brillantes cuadros en Madrid.

—¡Camaradas!, como habréis podido comprobar desde hace una media hora nos acompaña el camarada Luis Lucio Lobato, miembro del Comité Central de nuestro partido. Su trayectoria como comunista representa un ejemplo para todos y su sola presencia, un estímulo para nuestra lucha política. Camarada Lobato, tienes la palabra.

—¡Camaradas! En primer lugar, quería agradecer vuestra calurosa acogida, llena de compañerismo. Para un comunista veterano, que no viejo, o mejor dicho, un veterano comunista, representa una gran satisfacción comprobar que su trabajo encuentra el relevo en la juventud. Yo, por supuesto, ni quiero ni debo hablaros del pasado o de los años transcurridos en las cárceles de Franco. Quiero hablaros del futuro, de un futuro con esperanza, de un futuro que a la fuerza ha de ser vuestro. El franquismo está agotando su ciclo. Los comunistas hemos luchado por ello. Y en este momento histórico debemos estar alerta y preparados para que la muerte del dictador nos coloque en la mejor situación para orientar los cambios que, sin duda, se operarán en España en la dirección que interesa a las clases populares.

—Por estas razones, me parecen un acierto político las resoluciones que habéis aprobado, pues favorecen el fortalecimiento del movimiento ciudadano y la penetración del partido y de las juventudes en un tejido social como la juventud, de tan vital importancia. En consecuencia, os quiero transmitir el apoyo del Comité Central y de nuestro secretario general, Santiago Carrillo.

La reunión se dio por concluida. Ricardo mostraba su satisfacción por el resultado obtenido, pero no ocultaba su inquietud por la labor que le habían encomendado. Tarea a la que se entregaría en el futuro con abnegación.

Tras despedirse de algunos camaradas, Ricardo se disponía a traspasar el umbral de la puerta cuando una voz le detuvo.

—¡Ricardo, Ricardo! Espera un momento. —Era Jesús Mosterín—. Mira, te quiero presentar al camarada Lobato.

—¡Ah! ¡Hola, camarada!

—¡Qué tal estás, camarada! Me ha hablado mucho de ti Jesús Mosterín. Y me ha hablado bien. Quería saludar y desearte suerte y acierto en tu trabajo. Creo que es muy importante que seáis capaces de desarrollar en vuestras zonas las Asociaciones Juveniles. El partido y la lucha contra Franco y por la democracia, lo necesitan.

Son las doce y media. En un estadio casi vacío, dominado por el cemento y bajo ese agradable sol invernal, el árbitro está a punto de dar el pitido inicial al partido. El Atlético Madrileño, jugando en Tercera División, recibe al Pegaso. Es un derbi madrileño en las categorías modestas del fútbol. Solo los más apasionados aficionados y los más enloquecidos amantes de este deporte acuden a estos encuentros. Entre ese pequeño ejército de fanáticos, armado de su bufanda, su gorro y su bandera, figuraban Pepe el Sici y Pruden, su callada novia.

—Hoy vamos a tener un buen partido. Tenemos buen equipo, con tíos como Abarca, Vicente Pablo y el Víctor ese. Esa gente sube al Madrileño.

—Sí, Pepe.

—Claro, por lo que estoy verdaderamente preocupado es por qué harán los mayores esta tarde. Este año el Madrid se ha disparado, pero hay que luchar hasta que sean matemáticamente campeones.

—Sí, Pepe.

—Oye, nena, pero ¿a ti te gusta esto de verdad?

—No, bueno, sí, pero si te gusta a ti. Yo por estar contigo...

—¿Has traído los bocatas?

—Sí, claro, de chorizo.

—Quédate aquí sentada que voy a por unas cervezas.

—A mí, tráeme una Coca Cola.

No había podido dormir mucho. Había pasado la mañana dando vueltas sobre sí misma en la cama. Estaba todavía dominada por las emociones sumadas la noche anterior, poseída por ese estado de ansiedad que dificulta el sueño, pese a que el cansancio debiera vencerlo.

«Me lo he tirado, me lo he tirado. Soy la rehostia, Si no es por mí, ese no hace nada. Estaba más nervioso que un flan, llevaba tiempo con ganas de follármelo. Es el más guapo y el más tieso. Pero lo que no me imaginaba es que tuviese esa polla tan tremenda. Es enorme y dura, dura de verdad. Estaba excitado, tan excitado que creía que me iba a destrozár. El pobre nada más meterla se corrió y se quedó tumbado sobre mí, como un muerto, como si le hubiere dado un pasmo. Le tuve que decir que me tocara, que me metiera el dedo, pero es que no tenía ni idea. No me encontraba el clítoris ni de coña. Al final me tuve que masturbar yo misma. Luego empezó a comerme el tarro con que si tomaba pastillas o si no las tomaba. Que qué íbamos a hacer si me quedaba preñada. Pues nada, tío, abortar. Buscar la *guita* e ir a Londres. Pero por una vez no me voy a quedar embarazada, no me voy a quedar con la tripa. Sería mala leche. Este tío es que se ahoga en un vaso de agua. La verdad es que me gustaría acostarme otra vez con Albertito y enseñarle las cuatro reglas que debe aprender. Con ese troncho, cuando aprenda, se va a convertir en una fiera. ¿Qué hora será? Uy, ya son casi la una del mediodía. Me voy a levantar».

Se incorporó sobre la cama. Retiró las sábanas y se sentó para buscar las zapatillas. Llevaba puesto el pijama azul claro que le había regalado su madre por Reyes. Ya le había salido pelotillas. Se puso una bata guateada y eligió la ropa. Un vaquero y un jersey de cuello alto rosa. Con paso vacilante, Margarita se dirigió al cuarto de baño. Giró el picaporte y comprobó que la puerta estaba cerrada con pestillo.

—¿Quién está ahí? —preguntó.

—Soy yo, ¿qué pasa? —contestó su hermana Yoli del otro lado.

—Pero, bueno, tía, es que te pasas la vida dentro pintándote el ojo.

—Más vale estar aquí dentro, que no estar por la noche en la calle como una cualquiera —replicó.

—Pues como sigas con esa carrera te vas a acabar metiendo en un convento, porque no te comes una rosca.

La Yoli abrió por fin la puerta y salió arreglada como una princesa, como una princesa de barriada, con un toque de vulgaridad y otro de estridencia. Pero como una princesa, al fin y al cabo.

—Que me dejes en paz, furcia, que estás hecha una furcia, siempre rodeada de tíos. Marga, vas a acabar mal, vas a darnos un disgusto gordo.

—Pero qué requetemona está mi hermanita, tan maqueada como va ella. ¿Sabes lo que te digo?, ¡que me olvides y que me dejes entrar al lavabo!

El señor Vicente entró en El Club. Hacía rato que había empezado su ronda particular. A esas horas, tempranas para el resto de los mortales, ya había visitado Las Tiendas Rojas, El Tres y Los Extremeños.

—¡Buenos días, Antoñito! ¿Dónde está tu padre?

—Ha salido un momento. ¿Lo de siempre, Vicente? Ahora vuelve.

—Sí, un *cortito* para quitar la sed.

Antoñito abrió el grifo de la Mahou y empezó a despedir espuma a todo trapo.

—¡Vaya por Dios! Se ha acabado. Voy a cambiar el barril ahora mismito.

Bajó al sótano a toda prisa a por otro barril. En ese justo momento, nuevos parroquianos entraban por la puerta del bar. Eran Rafa el Tuerto, Dimas y Manolo, el taxista.

—¡Buenos días, Vicente! —saludaron los tres.

—¿Qué pasa, señores?, ¿qué van a tomar? Esperen un momento porque se ha terminado la cerveza y Antoñito ha bajado al sótano a por un barril nuevo.

—Yo me voy a tomar una *cañita* —dijo Rafa.

—Yo otra —secundó Manolo.

—Yo, por joder, un *vermucito* —se desmarcó Dimas.

El pequeño cuerpo de Antoñito emergía escaleras abajo, con la cara enrojecida por el esfuerzo, arrastrando el barril como buenamente podía.

—¿Oído, Antonio?

—Oído, señor Vicente.

Los amigos se pusieron a cambiar impresiones sobre los temas de siempre. Las partidas de mus y dominó el día anterior, la película de la tele y los encuentros futbolísticos de aquella tarde. Un tema nuevo empezaba a dominar la conversación. Perico Fernández, el campeón del mundo de los ligeros, había derrotado de un guantazo formidable al brasileño Joao Henrique en Barcelona. El combate televisado en directo había permitido que toda España estuviera apoyando al boxeador zaragozano.

Era, por otra parte, un momento de gran convulsión en España. El final de la larga dictadura de Franco se aproximaba, coincidiendo con la salida a la calle de los movimientos de oposición al régimen. Las fábricas madrileñas se habían convertido en uno de los principales escenarios donde se desarrollaba el conflicto. Las huelgas florecían como hongos en otoño, pues los obreros estaban perdiendo el miedo a la represión. La apariencia sindical de estas expresiones no ocultaba la naturaleza política de la lucha por la democracia.

—¿Cómo van las cosas en tu fábrica? ¿He oído que esta semana paráis? —preguntaba Manolo a Rafa.

—Pues sí, macho. Los del jurado de empresa, bueno los de Comisiones Obreras, dicen que, o nos suben y reducen la jornada a cuarenta y dos horas, o que no hay tu tía.

—Y ¿qué dice la gente?

—Pues, hombre, hay de todo. Hay gente que quiere tirar para adelante y otros que están acojonados. Es como siempre; cuando se consigan las mejoras todos se apuntarán. Pero para dar la cara, ¿qué pasa?

—La gente sigue teniendo miedo. Todavía no ha muerto el Generalísimo. Y tienen miedo. Tú, macho, es que eres muy lanzado —terció Dimas, quien trabajaba en un taller mecánico.

—Ni lanzado ni nada. Lo que la pasa es que hay que llamar a las cosas por su nombre. Ya está bien de fascistas y de dictadores. Ya está bien que la pasta se la lleven los mismos cabrones. Hay que repartir un poco y el obrero tiene sus derechos y una familia que alimentar. ¿O no? Hemos estado callados treinta y cinco años y ahora es el momento. Hay que luchar y arrimar el hombro.

—Ya, ya, pero no todo el mundo vale —insistió Dimas—. Además, con tanta huelga no se va a ningún sitio, porque el único que deja de ganar es el obrero. A ellos les da igual, no les va a faltar su buen plato en la mesa. ¿Tú qué opinas, Vicente?

—Bastante huelga tengo en casa, con tres mujeres. Sobre todo, con mi hija mayor, la Margarita, que no hago carrera con ella. Antoñito, pon otra ronda, que se nos está acabando la gasolina.

Con su paso decidido de siempre, el Chuli subía por la calle Batalla de Brunete dispuesto a todo. Se encaminaba hacia los billares para ver si algún colega le acompañaba al Rastro. Torció a la izquierda por el pasaje que unía Batalla de Brunete con el Paseo de las Delicias. Hacia la mitad, antes de iniciarse una empinada cuesta se encontraban los billares.

Estaban instalados en dos salas muy espaciosas, dominadas por grandes ventanales, pero con escasa iluminación en su interior, que se sostenía soportada por unos débiles tubos fluorescentes. En la primera sala, donde se encontraba la puerta de la calle, estaban situados los futbolines y las tragaperras. En la otra, se asentaban las mesas de billar, los americanos y las mesas de ping-pong. En las paredes colgaban los tacos y los relojes que marcaban el tiempo de las partidas.

A esa hora, los billares empezaban a estar muy concurridos. Jeromo, el encargado, conocido por todo el mundo como el «jefe», se apoyaba recostado contra la pared del umbral de la puerta. Era un hombre mayor, de escasa estatura y menos palabras. Portaba un gran mandil, repleto de pesetas y duros para facilitar el cambio a la juvenil clientela.

—¿Qué pasa, Jeromo? ¿Cómo estamos? —saludó el Chuli al entrar—. ¿Hay alguien por ahí?

—¡Buenos días, chaval! Sí, alguno te encontrarás.

Chuli volvió la cabeza y no vio a nadie. Miró hacia la gran sala del interior y se encontró a Luis y Toni jugando al ping-pong.

—Voy para adentro, que veo a unos *troncos*.

—¡Vale, chaval!

—¿Qué pasa, tíos?, ¿qué hacéis? —interpeló el Chuli a sus amigos.

—Ya ves, Chuli, echando un ping-pong.

—¿Cómo vais?

—Echando una partida a este *pringao*, que va a palmar como Dios —vaticinaba Luis.

—Ya veremos, chaval —dijo Toni.

—Oye, *troncos*, yo me voy a *abrir* —siguió el Chuli—. Tengo que hacer unos *negocietes* y me parece que vosotros estáis a vuestro rollo. ¿Dónde estaréis luego para tomar unas cañas?

—Pues pararemos abajo. En El Club o en Las Tiendas Rojas.

—Vale, pues *hasta los güevos*.

Al salir de nuevo al pasaje, oyó unos fuertes silbidos que le llamaban. Al volverse, vio las figuras de Robertín y su primo Pototo.

—¿Dónde vais, tíos, tan deprisa? Parece que queréis apagar un fuego —saludó el Chuli—. A vosotros os digo, que sois colegas y por si me queréis acompañar. No tengo un pavo en el bolsillo. Estoy *pelao*. Así que me voy al Rastro para ver si me *levanto* un par de carteras y tiro con eso toda la semana.

—Joder, Chuli. Te estás metiendo en unos rollos un poco *chungos*. Algún día te van a coger y te van a mandar para el *talego*. Verás... —le intentó disuadir Pototo.

—Qué va, tío. Si no hay ningún peligro. Si te ven, sales jalando a toda hostia y ya está. Nadie echa a correr detrás de ti. ¡Venid, coño!

—Yo, desde luego, paso total de ir. No quiero pasar un rato acojonado.

—Eres la hostia, primo. Vamos con el Chuli, que es un colega que sabe lo que se hace. Siempre tan acojonado. Ya te veo el futuro que te espera. El taller, la *tronca* y en casita a ver la tele. Y los fines de semana a *jalar* a casa de la suegra —dijo Robertín.

—No me toques los cojones, Robertín, que por ahí no va mi *rollo*.

—Bueno, pues yo me voy con el Chuli.

—Pues que os den por culo a los dos —concluyó Pototo, dirigiendo sus pasos a los billares de Jeromo.

Llegué a mi casa más cansado que una mona y con un hambre atroz. Me hubiera comido a mi madre, pero en lugar de eso le dije a mi abuela que me pusiera un bocata de lo que fuese. Mientras lo preparaba, me lancé sobre la nevera para coger una cerveza bien fría.

Cuando llegué al cuarto de estar para enchufar la tele y ver cómo iba el partido de baloncesto, mi abuela ya me había puesto el bocadillo sobre la mesa.

—No te lo he hecho muy grande, Max, para que luego comas bien. Hay paella.

—Me parece muy bien, abuela. ¿Dónde está mi madre?

—Se ha ido a misa, con Tere y Julita.

—Se pasa la vida en la iglesia. Parece mentira tu hija, siendo tú atea y comunista. Pero ¿qué has hecho con tu hija, abuela?

—Pues ya ves, hijo, que me ha salido beata. Siempre le gustaron las sotanas, sobre todo desde que murió tu padre. Bueno, ¿habéis ganado?

—Sí, pero nos ha costado mucho, abuela.

—¿Qué tal has estado?

—El mejor, como siempre.

—Oye, ¿a qué hora viniste anoche?

—Pronto.

—De pronto, nada. Porque cuando llegaste eran casi las cuatro y media de la madrugada. A mí no me mientas, que siempre te pillo.

—Eso es pronto.

—No sé cómo has podido levantarte.

—Bueno, me he acabado el bocata y me voy a ver a los amigos.

—Ven a las tres, para que no se pase el arroz.

Al acabar la reunión, Ricardo se fue a tomar una caña a un bar de la esquina donde a menudo continuaban las discusiones los camaradas más cercanos. No encontró a nadie, pero pidió una cerveza confiando en que alguien apareciera. Cuando se disponía a apurar al primer sorbo vio cómo entraba en el establecimiento Jesús Mostarín. Iba con el paso apresurado y el gesto descompuesto.

—¿Qué bicho te ha picado? —preguntó Ricardo—. ¿Qué quieres tomar?

—Nada, nada, macho. Vamos a aquel rincón. No quiero que nos oigan.

Jesús agarró del codo a Ricardo y le hizo dirigirse a un lugar en el bar alejado de la barra.

—¿Ha pasado algo grave? ¿Han detenido a algún camarada?

—Sí, eso es lo que pasa. Ayer a las siete de la tarde había una reunión de la permanente del Comité Provincial. No sabemos cómo, pero se enteró la policía, apareció en el local y se llevaron a todos por delante. Están en la DGS. Nos avisaron esta mañana.

—¿Cómo va a reaccionar el partido?

Jesús, pese a su juventud, estaba habituado a controlar situaciones de riesgo. Desde muy joven había ingresado en las Juventudes Comunistas, distinguiéndose por su capacidad analítica, alejada de apasionamientos. Era un muchacho moreno, delgado y de abundante melena, caída a ambos lados de la cabeza. En esta ocasión, el partido le había encomendado la tarea de llenar el distrito Centro de pintadas pidiendo la liberación inmediata de los detenidos y, de paso, la excarcelación de los presos políticos del general Franco.

El PCE estaba a punto de iniciar una etapa decisiva, la denominada «salida a la luz». Los militantes comunistas, clandestinos durante cuarenta años, topes en las oscuras cuevas franquistas, estaban preparándose para salir a la calle con sus caras descubiertas, sus nombres y sus apellidos. El mítico Partido Comunista, curtido en miles de batallas a la sombra, iba a empezar a actuar como si de un partido legalizado se tratase. Sus locales serían públicos y sus actividades anunciadas.

El problema para Jesús Mostarín empezaba por localizar en un plazo de unas pocas horas a todos sus camaradas.

—Ricardo, tenemos que llenar el barrio de pintadas. Convoca a la gente que puedas por tu lado, nos veremos a las diez de la noche en el local de Martín de Vargas. Yo estaré allí con los espráis y nos dividiremos por grupos.

—De acuerdo, camarada. Haré lo que pueda.

El cielo invernal de Madrid, siempre que el día fuera despejado, es luminoso, dotado de un azul intenso y algodónado por nubes que flotan perezosamente. Son mañanas claras, que llevan su alegría a todos los rincones de la ciudad para que la gente se contagie de vitalidad y ganas de aprovechar el tiempo. No hay ninguna razón que avale esta aseveración, pero siempre he tenido la impresión de que la mayor parte de los domingos de invierno son soleados y secos en Madrid.

La gente sale al campo, va a perder el tiempo al Rastro, se acerca al fútbol, va a misa, se da un paseo largo por el Retiro... Cada hora del día tiene su momento. Cuando las agujas del reloj se aproximan a la una del mediodía, los miles de bares de la ciudad se pueblan de gente que se arraciman en las barras para beber cerveza, vinos y vermut, y para comer patatas bravas, calamares o gambas a la plancha. Hasta las tres de la tarde, los bares están atestados de matrimonios con niños, de grupos de amigos y de vecinos que se encuentran, se invitan, se ríen y departen. Es la hora sagrada del aperitivo. En Madrid y en domingo, toda una institución.

—¿Qué vas a hacer esta tarde, hija? —le preguntó su madre a Pilarín, mientras se afanaba en reducir una cebolla a mil pequeños trozos en la cocina de su casa.

—No lo sé seguro, mamá, pero han dicho los chicos de la pandilla que igual hacíamos un guateque. ¿Por qué lo dices? —le respondió, al tiempo que empezaba a cortar una zanahoria en finas lonchitas.

—Por nada.

—No, por nada, no. Tú lo dices por algo.

—No, por nada, en serio, Pilarín.

—¿Qué pasa? ¿Habías pensado algo? —insistió, mientras se disponía a trocear un tomate.

—Bueno, había pensado que fuéramos al cine juntas. Hace mucho que no salimos, ni vamos a ver películas.

—Sí, tienes razón, pero es que hemos medio quedado.

—Ya, si lo entiendo. Tu madre siempre está la última para todo.

—No es eso, mamita. Tú sabes que te quiero mucho. Pero me hace ilusión ir a un guateque con todos mis amigos —protestó Pilarín, al tiempo que procedía a picar un ajo.

—A ti te hace mucha ilusión ir a un guateque y a mí al cine.

—No me digas esas cosas, mamá. Sabes que te quiero mucho y me gusta verte contenta —contestó Pilarín y empezó a cortar unas hojas de lechuga.

—Contenta, contenta... Si ya sé lo que pasa. Os hacéis mayores y si te he visto, no me acuerdo. Preferís iros con el último que llega y dejar tirada como a una colilla a la madre que ha dado tu vida por ti.

—No empieces a decir bobadas. Yo sé lo que has hecho por mí y verás como en cuando pueda, empezaré a ayudarte.

Su madre, mientras tanto, estaba ya friendo el pollo y el magro. Las gambas y las chirlas ya estaban cocidas, con lo cual tenía preparada la base para la paella.

—Igual me he muerto antes.

—No seas pesada. Además, al cine podemos ir cualquier día. ¿Sabes lo que te digo? Que me voy a dar una vuelta.

—Vete, pero ven a las dos y media, para que no se me pase el arroz.

Enfundado en unos pantalones blancos, con su cazadora de pana azul y sus botas negras. Con su aspecto optimista y su paso decidido, Tallo abandonó el portal de su casa para dirigirse a comprar el periódico en el kiosco situado junto al chaflán del Bar Recreo, en la esquina entre Bustamante y el Paseo de las Delicias. Le echaría un vistazo rápido y luego se iría a tomar unas cañas.

Medía cerca de un metro noventa, era fuerte como un roble y disponía de una voz grave que se aflautaba a medida que se acomodaba en un clima de confianza. Adoraba el cine y la canción española, esas coplas rebosantes de sentimientos de marineros y cabareteras de puerto, inundadas de humo de tabaco y de la música de los confesionarios.

Desde muy pequeño, los álbumes de fotos de artistas y los carteles de películas coleccionadas por su madre le habían enseñado el amor al cine. Se veía todos los programas dobles de los cines de barrio, hasta el punto de que era conocido por todos los acomodadores de los cines América, San Carlos, Elcano, Delicias, Montecarlo, San Rafael y Candilejas. Espectador asiduo, devoraba las películas mientras reducía a la nada varias bolsas de palomitas. Cuando cumplió los diecisiete años empezó a frecuentar los cines de estreno y los de arte y ensayo. La revista *Fotogramas* le permitía estar al tanto de las novedades cinematográficas de España y del extranjero.

Su afición a la canción española encontraba su origen en un lugar más intrincado. Su padre, que era un militar alcoholizado y prostibulario, abandonó a su madre por otra mujer. La carrera soldadesca de su progenitor les hizo llevar una vida nómada, diseminada por ciudades portuarias con gran afición a la copla. El ambiente cuartelero de su infancia y su propia historia personal le habían conducido a identificarse con esas historias de amor y odio extremo, al borde del suicidio o el asesinato, esas pasiones inflamadas, tan características de sus admirados León y Quiroga.

Con cerca de catorce años recaló en Madrid, proveniente de Cartagena. Su madre encontró un piso en la calle Vara del Rey, esquina Canarias, para poder acomodar a sus cinco hijos. Tallo había terminado el bachillerato y comenzado, a duras penas, su carrera universitaria.

Pese a su físico contundente, siempre se había mostrado como un muchacho sensible, extravertido y con facilidad para hacer nuevas amistades. Tenía cierta proclividad a entrar en crisis personales derivadas de esa inseguridad tan propia de la adolescencia.

Mientras se dirigía a comprar el periódico del domingo, reflexionaba sobre algo que le obsesionaba en los últimos años.

«Anoche me pasó igual con esas lumis. Ya me pasaba con Marita, que me quería tanto. Tengo que aceptarlo, pues es la única manera de aceptarme a mí mismo».

El Bar el Club, regentado por don Ángel y Antoñito, era un minúsculo local que se había convertido en el corazón de nuestro barrio. Allí se podía encontrar a cualquiera y en cualquier momento. Se podía ver a los amigos, tomar una cerveza y jugar una partida de cartas.

En sus escasos veinte metros cuadrados, disponía de una barra y dos mesas de mármol rodeadas de taburetes de madera. También contaba con una máquina tragaperras y una televisión situada en un alto para que la vieran todos los parroquianos. Sus paredes no se sabían muy bien si estaban pintadas de gris, de azul o de verde claro. De ellas, colgaban calendarios de chicas, carteles anunciadores de los partidos de la Ferroviaria y fotos de viejos equipos de fútbol, entre los que se adivinaba la presencia de algún asiduo, con menos kilos y más pelo.

El espacio era pequeño, pero bien aprovechado. Al fondo, se situaba la escalera que bajaba al sótano, desde donde se descendía al váter y a la bodega. También al fondo, entre las mesas y la pared, había un escalón elevado, casi hasta la altura de la ventana en el que ocasionalmente se colocaban los barriles de cerveza. En este rincón se ponía una mesa. La otra, justo al lado de la tragaperras. Ambas mesas se destinaban al juego de cartas. Casi siempre, al mus, que era el rey del Club. Pero, naturalmente, había parroquianos que preferían el tute o el dominó, pero solo para desengrasar.

A lo largo de todo el día, las partidas se sucedían sin cesar. La pareja que ganaba se quedaba. La que perdía dejaba su puesto a otros jugadores, todos ellos asiduos del bar. Normalmente se ponía en juego la consumición y solo, muy excepcionalmente, había dinero de por medio. Pero todo ello, en pequeñas cantidades, pues todos los habituales eran obreros de bajos ingresos.

Los chavales frecuentábamos el local antes de comer, entre la una y las tres; y antes de cenar, entre las siete y las diez. Nuestra presencia aportó al Club un aire de rejuvenecimiento a un local que languidecía en medio de los muses de su clientela de toda la vida.

Pese a la precariedad de sus medios, El Club ofrecía una buena cerveza y un excelente vermut. Don Ángel había conseguido meter una diminuta cocina de gas, con dos fuegos, en una esquina de la barra junto a la cristalera que daba a la calle. Había ganado espacio para sus sartenes ennegrecidas, platos de harina, botellas de aceite y colador de los boquerones. Allí, milagrosamente, freía unas patatas con pimientos, cebollas y ajos muy apetitosas y unos boquerones sublimes, que eran conocido entre la parroquia como los *tiburones*.

—¡Don Ángel, deme un *tiburón* como aperitivo!

—Espera que los acabo de freír y están hirviendo —decía, llevándose a la garganta su aparato de laringectomizado.

Atravesaba el portal con el pelo repeinado, empapado en agua, con los ojos adormilados todavía y la inconfundible expresión de resacoso. Cuando consiguió despertarse, el Huevo comprobó que se encontraba sumergido en medio de un mar de vómitos. Dio media vuelta en la cama para intentar retomar el sueño. Pero el olor fétido le impidió volver a dormirse. Como pudo se incorporó, se levantó para darse cuenta de que la suerte le acompañaba, pues sus padres no estaban en casa. Se metió bajo el grifo de la ducha más de media hora. Alternaba el agua fría con la caliente, buscando lo imposible: que el agua le quitara la resaca. Tras tomarse una cafetera, se marchó a la calle.

—Schiss, schiss, ¿dónde vas tan aprisa, Huevito? —le llamaron desde la acera de enfrente.

Marcos giró la cabeza buscando un rostro amigo, pero no vio a nadie. «No seré yo al que chistan».

—Huevo, Huevo, ¿qué pasa? ¡Estás *apijotado*! —la voz se había acercado y una mano le alcanzaba la espalda.

—¡Anda, la hostia! No te había visto antes, Rata.

—Pero ¿qué te pasa, tío? ¡Vaya *careto* que llevas!

—¿Tengo mala *geró*? No me extraña. Apenas he dormido. Tres horas y me acosté con un *colocón* de tres pares de cojones.

—Ya te veo el *careto*.

—¿Sabes lo que te digo? Que me voy a tomar una caña para recuperar el nivel alcohólico.

—Tú sí que sabes, Huevo, tú sí que sabes...

—Oye, tío, ¿has visto a alguien?

—No. Me pasé la mañana en casa viendo la tele. He visto el partido. Bueno, me asomé al balcón y vi al Coqui arreglando la *cabra*.

—*Joé*, como siempre.

—Sí, macho. He quedado con él en El Club.

—Oye, y ¿dónde os metisteis anoche?

—Estuvimos en una juerguecita en casa de Alberto. Se había ido la vieja y estuvimos fumándonos unos *petas*.

—¿Quiénes estuvisteis?

—La Cromo y una amiga de ella, que está más buena que el pan, colega. Se llama Tere. También vinieron Pelos y Max, pero ellos se *abrieron* antes.

—¿*Quilasteis*?

—Yo, no. El Alberto, no sé. Cuando nos quedamos empecé a magrear con la *tronca*, pero a la hora de la verdad, la tía se *cortó*. ¿Sabes lo que te digo? Que voy a pedir su teléfono a Marga para

quedar con ella.

Al doblar la esquina de Batalla de Brunete con Bustamante, vi en la acera de enfrente a Margarita con Vicen. A mí, Margarita me gustaba mucho. Me gustaba su mirada caída y me gustaban sus tetitas. Pero, sobre todo, me gustaba su culito respingón. Había tenido mis pequeños escarceos con ella, pero no había llegado a nada serio. Ahora me olía de que se traía algún asunto con Alberto. Yo pensaba que lo mejor era esperar mi turno, mientras me iba preparando el terreno.

Me acerqué a ellos con paso sigiloso. La Cromo estaba de espaldas y Vicen, de frente. Le hice un gesto a él, para que ocultara mi presencia. Cuando estuve a su altura, la rodeé con mis brazos con intención de que tapara sus ojos.

—¿Sabes quién soy, tía buena? ¿Reconoces mis fuertes manos y mis bíceps musculados?

—Sí, sí. Max, eres Max.

—¿Y sabes lo que tendrás que hacer para liberarte? —insistí con mi inveterada tendencia a hacerme el gracioso.

—Pues no, ni idea.

—Darme un beso, un buen *muerdo*.

—Pues vas de culo.

—*Joé*, Cromo, que poco romántica eres —le dije mientras la soltaba.

—No seas *plasta*, tío.

—Bueno, Vicen. ¿Qué habéis hecho?

—Hemos empatado a uno, macho. Un partido nivelado.

—Habrás metido tú el gol.

—No. Mi marcador ha estado haciéndome faltas todo el rato y el árbitro sin enterarse. Me ha tenido frito y el hijo de puta, no ha pitado nada. Una vergüenza.

—Siempre estás igual, Vicen. Un tío con tu clase y físico tiene que estar por encima de estas cosas.

—Tío, si es que me ha molido a patadas. Te lo juro por mis muertos, Max. Si no te lo crees, que te lo diga Luis, Josele y el Ciego, que han ido a verme. Bueno, y tú, ¿qué has hecho?

—Hemos ganado justitos al Estudiantes, en un partido de la hostia. Yo he acabado hecho polvo, porque ayer estuvimos de juerga. ¿Verdad, Margarita?

—Verdad.

—Bueno, tíos. ¿Qué hacéis aquí? Parece una confesión o una conspiración.

—Más bien lo primero. Ya sabes que soy el paño de lágrimas de mi Cromito.

—Vicen, no seas *capullo*.

—Bueno, ¿qué os parece si nos vamos a Las Tiendas Rojas? Os invito a un *cortito*.

Los billares, a medida que se acercaba la hora de comer, entraban en plena ebullición. Todos los futbolines estaban ocupados, al igual que las mesas de ping-pong y la mayoría de las mesas de billar, ya fueran americanos o españoles. Alberto había subido a paso militar todo el Paseo de las Delicias desde su casa. Llegó con la respiración agitada y el gesto preocupado. Entre la mucha gente que había en los salones, pudo distinguir nada más entrar al Pelos y a Tony echando un pierde-paga al fútbolín contra los hermanos Albarracín. Sin apenas saludar, les espetó:

—¿Habéis visto a Vicen? ¿Tenéis idea de dónde está?

Sus amigos se quedaron algo sorprendidos ante sus urgencias. Luis acababa de meter un bonito gol con el delantero centro. Con la bola controlada, amagó para salir por la izquierda, recuperando terreno en un rápido movimiento de muñeca y tirar violentamente al salir por la derecha. La entrada de la bola de madera en la portería se vio acompañada de ese sonido seco y profundo que hacía las delicias de los jugadores de fútbolín. Era lo más parecido a ese gooooooool largo que canta la multitud en los estadios. Ganaban 3 a 2, un tanto más les daba la victoria.

—¿Pasa algo, macho? —le preguntó a Alberto, incorporándose con la otra bola en la mano, ya dispuesto para sacar.

La bola cayó por el canal del agujero y llegó al centro del campo donde las dos nutridas filas de medios se la disputaban con ferocidad. Ahí cabían dos opciones: Una, buscar un pase corto, suave y sorpresivo a la delantera, para que este empalmase según le venía sobre la marcha o, bien, la jugase, ya parada, con alguno de sus tres muñecos. Y dos, intentar un tiro rápido y directo contra la portería rival. Luis, normalmente prefería la primera opción. Si la bola sobrepasaba la fila de medios, una delantera rápida y atinada fusilaba sin piedad al portero.

—No, solo necesito verlos para preguntarle una cosa.

Luis consiguió pasar la bola al extremo derecho. Este jugador ocupaba una posición, conocida como «hueco». Para igualar la diferencia numérica con la defensa (dos defensas contra tres delanteros), este muñeco solo podía mover la bola, hacer contras, rematar rechaces y empalmar combinaciones que le llegaran desde la media. Pero estaba prohibido que marcara goles en jugada de combinación de la delantera o en sus propias acciones individuales. Luis hizo llegar la bola al extremo izquierdo. Con una rapidez endiablada conectó con el ariete, que tiró a portería, pero su disparo fue interceptado por un defensa.

—Bueno, macho. Yo fui esta mañana a verle jugar al fútbol. Ahora debe andar por su casa o en la calle Bustamante.

La bola había pasado a poder de la defensa contraria. Luis marcaba severamente a los rivales taponándoles la salida o buscando una peligrosa, casi siempre letal, contra. Su media mantenía una posición inalterable, alineada a uno u otro lado del rectángulo para, de esa manera, servir de

punto de referencia inamovible a su defensa, que debería preocuparse de taponar los huecos que dejaba en el marcaje.

—¿Vais a tardar mucho? Si es así, me bajo solo.

El defensa chutó y la bola llegó con potencia, pero sin colocación, al poder de Tony. La dominó, tras apoyarse en los desniveles que había de los fondos del tablero. Empezó a buscar un hueco por dónde tirar contra la portería rival.

—Espérate un momento, macho. ¿Qué prisa tienes? Ahora acabamos y nos vamos todos juntos.

Tony lanzó bruscamente y la bola atravesó con una exhalación entre las líneas rivales y propias. El portero la rechazó a duras penas y el rebote, manso, llegó a poder de Luis que lo aprovechó para marcar inapelablemente.

—¿Ves, tío? Ya hemos acabado y nos vamos contigo.

«Me siguen dando miedo estas acciones. No tanto como cuando estaba en el FRAP, porque aquello era una cosa de suicidas. Pero me siguen dando miedo. ¡Míralo! Ya me tiemblan las piernas. Menos mal que me domino y los camaradas no se dan cuenta». Ricardo regresaba al barrio. Atravesaba la populosa Glorieta de Atocha y se disponía a bajar por el Paseo de las Delicias. El gran reloj de la estación marcaba la una y cuarto del mediodía.

«Si fuera un poco antes me daría una vuelta por la Cuesta Moyano para ver algunos libros. Pero prefiero bajar rápido para llegar con tiempo suficiente para tomarme unas cañas con los colegas. Por cierto, ¿qué coño digo esta tarde? Porque yo, a las ocho, me piro para hacer unas pintadas con los camaradas. Es gente de confianza. Además, Alberto y Max ya estuvieron conmigo en el FRAP. Alguna vez se lo tendré que decir. Igual, si me da por ahí, hasta lo hago hoy mismo».

«De todas maneras, esto no es el FRAP. El partido es otra cosa. Gente seria y experimentada. Esto se está acabando. España no puede seguir bajo una dictadura militar. Pero el Régimen sigue deteniendo. La oposición tiene que dar la cara. Hay que salir a la calle y decir a la gente que aquí estamos los comunistas. Y si quieren detenernos, que nos detengan. Pero, joder, hay que ver cómo me tiemblan las piernas».

Vítor y Carmen habían finalizado su paseo. Tras recorrer medio Madrid a lomos de la moto, regresaban al barrio. Vítor se preparaba para iniciar su primer ataque en toda regla. La chica cada vez le atraía más. Fueron a dejar la moto junto al portal de su casa para después recorrer la calle Bustamante hasta alcanzar el bar El Club.

—¿Sabes? Prefiero dejar aquí la *cabra*. La ato con la cadena al árbol y no tengo que volver a andar moviéndola.

—Oye, Vítor. ¿Dónde vas ahora?

—Vente conmigo. He quedado con Juan el Rata en El Club para tomar algo antes de *papear*.

—¿Puedo ir yo, puedo acompañaros?

—Claro. Faltaba más. A mí me *molaría* un montón que vengas a muchas cosas conmigo.

—¡Qué cosas dices! Me vas a poner colorada.

—Pues colorada tienes que estar *tela* de guapa. Pero cantidad de guapa. Oye tú, ¿estudias, no?

—Sí, estoy en quinto de Bachiller, en un colegio de monjas.

—Y, luego, ¿qué quieres ser?

—No tengo ni idea. Ahora me da igual, ni lo pienso. Tú, ¿qué haces?

—Soy un obrero, un *currela*. *Curro* en una fábrica. En la Talbot, en la cadena de montaje.

—Y ¿estás contento?

—Qué va, tía. No lo puedo aguantar mucho más. Me controlan el tiempo hasta para ir al váter. Sí, de verdad. Me paso el día poniendo la misma pieza en el mismo sitio. Coche tras coche, minuto tras minuto, hora tras hora. Cada día la misma historia. Sin parar. A veces pienso que es inhumano. Que habrá un día en el que todos los *currelas* nos vamos a levantar, en que todos los obreros del mundo nos vamos a rebelar contra estos capitalistas. Que vamos a acabar con todos esos mamones que nos explotan para llevárselo *muerto*.

—¿Qué piensas hacer para dejar la fábrica?

—Casarme con una tía rica y guapa, que me mantenga como a un príncipe.

—¡Qué cosas dices!

—Bueno, no te voy a dar el rollo. Yo no valgo para estudiar. Me han dicho de unas oposiciones a Iberia como conductor de vehículos, en la que no hay que estudiar. O también quizás *pille* un taxi con un colega, lo que no voy a hacer es tirarme toda la vida en la fábrica. Pero no te quiero soltar el *rollo* el primer día que nos damos un *voltio*.

—No, si a mí me interesa mucho lo que me cuentes porque en el colegio no me entero de nada.

A los pocos minutos atravesaron la puerta de El Club. Nada más entrar vieron a Juan y a Marcos.

—¿Qué tal, chavales? Pedirme un *cortito*. Tú, ¿qué quieres, Carmen?

—No sé qué tomar. Una *clara*.

El Rastro estaba como siempre, de bote en bote. Multitud de madrileños, y todos los turistas, se aproximan por sus concurridas calles para ver de cerca ese mercado al aire libre, como pocos iguales hay en el mundo. Se trata de una combinación sin parangón de productos de segunda mano, antigüedades, coleccionistas, animales, falsificaciones, cosas raras, objetos inútiles, moda marginal y todo lo que se pase por la cabeza. Por sus apretados espacios desfila un ejército desorganizado de vendedores callejeros, oportunistas, piratas, *camellos*, *trileros*, ventajistas, falsificadores y funcionarios que se ganan un dinero extra los domingos.

El Rastro, en su caos intrínseco y hermoso, se divide por zonas de especialidad. Está la zona de los pájaros, de los cromos repetidos, de las antigüedades, de las reliquias, de los bolsos y gafas de sol, de las prendas militares, de los pajaritos, de los muebles baratos, de las herramientas, etc. Sin señales, indicadores ni escaleras mecánicas está tan estructurado como El Corte Inglés.

El corazón de El Rastro se levanta en la plaza de Cascorro, desde donde se bifurcan sus arterias. A este lugar habían llegado el Chuli y Robertín para emprender sus actividades dominicales en búsqueda de unos emolumentos.

—Tío —dijo Robertín—, estoy un poco nervioso. Ya sabes que no estoy acostumbrado a estos rollos. ¿Qué hay que hacer?

—Tu *tranqui, tronco*, que no pasa nada. Déjame a mí. Si hay problemas, sal echando hostias. La gente viene un poco despreocupada. Sobre todo, los *guiris*. Hay que estar al *loro* y aprovechar las oportunidades. De las tías, cuando abren el bolso. Y de los tíos, cuando llevan la cartera en el bolsillo de atrás del pantalón. Pero, tú *tranqui, tronquito*, que el Chuli se ocupa de todo.

—Vale, colega. Es que además esta tarde tengo ensayo y no quiero perdérmelo. Estamos preparando nuevos temas para empezar a tocar en directo, en colegios y sitios así.

—Si quieres, date una vuelta, Robertín. No hay problemas.

—No, tío, no es eso. Además, si yo digo que voy contigo, es que voy.

—¿Te *mola* mucho el rollo de la música?

—Sí, cantidad. Además de cantar, escribo las letras y pongo todo lo que me pasa por la cabeza, todo lo que siento. Es lo bueno del *rock*. La gente joven, la gente de barrio, puede cantar y decir lo que de verdad siente.

—Y ¿qué tipo de música haces?

—*Rock, rock*, con mucha guitarra y mucha *marcha*. Cuando empecemos a tocar en público ven a verme, tienes que venir a vernos.

—Seguro, tío. No faltaba más. Robertín será un *rock star*. Mira, tío. ¿Ves a esos dos *guiris* que están en el puesto de las gafas? Llevan un bolso y el moreno lleva en el bolsillo del pantalón una

cartera o algo así. ¡Putra madre! Ponte a su lado y dile cualquier gilipollez. Yo me acercaré por detrás y le *levanto* la mercancía.

Robertín se acercó a los dos alemanes y empezó a decirles algo, ante su mirada, a medio camino entre la incredulidad y la imbecilidad. El Chuli se aproximó por detrás y en un abrir y cerrar de ojos empujó levemente al turista y le arrebató la cartera del bolsillo. Rápidamente se la guardó en su pantalón y se alejó del lugar sin volver la vista atrás. Robertín le siguió los pasos.

Giraron la calle y, ya, a la carrera, buscaron un portal donde abrir la cartera con tranquilidad para ver el fruto de su botín.

—¿Ves qué fácil ha sido? Sin problemas, tío. A ver cuanta *guita* hay —dijo excitado el Chuli.

—Sí, sí, muy fácil —respondió Robertín.

—Me cago en la puta. Dos talegos y seis libras. Lo demás no vale para nada. Toma la mitad. Vamos a *pachas*. Volvamos, a ver si vemos a otro *pringao*. Pero marchemos un poco más lejos. No sea que los *guiris* nos *diquen*.

Más contento que nadie bajaba Damián por el Paseo de las Delicias después de finalizar su ensayo. El proyecto de *Tirano Banderas* ambientado con música de Pink Floyd no acababa de convencerle, pero la sola idea de verse sobre un escenario iluminado por las bambalinas le llenaba de gozo.

«Si me vieran en Brazatortas... O la gente del internado. No se lo creerían. Pues sí señor. Y dentro de nada, en la tele. Compartiendo cartel con José María Rodero y Julia Gutiérrez Caba. Y dentro de un poco más, a Hollywood a codearme con Paul Newman y Jane Fonda», bullía su fantasiosa cabeza.

Pero la vida no le sonreía tanto como su imaginación, parecía apuntar. En su casa, muchas veces no se llegaba a final de mes. La madre, al enviudar, se había trasladado a Madrid, pues en su pueblo no sacaba para mantener a sus tres hijos. Al llegar a la ciudad, encontró una portería que, además de reportarles unos pequeños ingresos, le servía de vivienda familiar. Era pequeña, pero al menos podían vivir con dignidad. Trabajaba como asistenta en alguna casa particular y fregaba escaleras de oficinas. El hermano mayor había entrado en un taller como aprendiz, cobrando el salario mínimo. Y, por supuesto, su madre le había advertido que, si quería, continuase en la Escuela de Arte Dramático, pero que tenía que ir pensando en traer algún dinero a casa. Para colmo, su hermana pequeña padecía síndrome de Down.

En su casa, apenas se comía carne o pescado. Patatas y legumbres componían el menú básico. Aun así, alguna noche la cena no excedía de un vaso de leche y sopas de pan.

Pero Damián estaba dispuesto a sacrificar cualquier cosa con tal de llegar a ser artista. Desde niño había estado subyugado por la magia del teatro y de la pantalla. La televisión le había reafirmado sus intuiciones. Aquella televisión de los *Estudios 1*, de las obras de Buero Vallejo y Shakespeare. Aquellos ciclos de cine, con guiones de Tennessee Williams y Faulkner. Pasiones y sentimientos en blanco y negro. Grandes actores y arte en estado puro que convencieron a Damián que aquel era su único mundo.

Cuando Damián casi alcanzó la calle Bustamante, en la esquina de «El Recreo» encontró a Tallo comprando el periódico. Se apreciaban mutuamente, pues ambos compartían su afición por el cine. Intelectual, la de Tallo; mitómana, la de Damián.

—¡Hombre, Damián! ¿De dónde vienes?

—Vengo de ensayar, macho. Tú, ¿qué haces aquí?

—Ya ves, comprando el periódico. Para enterarme de lo que pasa en el mundo. Aquí pasan muchas cosas, pero la prensa no las cuenta. Bueno, dime, ¿qué estáis haciendo? Tú al final, te vas a salir con la tuya de ser actor.

—*Joé*, pues no queda nada, macho. Estoy preparando con los compañeros de la Escuela una cosa un poco rara. Un *Tirano Banderas* con música de Pink Floyd.

—Y eso, ¿con qué se come?

—A mí no me gusta mucho. Pero yo me limito a seguir las indicaciones del director. Lo estrenamos en un par de meses, antes de acabar el curso.

—Oye, yo voy ahora a Las Tiendas Rojas a tomar una caña y ver quién hay. Me ha parecido, al pasar, que estaba dentro Vicen.

—Vale, pues vamos...

El Batuta sacó de uno de sus morrales su tartera verde y el cucharón de aluminio. Mientras hacía estos movimientos apoyaba las muletas bajo ambas axilas. No se le había dado mal la mañana. El domingo era, con diferencia, el mejor día de la semana. Las beatas que acudían a diario a sus misas y confesionarios se incrementaban los fines de semana. Se añadían los matrimonios, las familias y los grupos de chavales que iban a participar en la Eucaristía dominical. El Batuta, apostado contra la pared, cubiertos con sus harapos, exhibiendo sus muñones y su rostro de mendigo alcoholizado enternecía los corazones cristianos, que aligeraban sus bolsillos con alguna moneda antes de devorar una ración de gambas al ajillo o de pulpo a la gallega en el bar de la esquina.

El mendigo había juntado casi 800 pesetas con las limosnas de unos y otros. Ahora se dirigía a Casa Mari Ángeles, un restaurante próximo, donde a diario le daban su plato de comida.

Llamó a la puerta de servicio, tras la que se encontraba la cocina. La entreabrió uno de los camareros.

—¡Hola, Mariano! ¡Buenos días!

—¿Qué hay Batuta? Hoy tenemos paella, como es domingo... Dame la tartera, hombre.

—Toma. Échame lo que puedas, que tengo una *gusa* que me muerdo.

Con la tartera llena de arroz, el vagabundo volvió a los bancos de madera de la iglesia prefabricada, que le hacía las veces de vivienda. Se sentó lentamente, depositando las dos muletas en el banco y empezó a comer la paella. A su lado, depositada en el suelo, yacía su amiga del alma: la botella de tinto peleón. Del primer trago consumió casi la cuarta parte de la botella. Tenía el gatzate seco de tanto decir «Dios se lo pague». Antes de comer ya se había tomado otra botella, mientras regresaba de la iglesia. Solía, siempre, llevar la botella en uno de los bolsillos de su abrigo negro. De vez en cuando interrumpía bamboleante la marcha de tullido, sacaba la botella y echaba un trago largo y profundo. Luego se limpiaba la boca con la manga del abrigo.

Cuando se encontraba a punto de finalizar su comida, sacaba una nueva botella de vino para empujarla hasta que le vencía el sueño de la siesta. Luego se quedaba retozando, adormilado, alcoholizado, maloliente y retorcido hasta que le despertaba la voz de la chavalería.

La vida no le había tratado bien al Batuta. No se sabía bien de dónde venía y por qué era un vagabundo. Parece que no era de Madrid, que había estado casado y había llegado a ser un buen fresador. Pero su mujer lo dejó por otro hombre y, a partir de entonces, empezó su carrera de autodestrucción. No encontró mejor consuelo que la botella. Perdió su empleo, su casa, y decidió cambiar de ciudad. Allí donde no le reconocieran y solo fuera un vagabundo anónimo más. La vida no le había tratado bien al Batuta.

A esas horas de la mañana, don Octavio estaba ya más alegre que unas castañuelas. Tras finalizar sus *solisombras* del desayuno, acostumbraba a dar un ligero paseo hasta el momento de emprender lo que el mismo denominaba «mi ruta». Su ruta no tenía mayor secreto que recorrer uno a uno todos los bares del barrio y tomarse un chato en todos ellos, sin perdonar ni uno. El sentido de la educación y la cortesía anticuada de don Octavio le impelían a saludar a todos los vecinos y parroquianos que le salían al paso.

La ruta solía iniciarla en los dos bares que, situados en Batalla de Brunete, flanqueaban la entrada al Pasaje. A continuación, y siempre bajando, se encaminaba hacia los bares que hacían chaflán en las esquinas de Batalla de Brunete y Canarias. Cuando acababa en ese alto en el camino, seguía por Canarias en dirección a General Lacy. Antes de llegar a esta calle hacía una parada en El Gaucho. Más adelante, ya bajando por General Lacy, recalaba en Los Gallegos. Muy cerca de allí, haciendo chaflán con Bustamante, estaba otra estación en el viacrucis de don Octavio: Angelines. A partir de ahí, siempre por Bustamante, estaba el tramo fuerte de su ruta con sendas paradas en Los Tres Extremeños, El Club, El Girasol, Las Tiendas Rojas y El Recreo. A esta parte del recorrido, ya llegaba bastante beodo y era aquí donde departía con nosotros. Después, subía por el Paseo de las Delicias, atravesaba la Glorieta Luca de Tena y se metía por Canarias. Antes de llegar a su casa, vivía en General Lacy, se tomaba los últimos vinos en una pequeña bodega que abría sus puertas al principio de Canarias.

Como en cada sitio se tomaba tres o cuatro chatos, se puede calcular que don Octavio se iba a su casa con más cincuenta vinos entre el pecho y la espalda de su enjuto cuerpo. Al atravesar el umbral de su domicilio comía cualquier cosa que le dejara dormitar su soledad, junto a su gato Lucas.

Don Octavio, con paso vacilante, entró solo en El Club. Aunque se lo conocía de memoria, tropezó con uno de los escalones de la puerta. Trastabilló, pero se apoyó en el quicio y pudo recuperar la verticalidad. El Vitor y el Rata se apresuraron a socorrerle.

—Joder, chavales, casi me meto una hostia. Pero, Antoñito, cuando cambies los escalones, avisa a la clientela, coño, ji, ji, ji, ji. Bueno, ¿qué pasa, mis *pioneros*? No vais a invitar a nada a este pobre abuelo.

—A ver, Ángel, pon lo de siempre a don Octavio, que vendrá con mucha sed —pidió Marcos.

—Ji, ji, ji, ji. Como eres, *pionero*. Sed, ¿yo? Sed de chichi, con perdón de la señorita. ¿Cómo te llamas, guapa? —dijo dirigiéndose a la chica.

—Carmen.

—Carmen, no estarás con alguno de estos bandidos, ji, ji, ji, ji.

—Bueno, estoy con todos, aquí, tomando una *caña*.

—Ay, ¡cómo son mis *pioneros*! Ji, ji, ji, ji. Con qué chavala van. Da gusto verlas. Bueno, y tocarlas...

—No se pase, Octavio —terció Vitor.

—Yo me paso, pero tú no llegas. Porque a las *pioneras*. Ji, ji, ji, ji. Hay que darles su merecido patriótico porque se lo merecen, ji, ji, ji, ji.

—Pero si a usted ya no le funciona el aparato —siguió Vitor.

—Que no funciona, que no funciona. Vamos, don Octavio, cuénteles a este cómo la tiene —le animó el Rata.

—Un trozo de treinta centímetros de picha brava, de la de antes de la guerra, *pionero*, ji, ji, ji, ji. De treinta centímetros, pero bien duros, ji, ji, ji, ji. Vamos, que las *pioneras* se vuelven locas cuando la ven, ji, ji, ji, ji.

—Además, de verdad, de la buena —apostilló el Rata.

—Desde luego, Octavio, es usted la hostia —apuntó Marcos—. Tómese el vino que tendrá la garganta seca.

—Sí, ji, ji, ji, ji. Me teníais que haber visto en mis buenos tiempos. Con esta picha, esta *jeta*, y esta labia, es que las *gachís* me perseguían por la calle. Me las tenía que quitar de encima.

—Bueno. ¿Qué le parece esta *pionera*? —preguntó Marcos.

—Una preciosidad, un ángel.

—Muchas gracias —dijo Carmen, sonrojándose.

—Y ¿cómo te tratan estos chavales?

—Muy bien, muy bien.

—Bueno, ji, ji, ji, ji. Y dejando de lado a esta señorita, que tenéis que respetarla. ji, ji, ji, ji. ¿Folláis o no folláis?

—Se hace lo que se puede, don Octavio —dijo el Vitor—. El Marcos sí que folla, se pone ciego de tanto hacerlo.

—Así debe ser, hijos. Hay que tener guardadito el *pionero* en un sitio calentito.

«Cuando entre, ¿cómo saludo? No sé, yo como si tal cosa. Natural. Lo importante es ser natural. Claro que, para parecer natural, la cosa debe estar un poco preparada o algo así, ¿no? Bueno, no sé, como los de la tele y el cine, que parece que les sale de dentro y tiene todo más que requetemontado, ¿no?». Luisita con su pantalón y su camisa vaquera y con su chaquetón de mouton teñido en negro, bajaba sosteniéndose sobre sus tacones por toda Batalla de Brunete. Su melena morena brillaba al contrastar con los rayos del sol en la luminosa mañana madrileña.

«No sé cómo hacerlo, pero cuando entre, pues abro la puerta del bar y miro como haciéndome la distraída. Como si pasara por allí, ¿no? Hija, qué bobadas dices. Van a pensar que eres tonta. Lo mejor es abrir la puerta, mirar dentro del bar, pero mirar como cuando buscas a alguien con los ojos, ¿no? Bueno, y ¿si no están? ¿Qué hora es? La una y media. Sí, sí, seguro que están. Alguien habrá. En Las Tiendas Rojas o en El Club. Alguien hay. Claro que si se dan cuenta que les voy buscando dirán que tengo mucho interés o, no sé, que soy una buscona. Ya sé, ya sé lo que haré. Primero, paso por la puerta de El Club andando toda decidida por la calle y si me ven desde dentro, alguno me llamará y yo voy y me hago la encontradiza. ¡Vale! Si ninguno me llama, pues llevo a Las Tiendas Rojas y entro con toda la cara. ¡Ay, Dios mío, nunca sé cómo hacer las cosas!».

Luisita torció en la esquina hacia la calle Bustamante. Cuatro o cinco metros más allá se encontraba «El Club». Con paso firme, pero mirando por el rabillo del ojo, llegó a la altura de la puerta. Ninguno de sus amigos salió a buscarla. Unos tipos que había en la acera la piropearon.

—¡Estás más buena que el chocolate y yo tengo aquí un churrito para mojarlo!

Presa de indignación, Luisita se volvió al tiempo que apretaba el paso.

—¡Idiota! ¡Guarros, más que guarros!

Los hombres se rieron a carcajadas.

«Hay que ver estos viejos asquerosos. ¿Ves, idiota?, si tenías que haber entrado. Cuando llegue a Las Tiendas Rojas entro, vaya que si entro».

Abrió la puerta del establecimiento y al fondo de la larga barra del bar, vio a sus amigos. Antes de llegar a su altura, una voz familiar le salió al paso.

—Pero, niña, ¿qué haces aquí? No quiero verte por los bares.

—He quedado con unos amigos, papá.

—¿Con quiénes?

—Con esos de allí, los que están al fondo. Déjame en paz, por favor, que te van a oír y me muerdo de vergüenza.

—No los conozco, pero no me gustan. A las dos te quiero ver en casa —terminó el padre tajante y elevando el tono de voz.

Luisita estaba roja como un tomate.

Alberto, Luis y Tony, tras dejar los billares, llegaron al bar Los Tres Extremeños, situado en la esquina de Batalla de Brunete con Bustamante. Era un local amplio, desangelado y malamente iluminado. Disponía de un pequeño comedor con cuatro o cinco mesas cubiertas con manteles de hule a cuadros, donde daban de comer a parroquianos conocidos. Lo atendían dos hermanos y sus respectivas mujeres, todos ellos originarios de un pueblo de Cáceres.

Alberto había llevado a sus amigos casi a la carrera bajando, por Batalla de Brunete, en su búsqueda de Vicen, con la esperanza de intentar poner remedio a sus preocupaciones. Nada más entrar en el bar preguntó a Tomás, el camarero de la barra, si le había visto. Tras su respuesta negativa, se marchó inmediatamente a otro sitio.

—Pero, tío, ¿qué te pasa? ¿Qué bicho te ha picado? Vamos a tomar una *caña* —le dijo Luis el Pelos.

—No, quedaos vosotros. Necesito ver a Vicen cuanto antes. —Cuando salía por el umbral de la puerta tropezó con Ricardo.

—Me alegro de verte. Quería contarte una cosa —le señaló este último.

—Acompáñame. Tengo que ver a Vicen. Le estoy buscando.

Ambos amigos salieron de Los Tres Extremeños para recorrer la calle en dirección al Paseo de las Delicias.

—¿Te pasa algo, Ricardo? Estás como asustado...

—De eso quería hablarte, macho. Sabes que en ti tengo mucha confianza. Desde hace casi seis meses soy militante del Partido Comunista de España, el PCE. Estaba esperando el momento adecuado para decírtelo y ofrecerte ingresar. Quería hacerlo dentro de unas semanas, pero me adelanto porque la policía ha detenido a unos camaradas del Comité Provincial ayer mismo y el partido ha decidido llenar Madrid de pintadas y carteles pidiendo su inmediata libertad y la de todos los presos políticos. Empezaremos esta misma noche.

—¡Hostias! Me dejas de piedra. ¿Se lo has dicho a alguno del barrio?

—No, tú eres el primero.

—Mira, desde que dejamos el FRAP, he pensado meterme en algo para continuar luchando contra Franco, por la democracia y por la libertad. Contra toda esta mierda. Bueno, que te voy a decir... Yo, por lo que he visto en la Facultad, lo que me parece más serio es el PCE. Pero, macho, estas cosas no se hacen de sopetón, de un momento a otro. Hay que pensarlo.

—Ya, pero yo había pensado que esta misma noche...

—¿Qué dices! Además, me pillas en un pésimo día.

—¿Por qué? ¿Qué te pasa?

Llegaron a la puerta de El Club. Alberto asomó la cabeza y vio el minúsculo bar atestado de gente. Entre otros, estaban Marco y Vitor. Tampoco se encontraba Vico.

—Vamos a Las Tiendas Rojas. Mira, te voy a contar el rollo, pero no se lo digas a nadie porque no es solo una cosa mía, sino que involucra a otras personas. No se lo cuentes a nadie. Chitón.

—Tío, soy una tumba.

—Ayer me follé a la Cromo.

—¡Putra madre!

—Sí, pero la tía es que no toma nada y estoy acojonado por si la he dejado preñada. Yo no tengo ganas de líos. Una cosa es echar un *caliqueño* y otra, distinta, complicarte la vida.

—Eres un poco exagerado. Por un *polvo*...

—Cosas más raras se han visto.

—Y ¿qué piensas hacer?

—Quería hablar con Vico. Él sabrá qué medidas tomar, qué se puede hacer para salir de este embrollo.

—Y ella, ¿qué dice?

—Nada, está tan tranquila, más fresca que una lechuga.

Llegaron a Las Tiendas Rojas. Nada más abrir la puerta los ojos de Alberto encontraron la larga silueta de Vico moviéndose al fondo de la barra.

—Mira, allí está Vico —dijo Alberto.

—Y la Cromo —completó Ricardo.

El Club empezaba a poblarse de un público hablador y bullicioso. A los hombres, quienes a diario solían compartir cortos y chatos, se sumaban hoy las mujeres y los niños, que distorsionaban el ambiente cotidiano del local. Había, incluso, parroquianos habituales que cambiaban radicalmente sus costumbres. Si normalmente aparecían parapetados tras una silla, donde pasaban buena parte de la mañana consumiendo vino y conversación, el domingo se inclinaban por el saludo diligente y el chato furtivo ante lo insoportable de la invasión familiar.

El Vitor, Marcos, el Rata y Carmen habían ganado un lugar en el minúsculo bar. Se habían colocado en la pequeña repisa situada frente a la barra y, a continuación, de la máquina tragaperras. Allí acumulaban los vasos vacíos de los cortos de cerveza. Vitor, siempre en buena disposición, acercaba de vez en cuando los vasos a la barra para entregárselos a Antoñito. Don Octavio había abandonado El Club hacía unos minutos para, tambaleante, continuar su ruta baquiana que terminaría en su casa, donde buscaría a duras penas la cama que le dejaría dormir durante toda la tarde.

—¿Otra ronda? —preguntó el Huevo.

—No, yo no puedo más. Vais a tener que llevarme a casa. —Se retiró prudentemente Carmen.

—¡Hostias! ¡Mirad quién viene por ahí! —exclamó el Rata.

Todos giraron sus cabezas hacia la puerta para ver la entrada apoteósica de un sonriente Luciano, que parecía salido de una revista del *National Geographic*, con su halo de aventurero triunfador y adinerado.

—¿Qué pasa, chavales? —saludó Luciano—. ¿Se puede tomar algo?

—Sí, no faltaba más, ¿una caña? —le respondió el Huevo—. Dame un abrazo, ¿cuándo has venido?

—He llegado esta mañana a Madrid. A puerto, a Barcelona, llegamos el pasado miércoles, pero estuvimos recogiendo hasta el viernes.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

—Tengo un permiso de un mes. El 27 del mes que viene me ha citado la compañía en Valencia. Creo que nos vamos primero a Egipto, luego a Buenos Aires. Allí descargamos y volveremos con otra carga para España. Unos nueve meses, más o menos. Me gustaría estar aquí para Navidades, pero no sé si llegaré a tiempo. Coqui, ¿qué pasa contigo *moñigo*? Ya te ha crecido el pelo.

—Ya ves Lucianín. Aquí todo sigue igual, como siempre. Currando.

—Y, tú, Rata, ¿qué te cuentas?

—Nada de particular, colega.

—Siempre estáis igual. Nunca os contáis nada. Estáis amuermados.

—No nos des la vara, trotamundos —le increpó el Huevo.

—No, si a mí, me la suda. Si en el fondo, aquí vivís como Dios. Con la ropa limpia en el armario, la comida calentita en el plato. Tú, ¿quién eres? No te conozco —preguntó Luciano.

—Me llamo Carmen.

—Yo me llamo Luciano y soy amigo de esta gentuza, que ni siquiera nos ha presentado. Dame un beso.

—Niño, no te pases, que te tengo *dicado* —le cortó el Vitor.

—Ya está el moro de la morería.

Luciano el Niño había interrumpido sus estudios y sus primeros trabajos en Madrid para embarcarse como marino mercante en una compañía naviera. Llevaba un par de años recorriendo mundo, de puerto en puerto. Conocía más puertos, más mar y más ciudades que toda la gente de barrio junta. Había llegado a la conclusión de que no hubiera podido ser más que un dependiente de comercio o un botones de banco. Él aspiraba a otra cosa, a ganar pasta y a ver mundo. Para poder regresar luego al barrio y contar a todo Dios cómo despilfarraba el dinero y cómo triunfaba por todos los puertos del planeta. Le gustaba dar la imagen de vividor empedernido, de poseer una novia en cada puerto, de protagonizar peleas en los clubes y de lucir tatuajes en el pecho. Para él no había secretos en las noches de Marsella, en las mujeres del Mar de Plata, los prostíbulos de Ámsterdam o los clubes de El Cairo.

Luis y Tony apuraban un nuevo *corto* acodados sobre la barra de Los Tres Extremeños, cuyos dueños eran unos emigrantes de aquella región que habían abierto el bar unos años atrás. En realidad, aquella zona del barrio estaba poblada por muchas personas que procedían de aquella parte seca de España. Por eso, cuando era la época de la matanza, los rincones de los portales y las escaleras se perfumaban del olor a pimentón de chorizos y morcillas que enviaban las familias.

Los Tres Extremeños eran dos hermanos, el Pepe y el Casimiro, quienes ayudados por sus dos mujeres, una rubia y descarada, la Puri, y otra morena y taciturna, la Chelo, regentaban el establecimiento. Entre semana ofrecían comidas a los obreros de las fábricas de Standard Eléctrica y Cervezas El Águila. Casimiro y Pepe habían invertido los beneficios obtenidos por la venta de unas tierras paternas, situadas en las inmediaciones de Plasencia, en el traspaso del establecimiento. Ambos habían querido sepultar la dictadura del arado por un trabajo en una cadena de montaje. Ahora pugnaban por dejar la dureza de la fábrica por la esclavitud de un bar localizado en un humilde barrio madrileño. Cuando menos se podría tomar un chato de vino o un *corto* de cerveza cuando les viniera en gana. En eso, al menos, salían ganando. Los dos hermanos no solo compartían el negocio familiar, también la misma vivienda con sus dos mujeres, sus dos niños y sus dos niñas. Eran un clan, un clan pueblerino trasladado a la capital.

Las dos mujeres se ocupaban de atender la casa, los niños, de la cocina y de la compra del bar. También de la limpieza. Los hermanos amanecían antes del alba para aprovechar los desayunos de churros y porras de los obreros madrugadores que apuraban un *solisombra* antes de entrar en la fábrica. Y cerraba cuando el último de los parroquianos daba buena cuenta de las consumiciones, mientras finalizaba el telediario del cierre del día. Abrían todos los días de la semana, domingos incluidos, aunque en festivo cerraban al finalizar los aperitivos para poder descansar por la tarde.

Pepe y Casimiro eran hermanos, pero tenían poco en común, ni en el físico ni el carácter. Pepe era el más joven, de mediana estatura y enjuto como un junco. Era extravertido, dicharachero y amigo de charlar y alternar con la clientela. Casimiro se escondía tras sus gafas de montura de concha negra y su abultado bigote a lo turco. Apenas intercambiaba una palabra, ni tan siquiera el saludo ritual. Por él, pasaría el día de espaldas en la barra, sin ver la cara a nadie.

El bar, en ese momento del día, estaba en uno de sus puntos culminantes. Los grifos de la cerveza y el vermut chisporroteaban, al igual que las frascas de tinto. También corrían los platillos de cacahuets, aceitunas y rajitas de chorizo, así como las raciones de bravas y boquerones en vinagre.

Por la puerta que daba al chaflán de la calle entraron Pilarín y Yoli. A Luis le dio una profunda sacudida en su interior al ver la expresión afable de Pilarín, aunque lo trató de disimular

escondiéndose entre sus habituales bromas. A ella le ocurrió lo mismo, cuando le descubrió recostado sobre la barra.

—¡Mira, mira, Yoli! Ahí están Luis y Tony. Me pongo nerviosa al verlos, a ver si me lo va a notar. Qué vergüenza me daría si se diera cuenta.

—¡Ay, hija, pareces tonta! No digas esas bobadas. Anda vamos para allá y contrólate un poco. Córdate, ¡no!

—¿Qué pasa *titis*? ¿Qué os contáis? ¿Queréis tomar algo? —continuó el Pelos.

—Yo no quiero nada, que luego se me sube —le respondió Pilarín.

—Pues justo por eso tienes que tomar algo —prosiguió el Pelos.

—Yo tomaré una clarita —contestó Yoli.

—Y tú, ¿te decides?

—Bueno, pues un vermut, pero con mucho *seltz* —se animó Pilarín.

—¡Marchando!

—¿Habéis visto a Max? —preguntó Yoli.

—Sí, le hemos visto dándose un *muerdo* con una tía detrás de la iglesia.

—Pues mejor para él...

—Y para ella... Oye, dime una cosa, ¿qué tal *morrea* Max?

—¿Y a ti qué te importa? Yo no sé nada. A mí qué me cuentas.

—No me engañes, Yoli, no me engañes. Que ya te habrá tocado las tetitas alguna vez.

—Oye, tú eres un grosero y un idiota, guapo. Como sigas así, me largo y me voy de aquí.

—*Joé* como te pones. Vale, pues *achanto la mui*.

—Bueno, ya vale, callaos —intervino Pilarín—. Cambiando de tema, ¿qué planes tenéis para hoy?

—¿A vosotras que os apetece? —dijo Tony.

—Lo que haya, lo que hagamos todos.

—Mí casa se queda vacía. ¿Por qué no quedamos a las cuatro y media, compramos unas coca colas y una botella de ginebra y nos vamos con una musiquita guapa de verdad? —sugirió Luis.

—Porque no me sale de las narices —atajó Yoli.

—Pero si Max no se entera de nada, tonta.

—No tiene nada de qué enterarse.

—Bueno, no ponen las cañas. Yo creo que nos deberíamos ir a El Club para ver quién hay, y allí nos lo tomamos, ¿vale?

—¡Vale! ¡Hasta luego, Pepe! *Nos abrimos por la patilla*.

—Adiós, chavales. Luego os veo.

Cuando atravesaban el umbral de la puerta se cruzaron con Geli que estaba entrando. Los cinco amigos salieron, entonces, juntos del bar.

El Rastro era a esas alturas del día una masa humana en continuo movimiento. Una marabunta de seres buscando comprar lo que se pusiese por delante. El cruce central de aquel hormiguero se situaba en la plaza de Cascorro y en sus inmediatos alrededores. Allí, carteristas, *sirleros*, *chorizos*, *trileros*, *manguis*, timadores, busconas, rateros, cleptómanas, *lumis*, mamporreros, buscavidas y amigos de lo ajeno, confluían en búsqueda de la mejor presa. Al guiri *apijotado*, a la pareja magreándose, a la viuda despistada de bolso entreabierto o al caballero *endomingado* de cartera accesible, le caían como abejas a la miel.

Entre esa fauna deambulaban al encuentro de un alma cándida Robertín y el Chuli para propinar su segundo palo del día.

—¡Mira tío, fíjate en aquellos dos capullos! Van metiéndose la mano. La *piba* lleva un bolso, o lo que sea, medio abierto.

—Además, tiene pinta de pijo. Solo le falta ponerse el *moco* encima del *cocodrilo*.

—Vamos a seguirles y a ver si la *titi* saca la cartera o el monedero y se lo *levantamos*.

La pareja, feliz y sonriente, interrumpía sus besos y achuchones para acercarse a los puestos, rebuscar, intercambiar estúpidos comentarios y preguntar por el precio de los productos. Roberta y el Chuli se les habían pegado como lapas. Les seguían a ocho o diez metros de distancia sin perder ni uno solo de sus movimientos. Esperaban su oportunidad, como un cazador aguarda a su presa.

—¡Tío! La *piba* lleva abierto el bolso. Vamos para allá. Esto está tirado. Me acerco, meto la mano y se lo *levanto* —dijo Robertín.

—¿Sabes una cosa, colega? Que me parece que a esos dos *tolilis* les podíamos dejar en pelotas. El fulano lleva la cartera a huevo. Mira, macho, cuando estén mirando un puesto con *basca* de la buena, nos acercamos por detrás, nos echamos un poco encima, sin pasarnos, y nos abrimos por la patilla. Y si te he visto, no me acuerdo, ¿vale? Lo importante es que lo hagamos rápido. Flix, flax. Tú a por la *titi* y yo a por el *tronco* —planificó el Chuli.

Ambos amigos siguieron vigilantes los movimientos de la pareja de enamorados por un par de puestos más, sin ver el momento de actuar. Robertín miraba de reojo a Chuli, a la espera de recibir la orden de ataque. Una *argenta*, vendedora de *bisuta*, atrajo la atención de los novios. Otra media docena de personas rodeaban el puesto, La *sudaca* se tiraba el rollo como buenamente podía.

—Estas piezas son completamente artesanales. Están creadas de una en una, ¿comprendés? Como si cada una fuera en sí misma una obra maestra, labrada con el mimo de un artesano, ¿entendés, vos?

Los novios miraban atentos las explicaciones de la artista y se disponían a elegir alguna de las piezas.

—¡Ahora, macho! ¡Ahora o nunca! —susurró el Chuli al oído de su compinche.

Robertín se aproximó a la *piba*, hurgó con su mano dentro del bolso y no encontraba nada parecido a un monedero o a una cartera. El Chuli, mientras tanto, empujó con su pecho la espalda del joven. En ese momento, todo lo rápido que pudo le sacó del bolsillo trasero del pantalón la cartera. Buscó los ojos cómplices de su colega, quien afanosamente buscaba en el interior del bolso. Le sacudió en el brazo y ambos se dieron media vuelta. Cuando llevaban andado una media docena de pasos, la chica se dio cuenta que le habían andado revolviendo el bolso.

—Han sido esos dos, José Carlos. Menos mal que no llevaba el dinero ahí dentro.

—¡Anda, me han quitado la cartera! —exclamó indignado el joven.

Chuli y Robertín, esquivando a la gente, salieron a la carrera por la calle Embajadores abajo. El tumulto del gentío les ayudó a perderse. Cuando llegaron a la altura de la calle del Oso torcieron a la izquierda, miraron hacia atrás para respirar tranquilos y contabilizaron el fruto de su botín.

—¿Cuánta *guita* llevaba el *pavo* ese? —preguntó Robertín.

—Vamos a ver... Cuatro libras. ¡Vaya mierda!

—Bueno, menos da una piedra.

—Sí, así tengo para saldar mi deuda con el Nano, que si me ve, me va a abrir la cabeza.

—Oye, ¿qué hacemos con los carnés? ¿Se lo devolvemos por correr al tío?

—¡Qué va! Los tiro aquí mismo, en una papelera, para que lo cojan los barrenderos —sentenció el Chuli.

«¡Allí están, vamos a por ellos, que no escapen. ¡Son unos ladrones!», gritaban unas voces a su espalda. Los dos colegas corrieron por la calle del Oso hasta Mesón de Paredes. Para, desde allí, descender hasta el barrio.

Las Tiendas Rojas cubrían el amplio chaflán de la esquina entre la calle Bustamante y José María Roquero. Se trataba de un curioso establecimiento que, solo en pocas ocasiones, se dio cita en Madrid. Combinaba el bar tradicional con la tienda de ultramarinos y la populosa bodega. Los domingos, por lo tanto, se podía tranquilamente mandar al niño a comprar la botella de leche, el kilo de azúcar o la media docena de huevos olvidados en el mercado del sábado. Se hacía el pedido en la barra del bar; entonces, el camarero se introducía en las oscuras dependencias de los ultramarinos y, como a hurtadillas, entregaba la mercancía al cliente.

Eran regentadas por una caterva de hermanos avejentados, amargados y poco dados a trabar amistad con la clientela. El bar estaba dominado por una larga barra de zinc, con una grifería triple para la cerveza, el vermut y el agua. Las paredes estaban alicatadas hasta el techo en color amarillo y un inmenso espejo las abrazaba.

De los estantes superiores colgaban con los precios puestos en enormes cartones blancos las botellas de ginebra, coñac y *whisky*, en hileras interminables. Tras las vidrieras de la barra se escondían las especialidades de la casa: oceánicas berenjenas de Almagro, infinitos pepinillos con boquerón o anchoa, descomunales guindillas...

Aunque los domingos el público se comportaba de una forma bulliciosa, reinaba en el local una especie de ambiente sepulcral, consecuencia de la seca personalidad de los hermanos. Algún romántico atribuía el provocador origen del nombre del establecimiento —Las Tiendas Rojas, en una época en la que este color provocaba erisipela en Franco—, al compromiso republicano que tuvo el negocio. Pero, ciertamente, no hay ningún dato en favor de esta aseveración tan temeraria.

El caso es que aquella mañana presentaba el habitual aspecto de los domingos. Se constataba la aguda presencia de las voces femeninas y los correteos de la chavalería sobre las servilletas de papel y la superficie cubierta de una gruesa capa de serrín. Los hombres pasaban a un segundo plano. Preferían actuar como anfitriones, interviniendo furtivamente en la conversación con procacidades o chascarrillos y ganarse algún femenino «¡qué hombre este, qué cosas dice!».

Nosotros permanecíamos acodados sobre el zinc de la barra en una posición bastante habitual. Las chicas se situaban más afuera, cerrando un semicírculo. Justo, en aquel momento, el hermano con más cara avinagrada empezaba a servir la tercera ronda de cañas. Las chicas, en su mayoría, se descolgaban a la segunda o tercera ronda. Por la puerta, entraron Raquel y Marián, quienes de vez en cuando se unían a nosotros. Ambas eran vecinas y todavía conservaban esos lazos, pese a que no tenían mucho en común. Marián era una preciosidad rubia de ojos verdes y figura esbelta. Raquel poseía esa mirada profunda nacida de su tez morena. La primera era religiosa y conservadora. Confiaba en encontrar novio, casarse y criar dos o tres hijos. Estudiaba, pero sin grandes pretensiones, casi como un trámite previo a su noviazgo formal.

Raquel era distinta. Respondía al modelo de joven inquieta, hija de aquel tiempo. Le ilusionaba ser médico, un médico que curaría a los pobres de este planeta. No le gustaba nada la España de aquellos años. Pese a su simpatía natural, se camuflaba en una especie de doble personalidad cuando atravesaba la frontera del barrio y desembarcaba en su mundo universitario.

Al verlas cruzar el umbral de la puerta y acercarse hacia donde nos encontrábamos, traté de hacerme el gracioso, preguntándoles lo que querían tomar.

—¡Dos vermut, por favor! —me respondieron.

—¿Con *selz*?

—Bueno, y con una rajita de limón.

—¡Marchando!

El camarero avinagrado nos atendió tan rápida como secamente, todo un ejemplo de eficiencia profesional. Depositó los vasos sobre el mostrador, acompañándolos de un platillo cubierto de unas tristes aceitunas de Camporreal.

—¿Qué os contáis? —pregunté con la mejor de mis sonrisas.

—Nada de particular —respondió Raquel.

—¿Cómo va la Universidad? ¿Siguen los jaleos? —proseguí.

—Claro, los grises entran un día sí y otro también en las aulas. Así no se puede. Pero los estudiantes no vamos a cejar en nuestra lucha —dijo Raquel.

—Pues así no vas a estudiar nada. No sé para qué vas a la Universidad —replicó Marián.

—Voy a muchas cosas. A estudiar Medicina, pero con estos *fachas* es absolutamente imposible. Tampoco me gustaría ser médico con Franco porque la salud de la gente, del pueblo, les importa un pito —incidió Raquel.

—Si te digo la verdad, con quien no se puede estudiar es con todos los comunistas que van a la Universidad, que solo van a montar jaleo. Al menos, eso es lo que yo veo en mi escuela —se enfrascó Marián.

—*Jo*, hija, cada día estás más *facha*. No pareces de este tiempo porque eso ya no se lo cree nadie —afirmó Raquel.

—Hombre. Yo en la Facultad no me pierdo una asamblea, así no voy a clase y es donde más se liga —interpelé con una de mis bromas tontas.

—No digas gilipollices, tío. Estamos en una situación, después de lo de Portugal, en la que hay que arrimar el hombro y hacer lo que tenemos que hacer —apuntó un rotundo Alberto.

—Es verdad, macho. Con las huelgas y las movilizaciones de los obreros del norte y por todas partes, los estudiantes no podemos quedarnos atrás. Es el momento de la verdad para España y para la democracia —apostilló Ricardo.

—Joder, no se puede gastar una broma. Yo creo que eso lo sabemos todos, cualquiera que tenga un poco de conciencia y las ideas algo claras —intervine echando marcha atrás.

—Es que, además, ¿para qué estudiamos?, ¿es que no nos interesa nuestro país, nuestro tiempo? —dijo Raquel.

—Pues, mira, guapa. A mí lo que me interesa es acabar la carrera, encontrar un trabajo —dijo Marián.

—Y casarte y tener dos hijos... —le interrumpió Raquel.

—No he pensado en eso todavía, pero ¿por qué no?

—Tía, eres una antigua —dijo Alberto—. Hay que pensar en otras cosas. Este mundo es un asco, solo dinero y consumo. La gente joven debe buscar otras cosas, otras ideas, otras alternativas mejores.

—Sí, paz, amor y música. A mí eso me parece muy bien, muy bonito y todo lo que tú quieras. Pero, con eso no se come —intervino Luisita que hasta ahora había sido un testigo mudo de la animada discusión.

—Claro, pero ellos no piensan en eso. En que hay que trabajar y buscarse un futuro —siguió Marián.

—*Joé*, tía, pareces mi vieja hablando. ¿Quién no quiere trabajar? Ahora estamos estudiando. Pero es que además no se puede trabajar en esta dictadura de mierda. Si no hay curro —afirmé yo.

—No hay trabajo, ni hay libertad. Nos quieren tener a todos amarrados, atados, como si fuéramos bestias. Llevamos así muchos años. Treinta años de paz. Treinta años de mierda y represión —se enardecía Tallo.

—Cállate, tío, que nos van a oír —dijo la Cromo.

—Lo que hay que hacer, cada uno que piense así, es hacer algo en su trabajo, en su centro de estudio —aseveró Raquel.

—Sí, pero si te coge la policía, ¡menudo miedo! —advirtió Luisita, que ya se veía entre rejas.

—Hay que organizarse, colegas —insistió Ricardo.

—Bueno, ¿quién quiere otra caña? —preguntó Vicen, que parecía no estar muy interesado en una conversación que ni le iba ni le venía.

La calle Bustamante, pese a su estética de fealdad, aparecía ante mis ojos juveniles como un lugar deslumbrante. Estrecha y corta, empezaba en aquella época a estar dominada por continuas filas de coches aparcados. La iglesia prefabricada abría la entrada a una calle que, en su desarrollo posterior, se encontraba flanqueada por casas bajas de ladrillo visto desgastado y poroso. En el final de la acera de los impares se levantaba un edificio más moderno de ocho plantas y ascensor, donde vivían la familia de Ricardo y el ciclista Txomin Perurena, campeón de España.

Más allá, al cruzar General Lacy ya se iniciaba el paisaje fabril de Standard Eléctrica y Cervezas El Águila, interrumpido por alguna casa antigua de vecindad.

En apenas unas decenas de metros se concentraba la vida en nuestro barrio. Allí radicaban los bares, la panadería, la zapatería, el kiosco de periódicos, las variantes y ultramarinos, el economato de la Standard, la peluquería de señoras y algún que otro pequeño comercio.

En la acera de la iglesia se encontraba Alberto quien llamó discretamente a Marga.

—Tía, estoy cada vez más preocupado por lo que no has pasado.

—Pero, cariño, ¿se puede saber qué es lo que ha pasado?

—Joder, pues que igual te has quedado embarazada. ¿Te parece poco?

—Anda. No me des rollos. Lo único que ha pasado es que hemos echado un *polvo*.

—No me vaciles, que estoy acojonado, Cromo.

—No fastidies, cariño. Si la corrida la has echado fuera. Eso sí, la tienes que da gusto verla. ¿Era la primera vez que lo haces?

—Déjame en paz de gilipollices. Esto hay que arreglarlo de alguna manera. Yo, desde luego, no estoy para cargarme el muerto.

—Pero ¿qué muerto, ni que ocho cuartos?

—Mira, Cromo, lo que no entiendo es que una tía como tú, que te has follado a media humanidad no uses ni pastillas ni nada.

—Pero si... que no pasa nada. Yo ya aborté una vez, y no lo voy a hacer nunca más. La próxima vez que nos acostemos, cariño, ya verás cómo estás más tranquilo. Yo misma te enseñaré a ponerte el condón.

—Próxima vez... Vete a saber si habrá próxima vez. Hasta que no salgamos de esta, no quiero saber nada de nada. Marga, estoy bastante nervioso y quiero arreglar este embolado.

—Bueno, está bien. Y ¿qué has pensado hacer? Yo propongo que nos vayamos esta tarde a echar la siesta juntitos para que te tranquilices.

—Vete a tomar por culo, tía. ¿Sabes que me he encontrado la casa inundada de agua? Me he pasado dos o tres horas quitando agua hasta poder secar el parque. Ha quedado hecho un asco.

Fíjate el *broncazo* que me va a echar mi madre cuando vuelva esta noche. Ahora tendrá que acuchillar toda la casa.

—Por eso, bobo. Para relajarte un poco. Nos vamos juntos, yo te daré unos masajes que te van a dejar nuevo.

—Déjate de rollos. He pensado hablar con Vicen que, seguro, tiene alguna solución.

—Oye, te estás poniendo un poco pesadito. Te repito, cariño, que puedes estar perfectamente tranquilo.

—Bueno, espérame aquí. Voy a llamar a Vicen y vuelvo.

—Vale, pero te espero sentada.

Al cabo de unos minutos, Alberto regresó acompañado de los 190 centímetros de el Largo. Vicen asentía con su cabeza, balanceando la melena, ante los preocupados comentarios de Alberto.

—Pero, coño, Cromito. Qué me cuenta este. Pero ¿cómo una tía como tú es tan poco precavida? —empezó interpelando Vicen.

—No le hagas caso. Que no es para tanto. Yo estoy totalmente *tranqui*.

—Joder. Pues es para preocuparse. No sería la primera vez que te quedas preñada. Acuérdate de Pepe el Atleta.

—Por eso, sé que esta vez no, simplemente no hay peligro.

—Joder, tía, pues yo quiero hacer algo —interpuso Alberto.

—¡Qué plasta eres, tío! Si has echado toda la *masca* fuera, me has dejado a dos velas.

—Venga ya. Me ha dado tiempo a meterla y parte de la corrida ha ido para adentro.

—Si es así, Cromito, algo tendrás que hacer para no llevarte un susto, no seas gilipollas.

—Bueno, está bien. Me habéis convencido —dijo la joven.

—¿Qué se te ocurre, macho? —preguntó Alberto a su amigo.

—Hombre, no podéis perder tiempo. Cuando llegue a casa voy a llamar a mi tío, el actor argentino. Ahora está enrollado con una doctora que se dedica a estas cosas. Creo que le hacen un raspado y a las tías les baja el invento.

—Vicen, ¡eres la hostia! —exclamó Alberto.

—Ya veréis cómo todo se soluciona. Y tú, macho, lo que tienes que hacer es aprender a follar, que ya vas siendo mayorcito.

El mus. El rey de los naipes. El mejor juego para las tabernas. El campeón de los juegos por parejas. Las horas pasaban muertas entregados a las cuatro manos del mus. A grande, a chica, a pares y a juego. Esas son las cuatro fases que marcan cada jugada. Hay que conseguir cartas que valgan para imponerse a velocidad de vértigo en las cuatro fases. Todo vale. El engaño, la exageración, el amago, el fracaso, el ridículo. Solo te puedes fiar de las cartas cuando caen sobre la mesa y de la palabra del apostador cuando muestra lo que escondía sus manos. Y a veces ni eso. La sensación de valentía ante el riesgo se confunde con el miedo a perder. Es sencillo, rápido y vivaz. Hecho para mentes que analizan situaciones en instantes, toman decisiones en décimas de segundo y se la juegan en el filo de una palabra o un gesto.

El mus tiene un lenguaje mágico construido con palabras, denominaciones y expresiones esotéricas, solo al alcance de los iniciados. Los amarracos son los signos de puntuación de los que hay que sumar treinta para ganar una victoria parcial. En las tabernas de mi barrio solían ser fichas metálicas que sonaban sordas en los mármoles de las mesas. Envido es la apuesta. Las diferentes jugadas responden a una mezcla de nombres técnicos, matemáticos o gastronómicos. *Solomillo* es el sueño de cualquier jugador, pues impone su ley en grande, en los pares y en el juego. *Postre* es el jugador que cierra la pareja y el que hace las apuestas finales. «A la mano con un pimiento», significa que la pareja que cierra ataca a la que abre con pocas cartas. «Al *tran tran*», dispone de un similar significado, pero lo puede hacer cualquiera de las dos parejas. *Duples* son dobles parejas al igual que *trío* son tres de la misma condición. *Cerdos* o *reyes* son las cartas de mayor peso. *Treinta y una* es el mejor juego, al igual que *treinta y tres* es el peor. «Ganador de chica, perdedor de mus», es uno de los axiomas más usados. Significa que la *chica o la pequeña* no suma mucho, pero en ocasiones puede decidir una partida en un tris tras.

Pero, sin duda, la mejor palabra del mus es *órdago*; cuando un jugador eleva este vocablo se levanta un silencio expectante. La partida se juega en ese mismo instante. Hay que descubrir las cartas y ver quién las lleva más fuertes. Pero ese vocablo ha trascendido el mundo del mus para situarse como una expresión con significado en la vida que a veces echa órdagos a los que hay que saber responder.

La naturaleza del juego dispone del mismo significado que la propia existencia humana, pura filosofía tabernaria. Se gana o se pierde poco a poco o te juegas el todo o la nada cuando la razón o el sentimiento te empujan a ello en una decisión repentina. Para ganar en el mus hacen falta cartas, pero sobre todo se necesita de experiencia, astucia, intuición y carácter. La capacidad de impresionar a los otros es, simplemente, decisiva.

Las tabernas construían su ambiente en torno a las partidas de mus. Los parroquianos se arremolinaban en las mesas para ver la evolución del juego. Los que perdían pagaban la

consumición, mientras que los que ganaban se la bebían gratis y seguían jugando. Las horas del aperitivo y las de la tarde eran las de mayor concentración de gente. Había veces que nos podías asomarte por el número de personas que se concentraban en los pocos metros cuadrados de los bares. Algunos seguían las partidas en silencio, pero otros intervenían con descaro para afeear las decisiones de los jugadores. «No tenías que haber ido» o «te achicaste, tenías que haber echado un órdago».

Estas son algunas de las claves de este juego de naipes que reinaba en las tabernas de mi barrio.

Con el gesto apresurado y el paso nervioso, con la excitación reflejada en el cuerpo, Robertín y el Chuli aparecieron en la esquina de Bustamante. Habían conseguido huir a la carrera amparándose en las revueltas del barrio de Lavapiés, recortando coches y salvando puestos y grupos de gente escapando de los transeúntes que se sumaron a la persecución de los robados. El camino hasta el barrio era una cuesta abajo empinada, propicia para unas piernas ágiles que huían del diablo.

Los dos amigos casi no habían intercambiado palabra en todo su agitado recorrido. Llegaron a la Glorieta de Embajadores, siguieron por Sebastián Elcano hasta salir a Palos de Moguer y, desde allí, encaminarse hasta Ancora y bajar por Batalla del Salado. En Palos de Moguer se repartieron el dinero por la mitad, pero sin dirigirse la palabra. Solo contándolo y dividiéndolo. La mitad para uno y la otra mitad, para el otro.

—¡Tío, nos merecemos unas cañas! Menuda carrera que nos hemos echado. Hubo un momento que me acojoné de veras, cuando la *piba* empezó a dar voces y unos cuantos tíos se nos echaron encima —dijo Robertín

—Son gajes del oficio. Nos han apurado, pero nos hemos ganado unas cuantas libras para pasar la semana. ¿Qué vas a hacer con esta *guita*? —preguntó.

—Lo primero, saldar la cuenta con el Nano. Le compré *tate*, no se lo he pagado y me está apretando. Voy a verle y a comprarle un poco más. Además, voy a ver si le vendo a alguno de estos un poco de *mierda*, para al menos sacarme la mía por *el morro*.

—No te metas en esa mierda, que no vas a salir bien. Conozco casos de gente que empieza y que no acaba y menos metas a estos chavales.

—¡Chuli! Pareces mi tío dándome el sermón. Esto es una tontería. Venga, vamos a tomarnos unas cañas. ¿Tú qué vas a hacer con la pasta?

—No sé, la necesito para seguir tirando.

Al asomarse en la esquina, miraron a ambos lados y vieron acercarse a Luis el Pelos que les sonrió con complicidad y picardía. Su melena, lacia, se movía de lado a lado. Los dos compinches le propusieron ir a tomarse juntos unas cañas. Luis aceptó de buen grado, pero su propósito escondido era otro que durante tiempo llevaba dándole vueltas a la cabeza. Sabía que Robertín andaba fumando *chocolate* y él no quería ser menos. No conocía muy bien qué era el *chocolate*, ni su significado, pero siempre necesitaba demostrar a los demás que él podía hacer lo que otros no hacían, ir más lejos de donde los otros iban. Esa tarde el guateque era un lugar perfecto para fumarse un *canuto*, su primer *canuto*.

A la salida del bar, Luis les preguntó directamente a los dos pequeños truhanes.

—Bueno, ¿vosotros le dais o no le dais?

—¿Le damos a qué? —replicó Robertín.

—Al *fumeque*.

—¿A qué viene eso, Pelos? Son cosas serias y tú eres un *pelagato*.

—No muchos menos que tú. Además, no pasa nada, yo llevo fumando tabaco desde que tenía doce años y ya va siendo hora de probar otras cosas

—Bueno, yo te puedo conseguir algo, pero es arriesgado y te va a costar una pasta. Al menos veinte *pavos* por un *truja*.

—¿Me lo puedes traer esta tarde?

—Puede que sí, puede que no —contestó Robertín.

—Intenta que sí, tío. Tengo un guateque con las *pibas* y quiero ver cómo funciona.

—Bueno, lo intentaré, pero no te prometo nada. Te lo voy a traer liado y preparado para que te lo fumes tú solito. Pero me tienes que dar veinte *pavos*.

Cuando Luis se alejó, Robertín se quedó echando sus cuentas personales. «Esto me puede funcionar. Por cada talego que me consiga por mil *pelas*, me puedo liar casi cuarenta o cincuenta *trujas* con *tolilis* como este. Es un buen negocio. Pago mil y me saco cinco mil».

La adolescencia, esa etapa hermosa y dulcemente cruel de la vida humana, en la que todo se quiere aprehender a manos llenas, en la que se cree que cada día pasa un tren que perdemos en un horizonte que lleva a todos lados. Esa lucha por el tiempo, esa búsqueda de la imagen identificadora, ese rechazo a la soledad y esa necesidad de ser alguien importante en un grupo. ¿Me llamarán?, ¿se acordarán de mí?, ¿entraré en sus planes?, ¿me dejarán de lado? Qué adolescente del mundo, en esas primeras horas de la tarde de un domingo no se ha hecho esas preguntas entre las paredes de su habitación. Por eso, lo mejor es dejar el plan preparado antes de irse a comer un domingo a casa de los papás.

La última hora de la mañana era soleada y plácida en aquellas calles humildes de un destartado Madrid, en ese rincón proletario con aspiraciones de clase media que era mi barrio. Los coches hacían fila uno detrás de otro, en una época de Simca 1000, 127, 1430 y Talbot, con colores de verdad: rojos, azules, amarillos o blancos. Representaba una muestra que la España de los últimos alientos del general Franco había prosperado. La televisión ya empezaba a ser en color, se comía caliente, los chicos iban a la escuela hasta los dieciséis años, y el que más y el que menos, se compraba su cochecito de segunda mano.

El aperitivo se acercaba a su final. Algunos de los muchachos ya estaban animados de tanta caña de cerveza. Las chicas, con los brazos cruzados, esperando que se fijara la hora y el sitio para pasar la tarde juntos. En los bancos de Bustamante un grupo de ellos se arremolinaba para ese último momento que era como el de la verdad, a ver quién se atrevía a dar el primer paso y establecía los planes para la tarde. Todos con miedo de quedarse descolgados.

No había mucho que hacer. Prácticamente casi nada, salvo ese lento paso del tiempo, esas caídas lentas y constantes de los minutos, de las horas, de las tardes, pensando que el día siguiente sería distinto, pero que el de hoy no ha estado nada mal, pues alguien dijo algo que mereció la pena o hubo unas buenas risas.

Luis el Pelos siempre andaba maquinando alguna iniciativa salida de su efervescente cabeza. Sus ojillos vivarachos y su lengua afilada siempre andaban prestos a lanzar las ideas. Aquel mediodía, el Pelos pensó en la casa de Boli, pues le había dicho que sus padres estarían fuera para acompañar a su hermano a jugar un torneo de *hockey*. Boli era un muchacho apacible y bonachón, que adoraba las canciones de los Beatles y que jamás había roto un plato, ni se le había pasado por la cabeza; pero que le gustaba arrimarse a los más atrevidos.

Luis sabía que ejercía una influencia enorme en sus decisiones. Y pensó para sí, que si la casa de Boli estaba vacía, que si ellos no sabían qué hacer aquella tarde, que si le insistía a Boli, este no encontraría argumentos para negarse y todos acabarían yendo a su casa.

Esa fue la idea. Dicho y hecho. Los presentes, chicos y chicas, quedaron emplazados a partir de las cuatro y media en el bar El Recreo para salir juntos hacia la casa de Boli. Entre tanto había que llevar los discos, las bebidas y la comida para organizar un guateque como Dios manda. Boli se resistiría: que si mis padres, que si se manchará la casa, que me echarán la bronca, pero el Pelos no le dejaría otra. Irían a casa de Boli.

Ricardo parecía concentrado en unos pensamientos profundos, mezcla de inquietud y expectación. Algo le andaba rondando la cabeza. A lo largo de toda la mañana había hablado poco, solo había cruzado algunas palabras, casi siempre monosilábicas. No era común en su personalidad, habitualmente comunicativa y alegre, mostrar una actitud tan ensimismada.

Daba la impresión de que Ricardo estaba aguardando una oportunidad para hacer algo o confesar algo. Esa oportunidad llegó cuando los muchachos se disgregaron para ir a sus casas. Ricardo llamó la atención de Alberto y de Max para, antes de retirarse, charlar con ellos un momento.

En un pequeño conciliábulo, Ricardo les recordó a sus amigos de infancia y adolescencia sus viejos momentos pasados en el Frente Revolucionario Antifascista y Patriota (FRAP) uno o dos años atrás. Habían compartido ideales, reuniones clandestinas y miedo, mucho miedo. Pero la lucha antifranquista era así, una mezcla de sueños por el mañana y miedo por el presente. Todos dejaron el FRAP, una organización maoísta, meses antes de una enorme redada de la policía que llevó a la cárcel a treinta y seis personas, entre las que se encontraban algunos de los camaradas de Ricardo, Alberto y Max. Ellos habían dejado la organización porque no se encontraban cómodos en un ambiente tan cerrado y clandestino en el que la militancia era una especie de flagelación misteriosa y anónima, en la que había muchos rincones oscuros.

Ricardo, quizás el más conscientemente politizado de todos, pronto, nada más acceder a la Universidad, se incorporó a las filas del Partido Comunista. Sus amigos no lo hicieron, prefirieron ver la lucha contra Franco en segunda fila durante algún tiempo.

Ricardo hurgó en la conciencia política de los dos con su habitual persuasión. Les confesó su militancia comunista, les subrayó el clima de creatividad y fraternidad que veía entre los comunistas en contraposición al ambiente claustrofóbico de la etapa del FRAP. «Hay que dar la batalla por la democracia en España y los comunistas vamos a estar ahí».

Esa noche necesitaba el concurso de sus amigos para ayudarles, junto a otros camaradas, en una pintada para pedir la liberación de unos miembros del partido detenidos en unas manifestaciones en la Universidad. Aquella noche de abril en todos los barrios de Madrid se iban a pintar los muros pidiendo la liberación de aquellas personas, para que el lunes, cuando la ciudad retomara su pulso, amaneciera como un grito unánime, silente pero profundo, pidiendo la liberación de aquellos detenidos. Cada miembro del Partido Comunista se había comprometido a hacer de tres a cinco pintadas con los espráis negros y firmadas con esas siglas que cada vez era más populares entre los madrileños: PCE, PCE, PCE, junto a una vieja hoz y martillo que atemorizaba a tanta gente.

Alberto y Max no sabían muy bien cómo reaccionar. Por un lado, no les apetecía un pimiento salir por la noche a pintar muros. Por otro, no querían defraudar el compromiso de su amigo. Y les daba miedo ser enganchados por la policía. Por último, no podían confesar que el miedo les atenazaba.

Ricardo se dio cuenta de esa distancia. Les dijo que se lo pensarán y que a media tarde hablarían, pero que contaba con ellos. Las pintadas empezarían a las nueve, justo cuando la noche se hace más oscura y se convierte en aliada de las sombras.

Tallo llegó a su casa con un hambre enorme, el mismo que le acompañaba desde su infancia y que no le abandonaba en ningún momento. Era insaciable, todo le resultaba poco. Vivía con su madre, una mujer de añeja belleza, que en su juventud se le había identificado con una Marilyn Monroe morena y española. Su padre se fugó de casa perseguido por el alcohol y las deudas del juego, dos pecados que habían arruinado su vida y la de su familia y que conducirían al fracaso a la de casi todos sus hijos.

Su madre le había preparado un cocido de armas tomar. La sopa, en la soperas, con sus patatas y sus fideos. Los garbanzos, la verdura y la carne, en una fuente de grandes proporciones donde se acumulaba humeante.

Tallo no pudo esperar. Se sentó a la mesa y empezó a dar su merecido a la sopa. De vez en cuando se le escaba un sorbo sonoro que ahogaba con un trozo de pan. A mitad de la sopa, alargó la cuchara y le añadió un puñado de garbanzos.

—Así me gusta más, mamá. ¿Qué has hecho esta mañana?

—Nada. Fui a misa y luego me vine a prepararte el cocido. Había dejado los garbanzos en remojo. ¿Te gusta?

—Sí, ya sabes que me gusta mucho. Con que haya mucha cantidad, ya estoy contento.

En cuanto apuró la sopa, Tallo se abalanzó sobre la fuente. En el mismo plato, se puso todos los condimentos. Acabó un plato y se sirvió otro algo más pequeño. Al acabar este segundo plato, alargó el tendedor y atacó la fuente directamente tres o cuatro veces. De postre, se comió dos naranjas *guachi*, de esas gordas y lozanas, dulces como la miel.

Sonó el teléfono. Tallo le dijo a su madre que él lo atendía, pues debían ser unos amigos para hacer planes para por la tarde.

—Dígame.

—¿Tallo, por favor? —una voz seca interpelló al otro lado del aparato.

—Sí, aquí es.

—¿Eres tú?

—Sí, yo soy, ¿quién es?

—No me conoces. Digamos que me llamo Vicente. Me han dicho que tú haces unas cosas que a mí me interesan.

—¿Qué cosas?

—Ya sabes. Un amigo que te conoce me habló de ti. Yo las pago bien, pues me interesan mucho.

—¿Cuánto las pagas?

—Digamos que quinientas si va fuera y ochocientas si va dentro.

—Digamos que mil y va dentro.

—Bueno, vale. Te espero a las siete en los bajos de «Luciano».

—De acuerdo. Dime cómo te reconozco.

—Mido 1,65. Soy calvo y delgado. Llevaré una chaqueta gris. ¿Tú?

—No te preocupes. Yo te busco en la barra y lleva el dinero en la mano, antes de bajar, pues en caso contrario, no hay trato.

—De acuerdo.

Al colgar el teléfono, Tallo volvió al comedor con su madre. Le preguntó quién era. «Un amigo, mamá. Hemos quedado para dar una vuelta esta tarde. ¿Te hace falta dinero? Esta noche te traeré algo».

Poseía un busto noble como el de una estatua griega, con una mirada penetrante y un gesto patricio. De sus labios se desprendían pocas palabras, repartidas en frases cortas, casi en monosílabos, pero sus ojos eran un manantial de expresiones. Debía rondar los ochenta años y se movía con una extremada dificultad, con la ayuda eterna de su garrota de madera que a todas partes le acompañaba y que cumplía varias funciones. Una de las más importantes era de ayuda a sus palabras. Cuando hablaba, levantaba la garrota de palo y la dirigía a varias direcciones con gesto firme.

No sé por qué, pero le llamábamos «Churchill». No recuerdo su nombre, ni una aproximación al mismo. El mote le venía por su lejano parecido con el político inglés que comandó su país durante la II Guerra Mundial, pero fundamentalmente emanaba de esa sensación de autoridad y respeto que desprendía su figura. Disponía de un cráneo poderoso y redondo del que apenas colgaban unos cuantos pelos cortos y ligeramente revueltos, que a menudo cubría con una visera muy madrileña. Era un hombre gordo y de voluminosa arquitectura. Se movía con dificultad, pero daba la impresión de haber sido ágil en su ya lejana juventud.

Ocupaba un espacio central en las diminutas dimensiones de El Club. Se sentaba en la banqueta verde con una pierna siempre extendida, como si careciera de articulaciones. Lo hacía así, para ayudarse cuando le tocaba levantarse. En un rinconcito de la mesa tenía su chato de vino de Valdepeñas que apuraba a sorbos mínimos, pero que remataba con un gesto característico de plenitud. A su alrededor se situaban siempre por turnos tres o cuatro parroquianos que iban a consultar su opinión sobre las más diversas materias, a la espera de conocer su veredicto. Si en el ámbito del bar se producía una discusión, Churchill siempre tenía la última palabra. Ejercía ese derecho no escrito, con mesura y con ponderación de sabio. Sabía elegir sus palabras y el tono de las mismas.

Era como una figura ucrónica en el universo de aquel bar. Churchill merecía ser senador o ateneísta; pero no, estaba continuamente allí, al alcance de nuestra mano para escuchar sus sentencias, para aprender de sus dichos infalibles con los que resolvía de un plumazo los conflictos del barrio, del país y del mundo. En lugar de eso, consumía los últimos años de su vida en un oscuro bar de barrio frecuentado por obreros y oficinistas, preocupado por llegar a final de mes con algún duro en el bolsillo.

Churchill era como uno de esos abuelos que todos soñamos tener. Un hombre viejo, justo, venerable y comprensivo, pero capaz con una de sus frases sentenciosas de discernir entre el bien y el mal.

General Lacy, 30. Allí estaba mi casa. Segundo izquierda. Subí las escaleras a la carrera, con esa potencia muscular que Dios me dio. La ejercía sobre todo en los cambios de dirección de la escalera. Con la mano derecha agarraba firmemente el pasamanos, tomaba impulso y me desplazaba de un salto poderoso por encima de los seis escalones que hacían la curva.

Llamé al timbre, el mismo timbre que conservaba ese sonido, casi chirriante, que se me grabó en el tímpano desde mi infancia. Aún lo tengo vivo en mi memoria. Mi madre abrió la puerta con un leve gesto de reprobación. Ya adivinaba a la perfección lo que me iba a decir. «Hay que ver cómo eres. Se nos pasa el arroz de la paella y llegas a las tantas». Lo dijo palabra por palabra y letra por letra. Yo le respondí con ese gesto tan característico mío, como dando a entender que no era tan tarde y que, además, yo no sabía nada. «Seguro que está para chuparse los dedos, mamá».

Avancé hacia la sala de estar, que también hacía las veces de comedor y de sala de estudio. En una pequeña mesa camara, desvencijada por el paso de casi cuarenta años de uso, mi abuela había puesto la mesa. En sus reducidas dimensiones se amontonaban los platos y los vasos, una barra de pan y una ensalada en medio. En la cama de al lado descansaban algunos utensilios. Y en el suelo, el vino y la gaseosa que endulzó mi infancia y mi juventud. La mesita no daba para más. En un lateral estaba la paella, con su arroz amarillo, sus pimientos rojos, su pollo tostado y sus gambas rosáceas. Mi abuela se sentaba en su pequeña silla que situaba la mesa a la altura de la cabeza, siempre unos quince centímetros por debajo de mi madre y yo. Nunca entendí por qué mi abuela siempre se sentaba en esa silla baja e incómoda, pero la realidad es que la vida que recuerdo se la pasó sentada en aquella estructura de humilde mimbre español. Mi abuela adoraba aquella silla, no podía vivir sin ella. Abría sus piernas, las acercaba, apoyaba su codo en una de ellas, pero siempre sobre aquella silla de mimbre. En ella pensaba, en ella comía, en ella veía la televisión, en ella leía el *ABC*, en ella cantaba, en ella hablaba, en ella escuchaba.

—Maxito, he cocido unas gambas y unos cangrejos de aperitivo. Seguro que te apetecen —dijo esa voz firme y dulce de mi abuela.

—Claro, abuelita, me como lo que me echas...

Mientras tanto, mi madre se apresuraba a servirme la paella, al tiempo que me indicaba que cortara el pan y sirviera el vino y la gaseosa La Casera. Como de costumbre, mi abuela solo quería un dedo de gaseosa y el resto de buen vino tinto. Su vino le daba vida y frescura.

La televisión, todavía en blanco y negro, estaba encendida. El *Telediario* informaba de aquella vida oficial de finales del franquismo. Una vida en la que no me reconocía, una vida que me era ajena. Los locutores alternaban las noticias con esa presencia constante de Franco y su familia. En especial, en un día como aquel, un domingo abrioleño, en el que Franco podía ir a misa, a cazar, a pescar, a presidir una regata, una romería, a pasar un día en familia o cualquier otra cosa. En

aquellos años, Franco ya era un cadáver prematuro, listo para ser embalsamado en cualquier momento bajo las piedras del Valle de los Caídos.

Mi abuela odiaba a Franco con todas las fuerzas de su alma. Me crie con ella y, por tanto, yo también le odiaba.

—Ya está otra vez este tío en la tele. Mi única esperanza es que lo enterraré a él y a la bruja de su mujer. —Anhelaba mi abuela.

Nada más devorar las gambas y los cangrejos, abordé la paella. El primer plato cayó en un periquete. Dejaba el arroz para el final, sobre todo ese arroz ennegrecido, la *costra*. En el segundo, ya solo me servía arroz.

Para postre, mi madre había preparado un flan chino el Mandarín, que me encantaba. La dulzura del flan la contrastó mi madre con la conversación de siempre.

—Maxito, nunca cuentas nada, no sabemos nada de tu vida, eres como un huésped —señaló mi madre en una de sus clásicas frases.

—Mamá, qué voy a contar, no hago nada especial, no me pasa nada.

—Anoche has llegado a las tantas y dando tumbos...

—No era tan tarde, mamá. Estuve con mis amigos y vine a la misma hora que ellos.

—Tus amigos son unos golfos, porque no son unas horas normales de volver a casa. Mira Julianín o Reja, que no salen por la noche.

—Esos no son normales.

—¿No te das cuenta de que estamos solas?, ¿que no hay un hombre en la casa? Con tu padre no harías estas cosas.

—Pero si no hago nada, no me vengas con el cuento de siempre, que eres una pesada.

Mi abuela permanecía ajena a la discusión en su silla de mimbre. En ese momento empezaba la información deportiva. Le dije a mi madre que cortara el rollo. El locutor abrió la información con la victoria del Madrid sobre el Hércules por 3 a 1. El Madrid iba, como casi siempre, viento en popa a la conquista de la Liga. Nada más acabar las noticias, mi madre volvió a la carga:

—Y no digamos nada de estudiar. Desde que vas con esos amigos, tus notas y tu dedicación han caído mucho. No estudias como antes.

—Son rachas, pero sí que estudio. Nunca he perdido curso.

—No estudias nada. Todo te da igual. Solo piensas en la calle, calle y venga calle. No tienes otra cosa. Si viviera tu padre no harías esto y no me tomarías el pelo.

—Y ¿qué quieres que tenga? Tú tampoco estudiaste nada. Y si viviera mi padre, no me metería los rollos que tú me metes.

—Y así me ves, como una obrera, cortando pieles y comiendo el bocadillo en el váter, para que no me vea el jefe.

—Pues yo no voy a ser como tú. No voy a ser un *pringao*.

—Y tú, entonces, ¿qué vas a ser?

—Pues no tengo ni la menor idea. Pero no alguien tan aburrido y triste como tú. ¡Déjame vivir!

En ese momento, mi abuela giró la cabeza. Me pidió que me callara, que respetara a mi madre y le pidiera perdón. En lugar de hacer eso, me levanté con gesto airado, di un portazo y me largué a

mi cuarto.

Un enorme puñetazo paterno precedió al postre. El almuerzo en casa del Huevo y de Ricardo había sido glacial. Ni una palabra, ni una mirada, ni un comentario. Solo un silencio sepulcral que precedía el inicio de la tormenta. De vez en cuando, la madre cortaba el silencio con un comentario intrascendente sobre lo buena que estaba la comida. Pero el Huevo no la probaba mucho porque los restos de la resaca le frenaban el apetito. Ricardo tampoco comía mucho porque su cabeza estaba en el devenir de la tarde y sus nervios, sus terribles nervios, le atenazaban el estómago.

El padre, el viejo comunista sin partido, el viejo teniente republicano que perdió una guerra y ganó una cojera por un resto de metralla, barruntaba la tormenta. Sus hijos no eran lo que quería. Marcos era un desastre, un vago redomado, malcriado, pésimo estudiante, perezoso, sin horizonte, irrespetuoso y contestón. Ricardo, más inteligente y menos combativo, también empezaba a darle problemas. No se esforzaba en la escuela, aprobaba por inercia, callejeaba en exceso y, a veces —eso era lo que más le jodía— «se ponía el cabrón del lado de su hermano».

El padre atesoraba ese malestar sordo de la decepción con los hijos. Había soñado una familia ideal, con muchachos estudiosos, de inquietud cultural y brillo social, que fueran preparándose para tomar la lucha contra Franco, primero, y para la España socialista que él soñaba para un mañana que no vería. Pero sus hijos no eran eso. Sus hijos vivían pendientes del termómetro de la calle, de esa actitud que empezaba a ser disoluta y sin camino. Nada más se levantaban bajaban a la calle. Llegaban a comer tarde y salían disparados hasta la hora de la cena. Y, los fines de semana, volvían a salir hasta el inicio de la madrugada. En medio nada. Marcos tocaba la guitarra y Ricardo leía poesía. Pero nada serio.

La madre se acercó con el postre. Un flan acaramelado que flotaba en el plato con su azúcar quemada. Marcos rechazó el flan. Ricardo aceptó una esquina. Cuando Marcos se levantaba, con sus ojos somnolientos, el padre soltó ese puñetazo al tiempo que estiraba su pierna coja a la altura de la silla. La botella del vino se derramó y el flan salió del plato en una navegación lenta.

El Huevo interrumpió su marcha, miró con ojos atónitos y regresó a la mesa para propinar otro puñetazo sobre la misma. La navegación del flan proseguía en el plato. Los ojos del viejo comunista se inyectaron de ira.

—¡Estoy hasta los cojones de tus broncas y de tus golpes! Eres un violento de mierda, un fracasado. Hago con mi vida lo que me sale de las pelotas. Vengo tarde y borracho porque quiero. Y lo voy a seguir haciendo.

—¡Eres un degenerado, un parásito! Un mal hijo y un mal ejemplo para tu hermano. No te quiero ver el pelo. ¡Eres un sinvergüenza! No eres el hijo que yo había soñado tantas veces...

—Ni tú el padre que me hubiera gustado tener. Siempre estás cabreado, siempre gruñendo, siempre protestando. Solo sabes insultarme y darme sermones de esa mierda de guerra que perdiste. Yo también había soñado un padre diferente.

—¿Qué clase de padre querrías que fuese? ¿Quizás alguien con más dinero para que te lo gastaras en más juergas? Yo luché por mis ideales cuando era un muchacho. Perdí esta jodida pierna y me pudrí en la cárcel. Salí y tuve que rehacer mi vida. Conocí a tu madre, me casé y os tuvimos a vosotros. Tú no luchas por nada. No tienes ideales ni principios. Eres un parásito.

—Lo único que eres es un fracasado que vive de la memoria. Ni te quiero, ni te respeto, ni te admiro. Eres un fracasado. Lo último que se me pasa por la cabeza es hacer caso de tus sermones y mucho menos imitarte en nada. No me importan tus rollos políticos. ¡Qué tipo de comunista eres cuando nos tienes sometido a esta dictadura en casa!

El viejo comunista estiró la pierna, se incorporó de la silla y le lanzó el bastón a la cabeza en un movimiento enérgico. Su mujer gritó aterrorizada pidiendo unos momentos de árnica. Ricardo se levantó y se interpuso entre padre e hijo.

—Ya está bien, ya está bien. Papá, no podemos seguir así. No nos pidas respeto cuando nos tratas de esa manera.

—Tú también te pones del lado de este degenerado y enfrente de tu padre. En ti había depositado todas mis ilusiones porque tienes inteligencia y seriedad. Pero veo que te estás echando a perder con tanta calle y tanta golfería.

—No empieces, papá, y déjame seguir mi camino.

—Ahora va a por ti. Yo no aguanto más. Me largo de casa y ahí te quedas con tu bastón y tu fracaso.

El Huevo cruzó la puerta de la calle. El viejo comunista se abalanzó sobre la misma para despedirle con feos palabras.

Eran las tres y media pasadas y sus padres no habían aparecido por casa todavía. Su madre había dejado preparado el cocido a las dos y había salido a la calle para buscar a su padre, para sacarle de ese rosario de tintos y tintos. «Es como un niño, Yoli, un niño al que hay que ir a buscar al parque», le dijo antes de salir. El cocido se estaba evaporando de tanto aguantar en el fuego y los garbanzos ablandando. La Yoli, siempre hacendosa, había puesto la mesa y preparado una ensalada. Mientras tanto, mientras veía las noticias de la tele, había metido mano al pan.

La Cromo descansaba en la cama desde hacía media hora. No tenía mucho apetito y posiblemente no comería. Yoli esperaba sentada en el sofá de escay verde envuelta en su bata guateada de color rosa. Sonó el teléfono. Al otro lado del teléfono escuchó la voz dulce de Pilarín.

—¿Qué haces, Yoli? ¿Has comido?

—Todavía no. Aquí ando muerta de hambre, pero mi casa ya sabes cómo es los domingos. Mis padres no han venido todavía y mi hermana está en la cama recuperando fuerzas.

—Yo terminé de comer hace media hora. He visto el telediario y me he dicho que te llamaría para ver qué planes teníamos para esta tarde.

—Gracias por llamar. Al menos alguien se acuerda de mí. Aquí estoy muerta de hambre y sin saber qué hacer. Ni mi padre ni mi madre vienen. Mi hermana, ya la conoces, hecha un desastre.

—Yoli, ten paciencia. Tus padres estarán al llegar. Hoy es domingo. Tú hermana, pues, bueno, es tu hermana.

—Sí es verdad, Pilarín, pero estoy seguro que tú ya has comido con tu madre y todo, como si tal cosa. Y yo estoy aquí sin saber qué hacer.

—Bueno, déjalo ya. No puedes hacer nada. ¿Qué plan hay para esta tarde?

—Ya has oído a los chicos. Creo que van a preparar un guateque en casa de Boli. Puede estar bien, aunque a veces me aburren estas cosas. Pasas la tarde como una tonta y luego no pasa nada. Ni bailas, ni te ríes, ni nada de nada.

—Te veo un poco negativa. Seguro que lo pasamos bien esta tarde. Son unos chicos simpáticos.

—Sí, tienes razón. Estoy un poco negativa. Pero tampoco son tan simpáticos. Yo, he medio salido con dos de ellos y lo único que estaban buscando era meterte mano por todos los lados. Ya sabes que no pienso así. No les dejé que me metieran mano y se fueron con otra.

—Tampoco puedes ser tan estrecha. Si un chico te gusta y tú le gustas a él, es normal que te des un beso.

—Una cosa es un beso y otra cosa es como quieren ellos y como hacen algunas. Mira, hija, por ejemplo, la Geli que está como esperando al primero que venga. O, sin ir más lejos, mi propia hermana, claro que ella dice que es una «progre», pero otros dirían que es una puta.

—Yoli, ¿cómo dices eso de tu hermana? Ella es mayor y tiene otra forma de ver las cosas.

—Solo me lleva dos años. Bueno, a mí me da igual, yo ni le hablo ni le hago caso. Que ella haga su vida, que yo haré la mía.

—Eso es lo mejor, cada uno que haga lo que mejor le parece, mientras no moleste a nadie. Bueno, hija, yo tengo ilusión por esta tarde, creo que lo vamos a pasar muy bien. Además, como sabes, cada vez me gusta más Luis.

—Sí, es buen chico, aunque no te molestes, a mí parece que se pasa un poco con tanta broma, a veces resulta un poco patoso.

—Bueno, ya sabes cómo son los chicos. Les gusta hacerse el gracioso, pero él es más dulce de lo que parece.

—Creo que viene la famosa Gloria. Ya veremos cómo es. Todos dicen que es muy guapa. Luego no será para tanto.

—Yoli, ¿te vas a arreglar mucho? Yo no sé qué ponerme.

—No lo he pensado, pero sí que me arreglaré algo. Al fin y al cabo, es domingo y se trata de un guateque.

—Mi madre me ha arreglado esa blusa rosa. No sé si ponérmela porque me parece mucho para un guateque como este. Ya sabes que los chicos van como si fuera un día normal.

—Pilarín, te dejo, porque estoy oyendo las llaves en la puerta. Deben ser mis padres. Estoy que me muero de hambre.

Yoli se incorporó del sofá y saludó a sus padres en el estrecho pasillo del umbral de la puerta. Les mostró su sorpresa por el retraso en la hora de comer. Su madre le respondió con la mirada, con un gesto de resignación. Su padre apenas pudo devolver el saludo, se le trabó la lengua embadurnada en vino. Vicente, con el cutis enrojecido, se dirigió dando pequeños tumbos hacia el sofá y pidió la sopa. Llamó a Marga, su hija mayor, que dormitaba en su cuarto. Al principio no le respondió. A la segunda llamada, la joven le gritó que se olvidara de ella, que no tenía ganas de comer. Su mujer y Yoli se sentaron a la mesa. Se sirvieron la sopa y empezaron a comer. Vicente se echó otro vaso de vino y sorbió la sopa produciendo un enorme sonido gutural. Eructó.

Sin apenas cruzarse la palabra ni apenas la mirada, Pepe el Sici y su padre habían consumido su almuerzo del domingo. Durante toda la comida ambos estuvieron pendientes de las noticias del *Telediario*. No hubo nada que mereciera el menor comentario. Un mantel de hule de cuadros y unas servilletas de papel cubrían la mesa camilla. El padre estaba en mangas de camisa, con los tirantes con la bandera de España y el puro asomando por el bolsillo de la camisa. El pelo echado hacia atrás mostrando unas generosas entradas. Su rostro grueso y fofo siempre daba la impresión de estar sudando. De vez en cuando, sacaba del bolsillo del pantalón un pañuelo blanco y se lo restregaba por la cara para combatir esa humedad corporal que tanto le molestaba. Permanecía sentado con las dos piernas abiertas sobre la silla para dejar un espacio a su voluminoso abdomen que se plegaba dos o tres veces sobre sí mismo.

En la mesa se veían los huesecillos de un pollo asado que había sido adquirido en un bar. Desde que se murió su mujer su casa era un desastre. No había gobierno. Él ni había aprendido ni quería aprender a encargarse de nada de la casa. Para eso estaban las mujeres. Él prefería trabajar y pasar la tarde con los amigotes jugando a las cartas y tomando copas de Fundador. Su hijo seguía sus pasos. Durante la semana, una señora les venía a casa a recoger, lavar la ropa, planchar y encargarse de preparar algo de comida. Los fines de semana eran un abandono total. El sábado iba a comer a un restaurante. Las cenas se arreglaban con bocadillos y el almuerzo dominical con esos pollos asados que todo lo solucionaban.

Su matrimonio no había sido un modelo, pero había funcionado como tantos otros en aquella España de Franco. Una mujer en casa, callada, sumisa y sin ganas de crear complicaciones. Y un hombre que traía el dinero, trabajaba y buscaba la diversión con los amigos del bar y con alguna visita a una casa de putas o amantes institucionalizadas. Él había funcionado de esa manera. Pero al morir su mujer, notó lo que representaba en su vida. La enorme soledad en que le había dejado sumido. Desde entonces, la vida se le había vuelto cuesta arriba. Hasta la más simple tarea era una tremenda complicación para un hombre como él, que solo sabía trabajar y pasar el tiempo con sus amigos.

Además, las relaciones con su hijo no eran ni buenas ni malas. No le molestaba, no le creaba problemas, pero era como una figura que formaba parte del paisaje doméstico. Apenas hablaban y muy poco sabía de su vida. Le daba el dinero suficiente para que el muchacho tuviera lo necesario en el bolsillo. Pero no le ofrecía calor emocional.

Nada más finalizar la comida, Pepe el Sici se levantó de la mesa y le dijo a su padre que esta tarde, como cada dos domingos, se iba al estadio Vicente Calderón para ver jugar a su Atleti. Era lo único que su hijo tenía en la cabeza. Fútbol y tomar cañas en los bares. En eso se parecía a él. También en su afición al tabaco.

Al salir de la habitación, el padre le dijo que él se iría a echar una partida con los amigos donde siempre y que se acordara de no venir tarde, pues mañana había colegio. «No te preocupes, papá, que a las diez estoy aquí para ver el *Estudio Estadio*».

La niña descansaba sobre el sofá con su pijama rosa y su bata guateada de color fucsia. Algunos restos de babas caían como manchas alargadas sobre el frontal de la bata. El salón estaba presidido por una foto descolorida del Sagrado Corazón colgada en la pared, justo encima de una televisión Emerson de diecinueve pulgadas en blanco y negro que, a veces, funcionaba propinándole un buen golpe seco. Damián era un experto en el manejo de la televisión. «Dejadme a mí, que ya me conoce y me respeta. No se me resiste», le decía a su madre cuando aparecían las rayas negras y blancas en la pantalla de la televisión. Le aplicaba un golpe seco a cada lado con el canto de la mano y la imagen volvía fresca y precisa.

La madre, Angustias, había preparado un cocido con casi todo para su Damián y su María Socorrito, su niña pequeña nacida con síndrome de Down y que concentraba todo el amor y el calor de la familia. La ilusión de Damián no era otra que hacer algo en la vida que le permitiera sacar a su madre y su hermana de aquella portería de vecindario, de aquel cuchitril. Comprarle un buen piso, con balcones soleados, con una cocina amplia con nevera y lavadora, un cuarto de aseo con baño, ducha y bidet y un dormitorio para cada uno. Y poner un teléfono en cada habitación y una televisión en color en un salón con un sofá y dos sillones. No como ahora, en el que para llamar por teléfono se iban a la calle y recibían los recados en la tienda de ultramarinos de la esquina. No como ahora, que su madre y su hermana dormían juntas y él en el sofá-cama del salón. No como ahora, que se tenían que ir a duchar los sábados a los baños públicos de la Glorieta de Embajadores. Damián tenía muchas fantasías, pero él sabía que su Dios no le iba a dejar solo, que su Dios le iba a dar la suerte necesaria para sacar a su madre y a su hermana de aquel lugar y para encontrar un médico que curara a su hermana de sus ataques. Que mejorara su vida. «O me hago actor o presentador de televisión. Futbolista no creo, porque hasta en el barrio los hay mejores que yo, pero actor, actor sí que puedo ser. O si no, me va a tocar una quiniela de las buenas. Seguro que agarro una de catorce y me lleno de millones».

La mesa estaba completa. En medio, la sopera. Al lado, la fuente con los garbanzos, la verdura y la carne. Cada uno tenía su plato hondo. Una jarra de Duralex guardaba el agua. Antes de empezar a comer, Angustias rezó para dar a gracias a Dios por esos alimentos. Le pidió a Damián que incorporase a la niña y le ayudase a tomar la sopa. Damián la cogió con mimo entre sus brazos y le animó a ponerse recta. «Venga, bonita, que se te va a enfriar la sopa». La niña le respondió con un bufido. «Ay, mi palomita, cómo canta hoy». María Socorrito agarró la cuchara y la lanzó contra la sopa. La llenó con parte de la sopa y la sorbió en la boca. Cayó más dentro que fuera. Damián, con su más dulce voz, le animó con el segundo intento.

Angustias, la madre, le preguntó a Damián por sus planes para esa tarde.

—Estoy muy nervioso, madre. Esta tarde debutamos. Esta mañana hicimos el último ensayo y fue un lío de padre y muy señor mío. Nadie se enteraba de nada y todo nos salió mal. Pero yo estoy seguro de que esta tarde nos va a salir la mar de bien. Confío siempre en que todo saldrá bien. Ya me conoces, que me pariste muy optimista.

—Cuánto me gustaría verte. Pero no sé dónde dejar a la niña. No la puedo llevar conmigo, porque esta no aguanta ni diez minutos sentada en el teatro.

—No te preocupes, mamá, que yo lo entiendo. Cuando mire para abajo, en las butacas, sabré que tú y la niña estaréis allí mirando, nerviositas perdidas y con ganas de aplaudirme.

Mi abuela había nacido en no sé sabe muy bien qué año de final del siglo XIX en un pueblo minero del norte de Palencia, colindante con Cantabria, que había conocido la fiebre del carbón. Se llamaba y se llama Barruelo de Santullán y su nombre resuena en mi memoria como un Macondo lleno de misterio y figuras mágicas por donde pasaban cosas increíbles a base de reales y humanas. Toda ella era para mí un monumento, una figura que merecía mi respeto y mi amor infinito. La vida había sido dura como el pedernal para ella. Pero había respondido con firmeza, generosidad y un amor para quienes la rodeábamos.

En su más tierna infancia había quedado huérfana de padre y madre junto a sus cuatro hermanos. A los pocos años, su abuela, una asturiana dura, también falleció. A partir de entonces su niñez y juventud temprana se convirtieron en una continua migración por las casas de sus tíos y tías. A veces con algunos de sus hermanos, otras, sola. Fue una alumna aplicada y una muchacha seria y hacendosa, aficionada a la lectura, a la música y al aprendizaje del francés. Pronto, en medio de las algaradas obreras y de las duras condiciones que conoció en las minas, simpatizó con el socialismo, abrazando unas ideas que no abandonaría nunca y que pagaría con sangre y cárcel cuando España se cubrió con el manto negro del franquismo.

En su primera juventud se trasladó a Madrid para servir en casas de la aristocracia capitalina y aprender lo que buenamente pudo. Allí vivió sus mejores años, una etapa de bailes, verbenas y alegría. Se casó con un ferroviario apagado, bondadoso y enfermizo que la dio tres hijas. La guerra la sorprendió en estaciones del ferrocarril. Siguió a su marido por algunas de ellas, aterrorizada por la llegada de los moros de Franco, hasta que se trasladó a Madrid para instalarse en su piso de General Lacy, 30, segundo izquierda, donde conoció los bombardeos de Franco, la escasez de pan y el terror de la guerra. La paz no llegó para ella. Su marido murió joven y tuvo que recorrer España de norte a sur para hacer estraperlo de aceite y poder sacar a sus tres hijas adelante. Metió huéspedes en su casa, les preparaba la comida, les lavaba la ropa y les cedía casi toda su propiedad, mientras dormía en una cama apiñada con sus tres hijas. Una de ellas, la más pequeña, su tesoro dulce, enfermó del corazón y murió cuando asomaba a la juventud. Otra muerte más en su vida, la más cruel, la más injusta. Pero ella no perdía su firmeza ni su amor.

Esa es la historia de mi abuela. La historia que conocí, el ejemplo que me mostró. Pasé mi infancia a su lado, escuchando las hermosas historias de su pueblo y de la guerra de España, aprendiendo sus canciones románticas y revolucionarias, entendiendo por qué la vida la había hecho socialista y que la razón siempre estaba del lado de los pobres.

En aquel balcón de General Lacy, su balcón de piedra se asomaba, nos asomábamos, por las tardes, me agarraba de la mano y me abría su mundo mágico poblado de personajes e historias que, aun hoy, me acompañan. Don Robustiano y sus hermanas, Vicente el lechero, el día que ardió

el Apolo, las aventuras de Alfonso XIII en las noches de Madrid, la *guarri*, su marido y su familia peleada, el día en que Pablo Iglesias visitó su pueblo de Barruelo, doña Mariquita que «había sido puta de joven» y tantas otras. Ella me mostró las primeras letras del Catón, con su paciencia infinita, me enseñó a amar la literatura y a leer el periódico cada día de mi vida, costumbres que no me han abandonado. Hizo parte de mi vida a ese Real Madrid que despertaba la ilusión de exiliados y emigrados, cuando se paseaba triunfante por esos campos de la lejana Europa. Me llevó por la cercanía a la historia y por el amor a nuestras raíces.

Ella era un personaje central de aquellas calles, de aquel barrio, de aquel pedazo de Madrid, de aquel tiempo. Mis amigos la adoraban. Sus vecinas la querían y la respetaban. Sin ella, mi vida hubiera sido diferente. Su pelo blanco azulado, su nariz gruesa, sus ojos grises de cegata, sus manos transparentes. Conmigo fue firme y dulce. Me enseñó a caminar por el lado recto de la vida.

Tras la bronca de enormes dimensiones, Ricardo se tumbó en la cama para rehacer sus sentimientos, ordenar sus ideas y organizar sus planes. No sabía muy bien las razones, pero para ese ejercicio recurría a la poesía, la poesía española, esa escrita por la pluma de Celaya, Blas de Otero, el Machado bueno y Miguel Hernández. Con la ropa puesta, el joven Ricardo se sumergió en los versos de ese Blas de Otero vasco y español, cristalino y clarividente que cantaba a la España que muchos escondían en su corazón.

Al acabar la lectura de los versos de Blas de Otero, Ricardo echó la vista al techo, abrió los ojos y soñó con esa limpieza de la candidez juvenil en un país, en una España diferente a la que habían vivido sus padres, soñaba con esa sociedad que nadie había conocido, que solo los libros de algunos visionarios, algunos utópicos habían dibujado para ser la bandera de millones de personas.

*De haber nacido, haber
nacido en otra España;
sobre todo,
la España del mañana.*

Revolución, esa bella palabra que abrazan los jóvenes, ese horizonte que traicionan los mayores cuando llegan al poder y lo manchan con sus abusos, con sus corrupciones, con sus excesos. Pero Ricardo solo soñaba, embelesado, con la palabra noble del poeta oculto, escondido en la noche fría del franquismo.

*Cruje una vieja sombra,
vibra una luz joven.
Paz
para el día.
en el nombre de España, paz.*

Entonces, de repente, sus sueños aterrizaron en la realidad de esa tarde, de esa noche. Para alcanzar el sueño de la revolución todavía quedaban por hacer muchas pintadas, distribuir muchas octavillas, pegar muchos carteles y, sobre todo, participar en muchas reuniones. La respuesta de Max y de Alberto le había dejado preocupado, pues sus amigos, sus viejos correligionarios del Frente, se habían mostrado muy lejos de su fervoroso entusiasmo.

Ricardo pensó que lo mejor era agarrar el teléfono y llamarles. Primero, a Alberto, del que se fiaba más. Se acercó a la salita de estar y comprobó que estaba vacía. Cerró la puerta con firmeza

interponiendo una silla para mayor seguridad de que ni su padre ni su madre le interrumpirían y marcó el 245-6754.

Al otro lado del hilo telefónico la voz cantarina de la madre de Alberto le contestó. Alberto estaba en el lavabo, pero en unos minutos se pondría al aparato. Al rato, la voz firme de su amigo le contestó:

—¿Qué pasa?, ¿qué quieres?

—Nada, que estaba dando vueltas a lo que hablamos en la calle. No hace falta que me des muchos detalles, pero solo te digo que te necesitamos, que todos te necesitamos, que esto, ya sabes, va por todos, por tus ideas, también.

—Te refieres a...

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Bueno, no sé bien qué decirte. No te digo que no, pero no estoy preparado, además, yo estoy con lo mío. No se me va de la cabeza.

—Pero ya hablaste con Vicen el Largo.

—Sí, pero esta tía está como una cabra. Es como si la cosa no fuera con ella.

—Una cosa no quita la otra. Yo creo que lo primero es el bien colectivo y, luego, vienen los problemas privados.

—Joder, Ricardo. Ya lo sé, pero cuando estás en medio de un problema no te deja ver otra cosa. ¿Sabes?, para quitarme este *marrón* de la cabeza voy a pasar por el guateque de la casa de Boli, creo que iremos a la casa de Boli.

—A mí también me va a venir bien lo del guateque de Boli. Siempre uno se evade un poco y, con suerte, te das un *magreo*.

—No creo que se llegue a mucho, pero la ilusión es lo último que se pierde. De todas formas, macho, mira lo que me pasó a mí por darme un *magreo*. Estoy *cagao*.

—Eres un poco exagerado. ¿A qué hora empieza?

—Creo que como a las seis de la tarde, pero la gente a eso de las cuatro y media o las cinco se dejará caer por «El Recreo».

—No sé cómo me voy a organizar, pues a eso de las siete tengo que ir a recoger lo que tú sabes. Te necesito.

—No me chantajeas, Ricardo, que es un asunto serio.

—Bueno, llamaré a Maximín, para ver si le como el *tarro*.

Una luz mortecina asomaba por aquella ventana oscura que daba al patio triste de su vivienda. Tumbado en la cama deshecha, sobre la almohada sobada de sudor y soledad, con el pelo revuelto apoyado en el polvo de la pared, el Chuli leía un tebeo del Capitán América, su héroe favorito. Aunque casi le gustaban más las *Hazañas Bélicas* y su sargento Gorila, grueso, granítico y noble, como a él le gustaba la gente. «Este sí que sería un colega de verdad, un tío para fiarse y partir la *pana*».

Aquel cuarto, su cuarto, era casi lo único que tenía en su vida de huérfano rebelde y problemático. En sus diez metros cuadrados se apelotonaban todas sus posesiones. Su cama de tubos de aluminio cromados, su mesilla de madera pintada en negro, su mesa y su silla desvencijadas de pino azul, sus pósteres de Led Zeppelin, Deep Purple, las fotos de *As Color* con Gárate y Ufarte, del puñetazo de Urtain al alemán Weiland cuando ganó el título de Europa de los pesados y un par de calendarios con chicas de camioneros. En la mesilla, el Chuli tenía lo que más le gustaba y más le hacía compañía: su radiocasete, el *loro* «sin él no soy nada, un *pringao*, macho», decía. Y repartidos entre el suelo, la mesilla y la mesa, su colección de casetes, la mayoría de ellos grabados por los amigos. Le gustaban el *rock* duro, el «*heavy*, muy *heavy*». Tenía el «Made in Japan», a los Rolling Stones, algo de los Beatles, Serrat, Santana, alguna de Bambino, pero, sobre todo, Led Zeppelin. No tenía ni idea de inglés, posiblemente no le hacía ninguna falta, pero se apañaba con *guachiguachi* para seguir las canciones. La ropa se agolpaba en los clavos que colgaban de la puerta. Las paredes eran originariamente blancas, pero ahora avanzaban con decisión un ejército de polvo negro que dejaba a su paso una capa grisácea.

Ese era su modesto cuarto de huérfano acogido por unos tíos que no le querían. Un cuarto triste y oscuro, dominado por una soledad fría que endurecía a Chuli cada día más. Sus ojos azules de actor de cine, de soñador atrevido, seguían iluminando una personalidad que se acercaba a un desastre.

Ese día, Chuli había hecho una buena «operación» con Robertín en su trayectoria de pequeño ratero de barrio que se buscaba la vida cada día como Dios le daba a entender. Se habían levantado unas cuantas libras y, ahora, debía preparar cómo buscarle a Luis el *chocolate* que le había pedido. «Este *tolili* no tiene ni idea de lo que habla. Se la voy a dar doblada. Le pasaré un poco y le cobraré lo que me dé la gana. Es tan *tolili* que se lo tragará como si nada».

En aquel cuarto, en aquella cama, en aquel océano minúsculo de indiferencia y aislamiento, el Chuli tejía un destino que no iba a ninguna parte.

La sobremesa llegaba a muchas casas prendida del televisor en aquellas tardes dominicales. Las mesas del comedor se adornaban con el postre alegre del domingo, unos pasteles o unos bocaditos de nata que sabían a gloria bendita. En otras, por el contrario, se acumulaban los restos del abundante almuerzo, junto a la botella de vino tinto y a la gaseosa La Casera. Pero, en casi todas, padres, abuelos e hijos se enganchaban a las aventuras bienintencionadas de *La casa de la pradera*, esa familia perfecta que dirigía Michael Landon, con su abnegada mujer y sus tres hijas ejemplares que luchaban por salir adelante en medio de la adversidad y ayudando a los demás, eran la otra cara de muchas de nuestras familias. Esas familias de padres alcoholizados y amargos, madres contrariadas y gruñonas e hijos indolentes y faltos de respeto. Una España que cada domingo se miraba en el espejo luminoso de aquel pueblo del Oeste idílico, inalcanzable.

Luisita era una entusiasta de *La casa de la pradera*. No se perdía ni una, conocía la vida y milagros de todos y cada uno de sus personajes, de sus vidas cruzadas, de esas gentes que se llamaban señor y señora sin alterar el tono de voz ante ninguna adversidad. Era un habitante más de aquella casa humilde, pero limpia y decente, que soñaba con conocer la prosperidad y poder construirse una mansión acorde con la nobleza de los protagonistas.

Luisita miraba a Michael Landon, con ese pelo poderoso, esos ojos soñadores y ese cuerpo atlético. Ese padre guapo, positivo, confiado, protector y bueno, que nunca levantaba la voz y siempre apoyaba a sus tres hijas. Y luego miraba a lo que era su padre. Un ogro gordo, tosco, mal encarado y bigotudo, que roncaba en su sillón sin importarle un comino lo que pasaba en *La casa de la pradera* y a sus sufridos protagonistas.

«Qué hombre este, es un trozo de carne con ojos. No sé qué vería mi madre en él, no sé cómo se casó con esto, con lo mona que es ella. Hubiera merecido otra cosa. A mí eso no me va a pasar. Bueno, al menos, intentaré que no me pase», observaba Luisita. Cuando seguía haciendo sus disquisiciones combinando la serie de televisión, su padre y el futuro que le venía encima, sonó el teléfono para acercarla a algo tan inmediato como los planes del domingo por la tarde.

—Dígame —dijo Luisita.

—¿Luisita? Hola, soy yo, Sofi.

—¿Cómo estás?

—Bien. ¿Acabaste de comer?

—Hace un rato. He comido un montón. Estaba viendo la tele, mientras mi padre roncaba como un ceporro.

—¿Sabes quién va a ir al final al guateque de esta tarde?

—Ni idea. Más o menos los de siempre.

—Viene Gloria, la que se lleva a todos de calle.

—¿Sí? No la conozco mucho, pero me han dicho, no sé, que es como muy fresca, que se acerca a los chicos, se sienta en sus rodillas, se arrima en los bailes. Y, claro, como estos son muy tontos, no hacen otra cosa que bailarle el agua. Y ella, pues claro, la muy zorra, va de uno en otro.

—Esa Gloria es la *repera*. Yo sería incapaz de hacer eso. Me moriría de vergüenza.

—Yo, si te digo la verdad, pues también. Pero creo que tenemos que espabilar un poco, porque si no, nos vamos a quedar para vestir santos. Y como dice mi tía, lo que se han de comer los gusanos, no sé, que lo vean los cristianos.

—Pues yo prefiero ser una chica decente que no una putilla como esa Gloria, que al final estará de boca en boca.

—No te pongas así, chica, que te va a dar algo. Te digo una cosa, que esa Gloria haga lo que quiera. Y tú, Sofi, pues que también. Y todos tan ricamente. ¿Qué te vas a poner?

—No lo he pensado. Imagino que algo sencillo. Un pantalón vaquero y una blusa o algo así.

—Pues yo, hija, si va esa Gloria, me voy a arreglar, pero a base de bien. Creo que me voy a poner mi pantalón nuevo de piel de melocotón que me queda ajustado y como muy mona y luego esa blusa blanca con escote de pico.

Don Ángel echó la vista al viejo reloj de pulsera. Marcaba las cuatro menos diez minutos. Estaba ya cansado de freír boquerones, servir cañas y chatos y retirar platillos y vasos. Llamó la atención de Antoñito que se encontraba, como era muy habitual, enfrascado en una de sus conversaciones intrascendentes con el último reducto de parroquianos. Las cuatro era la hora límite para echar el cierre en El Club. El domingo se hacía eterno para ese hombre, ya mayor y preocupado por el destino de un hijo que no sabía cómo se las arreglaría en la vida cuando él desapareciese.

A veces, le costaba entender que Antoñito fuera su hijo. Se tenía por un hombre formado e inteligente, incluso, astuto. Pero Antoñito distaba mucho de responder a esos cánones. En su fuero interno, don Ángel creía que Antoñito había salido a la familia de su mujer, que era igual que el hermano pequeño de su esposa, a quien tenía que mantener toda la familia con ayudas mensuales que cada vez le resultaban más onerosas.

Mientras don Ángel se afanaba en recoger vasos, platillos, fuentes y botellas. Mientras introducía en el refrigerador los restos de boquerones y patatas y pasaba la bayeta a los más recónditos rincones de su minúsculo mostrador, Antoñito departía, mientras tanto, con ese entusiasmo que mostraba cuando dejaba su mirada perdida entre el interlocutor y el fondo del universo sobre su opinión respecto a la manera más correcta de servir cerveza.

En el bar solo quedaban dos parroquianos bastante beodos que apenas se tenían en pie, tras unas interminables rondas de cervezas. Antoñito, embutido en su jersey de lana gris y su mandil de rayas negras y verdes, profundizaba su mirada ayudado por un característico gesto muscular de sus cejas que le permitía enfocar sus ojos. «Mira, macho, haz caso a lo que yo te diga. Porque mi padre me ha contado y me ha explicado, macho, cómo se sirve la cerveza y te digo que no tienes ni puta idea de lo que dices». Los *bolingas* le replicaban que el que no tenía idea era él, pues para ellos, tomadores de miles, de millones de cañas, sabían que la cerveza se sirve del grifo, colocando el vaso abajo inclinado y subiéndolo a medida que se iba llenado hasta, casi al final, de un golpe seco, enderezarlo, y ponerlo en posición vertical. Su teoría se completaba con la que el buen bebedor de cerveza la ingería en sorbos más bien pequeños.

Don Ángel asistía prestando oídos sordos a esta aburrida conversación y preocupado en recoger lo antes posible para echar el cierre y mandar a esos dos borrachos a la calle. Pero su hijo insistía erre que erre en su teoría alternativa.

«Os digo —decía Antoñito arrastrando las palabras— que no tenéis ni idea de lo que decís, pero, vamos, macho, es que ni idea. Ni para servir, ni para tomarla. Mirad, para servir, hay que pegar el vaso al grifo inclinado lo más que puedas y, nunca de golpe porque entonces la cagas, sino poco a poco ir poniendo el vaso recto. Así es cómo se forma la espuma, macho, no hay otra. Y para tomarla, el que sabe beberla, no vosotros que no tenéis ni idea, lo que hace es darle tres

tragos iguales, tres tragos, no pequeños sorbos, sino tres tragos. Uno, dos y tres. Y si la cerveza es buena y está tirada como Dios manda, pues se forman, macho, esos tres anillos en el vaso. ¿Vale?». En ese momento, Antoñito bajó su mirada perdida del fondo del universo que estaba situado en la esquina del techo ennegrecido a la mirada ofuscada de sus interlocutores. «Bueno — le espetaron—, pues si lo tienes tan claro, sírvete un par de cañas como Dios manda».

Don Ángel ya no pudo más. «Ni cañas ni hostias. Iros ya a la calle que vamos a echar el cierre y no os quiero dentro. Y tú, Antoñito, ya basta de charlas. Recoge las mesas y los taburetes y barre el suelo que nos vamos a comer ya mismo».

Una vez dicho esto, Antoñito entendió que no le quedaba otra. Don Ángel ya solo pensaba en los bocaditos con nata de los domingos que le esperaban de postre.

Tenía una barra larga con unos taburetes altos de escay negro. Las paredes estaban forradas de una imitación a madera y adornadas por unos cuadros de espejos que sugerían imágenes del París elegante de los impresionistas en tonos rosáceos y verdosos. La iluminación era pobre y escasa, para crear una especie de ambiente. El establecimiento abría hacia las cuatro o las cinco de la tarde y cerraba entre la una y las dos de la madrugada. Tenía algo que la distinguía. Las que servían eran camareras y la clientela estaba formada exclusivamente por hombres de mediana edad y baja condición. Algunos solteros, otros casados. La música era ecléctica. Alternaba Concha Piquer con los Beatles, Karina con Tom Jones.

Un letrero de neón rosa revelaba el nombre del local: Las Abejas. Se supone que las abejas eran las cuatro o cinco mujeres que se distribuían a lo largo de la barra del bar y que, de vez en cuando, traspasaban el umbral de la puerta que se situaba al fondo de la barra acompañadas de un parroquiano ansioso.

Entre sus paredes de humo, sórdidas y solitarias, se encerraban historias de fracasos humanos. Mujeres solteras con hijos por mantener. Mujeres separadas con hijos por sacar adelante. Chicas de pueblo sin norte en un Madrid de pecado. Hombres solitarios, abandonados, sin amor, sin sexo. Alcohólicos empedernidos de caras enrojecidas y voluntades encharcadas. Tipos duros de navaja en los bolsillos traseros del pantalón, jugadores de cartas y apostadores de póquer. Hombres acomplexados, cosechadores de abandonos y desdichas sentimentales. Maridos aburridos que se iban a comprar tabaco y regresaban a casa después de hacer en el local lo que no hacían en su casa: conversar y follar.

En su larga barra a veces se asistía a un bullicio de humo y bromas, en otras, de un silencio interrumpido por el chasquido de botellas y copas. Pero, siempre, en el fondo, una frialdad y una distancia sideral, un desinterés humano, marcaba las relaciones de las mujeres y la clientela. Ellas servían copas con desgana y sonrisas forzadas, pensando en la hora de retirarse a su casa o en un cliente que las llevase a la puerta de atrás para sacarle el «verde» que necesitaban. Ellos buscaban una conversación, unas bromas, una sonrisa de mujer y ese engaño de pensar que la estaban enamorando.

Las Abejas era un mito para nuestra adolescencia. Nos acercábamos a sus puertas para adivinar lo que había dentro. Mirábamos con admiración y deseo frustrado a esas mujeres que sabíamos que follaban de verdad, no como las chicas de nuestras realidades a las que difícilmente podíamos acariciar su pecho algodonoso de vírgenes.

Las Abejas no encajaban en nuestro barrio de clase media baja, pero allí estaban y tenían su público fiel y cumplido. Un público que no fallaba, que, a su manera, dejaba en entredicho esa falsa moral oficial del franquismo, cimentada en la familia ejemplar.

Luis Quintanar era el dueño de este recinto. Tenía otros de corte similar en varios puntos de Madrid. Las mujeres, las chicas, iban rotando de uno al otro, en el mismo momento en que ya se hacían muy conocidas por la clientela. Él pasaba cada día por todos sus locales, justo el tiempo necesario para echar un vistazo y recoger la caja.

Algunos del barrio recalaban de vez en cuando en «Las Abejas». Eran los hermanos mayores que, cuando salían de la fábrica y habían acumulado unos cuantos duros, se acercaban al local para satisfacer una biología necesitada de desahogos.

En cuanto acabó *La casa de la pradera* puse pies en polvorosa de mi casa. Esta película todavía me hacía algo de gracia, aunque cada vez me parecía más plomo con esa visión de una América feliz, trabajadora, que se sobreponía a las adversidades, religiosa, patrioter, en las que padres e hijos se adoraban. Creía que poco tenía que ver con la realidad y, además, empezaba a mantener una distancia de eso que se llamaban los valores americanos.

Durante un rato escuché los prolegómenos de *Carrusel deportivo*, esa primera conexión que hacían con todos los campos de España donde se iban a jugar los partidos de Primera División. En veinte minutos estaba más que listo. Me acicalé rápidamente, me puse mi *chupa* de pana marrón, que tanto me gustaba, me despedí de mi madre y de mi abuela. Escuché el esperado: «Niño, no vengas muy tarde». Respondí con el habitual: «No, no te preocupes, mamá», y me lancé escaleras abajo como quien huye del diablo.

En el portal me encontré con doña Carolina, con su aspecto consumido y despistado de siempre. Creo que de joven se había dedicado a la prostitución de cierto nivel y conservaba unas maneras refinadas en su trato. A mí siempre me cayó muy bien. La saludé con un beso, aunque no estoy seguro de que me reconociera, pues me llamó Paquito. Al salir al portal giré a la derecha para iniciar el descenso de General Lacy, que era una calle muy empinada en todo su recorrido. Bajaba con la esperanza de no hacer solo mi ruta hasta El Recreo. Mis mayores posibilidades se concentraban en el cruce con la calle Canarias, por donde podría aparecer Robertín, el Pelos o, incluso, el Chuli. Pero, sobre todo, en la esquina con Bustamante, donde aumentaban las posibilidades con los hermanos Ricardo y Marcos, el Vítor, el Rata, Vicen, la Cromo, la Yoli, Pilarín, y alguno otro más. Yo iba bastante atento, con mis ojos bien abiertos, para evitar hacer solo el recorrido. Atravesé Canarias sin novedades. Me entretuve mirando al interior de Ultramarinos de Blas, mientras aceleraba mi marcha, pues, en ese tramo, la cuesta aumentaba su inclinación.

Al doblar Bustamante, casi me di de bruces con Ricardo, quien estaba sumido en sus pensamientos. No le encontré con la actitud relajada que resultaba más habitual en él. Nos saludamos y yo me decanté hacia la conversación futbolística. Ricardo era un atlético ferviente y yo un madridista bastante radical. El Atleti estaba fuerte con Ufarte, Luis, Gárate, Irureta y Salcedo en la delantera, con Orozco de recambio. Atrás tenía a Rodri, a Revilla, a Isacio Calleja, el futbolista abogado, a Adelardo. El Madrid no se andaba atrás con José Luis, Amancio, Grosso, Velázquez y Gento. En medio estaba Pirri, el futbolista médico. Y atrás, Betancort, Calpe, De Felipe, Zoco y Sanchís. Ahí es nada.

Ricardo y yo emprendimos la discusión de siempre: que si Gárate era mejor que Amancio, y que si Pirri le pegaba más duro que Luis. Pero, al llegar a Batalla del Salado, Ricardo dio un giro

brusco a la conversación. Mirándome a los ojos me pidió que esa noche tenía que hacerme presente en la pintada. Me recordó punto por punto el papel que los jóvenes debíamos desempeñar en aquella última etapa del franquismo, que de poco valían las palabras y las etiquetas si no éramos consecuentes con los hechos. Me dijo que el partido me necesitaba, que no podía negarme, que todo iba a cambiar en poco tiempo y que yo tenía que poner mi grano de arena. Me dijo que estaba preocupado porque se había comprometido a llevar a tres o cuatro personas, pero que veía que sus amigos de siempre no le respondían. Me recordó que hacía dos años yo le había invitado al FRAP y que no entendía cómo ahora estaba desligado de todo. Me reprochó mi falta de continuidad en mis ideas y actuaciones. Me comprendió, pues sabía que la lucha política era ardua, pero que Franco iba a caer y yo estaría del lado de los vencedores, pues el futuro era nuestro.

Yo debía tener la cara de idiota que se me pone cuando no sé qué decir. Me quedé callado y le asentía con la cabeza. La verdad es que tenía toda la razón, pero a mí no me apetecía nada volver a esa historia de las pintadas, las reuniones clandestinas, los pasquines y demás. Yo prefería pensar en el guateque y en cómo meter la mano a las chicas.

Pero al llegar a El Recreo, Ricardo me dijo que contaba conmigo. Yo no dije que no.

El Recreo era un bar enorme, de unas dimensiones mastodónticas. El color rojo dominaba su paisaje interior, rojo eran sus paredes, sus sillas, sus carteles, rojos era el cromado de la barra, rojos eran los botones y los galones de los camareros. Cubría con sus gigantescos ventanales el chaflán del Paseo de las Delicias y de la calle Bustamante. Era de esos bares de Madrid que abren con el desayuno y cierran con la copa de después de la cena, siendo atendido por un ejército de cocineros y camareros que hacen turnos como en la guerra.

La gente se agolpaba en la barra infinita que daba vuelta al bar, era como una anaconda que recorría su interior formando suaves eses. En una esquina se apachurraba el despacho de las quinielas bajo un enorme reloj esférico que tenía debajo el encerado para anotar con tiza los resultados de los partidos, el 1-X-2 que atraía la atención de los españoles el fin de semana.

Los ventanales estaban flanqueados por mesas y sillas. A veces, en las horas de más afluencia de público, coger una mesa era todo un triunfo. En la esquina, sobre una plataforma, descansaba la televisión en blanco y negro, que permanecía enchufada todo el tiempo que duraba la programación.

Era como una paradoja, pero pese a su movimiento, al bullicio del público, algo permanecía en El Recreo para conferirle una sensación de relax y tranquilidad. Conservaba un aire de café de ciudad de provincias, o de café de ese viejo Madrid que ya solo quedaba en el recuerdo de los parroquianos de toda la vida. Pero era uno de esos sitios donde se podía ir a leer el periódico o hablar de poesía mientras se degustaba una taza de café con leche humeante. El Recreo guardaba esa condición de viejo café español, ampliada a la de bar de cañas y casa de comidas de nivel medio. Ese era el perfil de ese local que tanta personalidad proyectaba hacia el barrio. La gente quedaba en El Recreo para, desde allí, desplazarse a algún sitio o se citaba en el lugar para almorzar o pasar la tarde tomando café. Incluso, como nos pasaba a los chavales, quedábamos en su puerta para desde allí ir a jugar al fútbol o a donde fuese. El Recreo le daba altura y prestigio a nuestro barrio. Era más para el estilo de clase media del Paseo que para el entorno proletario de Bustamante. Pero, no cabe duda, que le daba categoría a nuestras calles. Nos permitía hacernos la ilusión que teníamos un gran café como El Comercial o El Oriente.

A esa hora del domingo, El Recreo era un hervidero humano. Coincidían las familias que terminaban su almuerzo dominical, con los viciosos del café, copa y puro o con la gente que, como nosotros, se citaba para pasar la tarde juntos. Clientes y camareros se conocían y se llamaban por el nombre con bastante familiaridad.

Nosotros solíamos agolparnos en la barra y ocupando alguna mesa. Allí nos veíamos. Los que tenían dinero tomaban un café con leche, los que no, se quedaban de *mirandas*. El café con leche lo servían bien cargado en un pequeño vaso redondeado de Duralex, colocado sobre un plato

mínimo, con dos terrones de azúcar y una diminuta cucharilla. Su aroma dominaba el ambiente y la charla, como esos violinistas que son capaces de encumbrar la música con solo un acorde de la cuerda. Era oscuro, con una corona de espuma. Café de El Recreo. Fuerte y amargo.

Acodados en la barra permanecían Boli, con esa cara de pánfilo, y el Pelos, agitado como un calambre. Los dos habían pedido su cafelito con leche. El camarero, que ya los conocía de sobra, los miró con gesto cínico, con esa sorna que recorre las barras de Madrid.

—¡Qué, chavales, café, copa y puro, que ya sois todos unos hombres, hechos y derechos!

—No nos vaciles, Jesús, por ahora nos vale con el cafetito... —contestó el Pelos.

—Pero vosotros ya tenéis edad para apuntar más alto. Un *solisombra* os vendría al pelo. Y luego, unos Farias para echar humo como una chimenea.

—Pero no tenemos pelas para tanto. Si me tomo la copa y el puro, se me va toda la paga.

—¡No me digas que dependes de la paga de tu padre! Un tío como tú ya debería buscarse la vida por sí solo.

—Bueno, eso es lo que quiero, pero mi viejo se empeña en que estudie y estudie y yo quiero ya ponerme a *currar*, como el Coqui.

—Claro, currando y currando, aquí estoy yo, trabajando doce horas y con problemas para llegar a final de mes. Anda, chaval, estudia, que ya tendrás tiempo de otras cosas. Bueno, aquí van los cafés, bien puestos.

Boli y Pelos se miraron uno al otro con rostro un poco perplejo y cuando el camarero se dio la vuelta, se echaron a reír. Era el mismo rollo que cada día les soltaban sus viejos. En ese momento, su cabeza andaba en otros menesteres. El Pelos, quien siempre andaba maquinando, tenía una nueva inquietud que consistía en cómo poner cachondas a las chicas para el guateque de esa tarde.

—¡Qué si, Boli, que sí, que me han dicho que funciona de maravilla! Se llama *yumbina* y es una bomba. Dicen que las chicas se lo toman y se ponen como una moto, que se quedan desnudas y se tiran encima de nosotros.

—Eso es una bobada, es imposible. ¿Cómo dices que funciona?

—Muy sencillo. Se coge una botella de Coca Cola de litro. Se le echan dos aspirinas y se disuelven. No se nota ni el color ni el sabor.

—Eso es imposible, no te lo crees ni tú, macho...

—Que no, tío, que es verdad de la buena. Además, por probarlo no vamos a perder nada.

—Eso sí es verdad. Bueno, en mi casa, mis padres deben tener guardadas aspirinas en el botiquín.

—Llegamos antes de empezar el guateque y preparamos dos botellas y a ver qué pasa.

Por la puerta, entró Alberto, acompañado de Vicen el Largo. Unos pasos atrás abrió la puerta Vítor el Coqui, quien acababa de bajarse de su moto y dejarla descansar sobre el mástil de la farola. Alberto continuaba abstraído en su conversación, inundando de argumentos y preocupaciones el ambiente. Vicen empezaba a proyectar la expresión de «qué le sigo diciendo yo

a este *pelma*». Era la enésima vez que ambos mantenían el mismo diálogo. Alberto elevando el tono de sus inquietudes ante el inminente embarazo de la Cromo y Vicen diciendo que no pasaba nada, que de alguna manera se arreglaría.

—¡Tío, deja de preocuparte! Lo hecho, hecho está. No puedes volver atrás. Ahora simplemente tienes que esperar a ver si el próximo mes le viene la regla. Si le viene, pues ya está. En caso contrario, yo hablo con mi tío y lo solucionamos con su novia.

—Sí, pero hasta entonces, ¿qué hago? Estoy bastante asustado.

—Pues, entre tú y yo, cómprate una caja de condones y fóllatela todas las veces que puedas. Relájate, disfruta y aprende, que ya vas siendo mayorcito.

El Coqui, con esa cara de estar en otro mundo, se incorporó a la conversación como si acabara de aterrizar.

—¿De qué habláis, *troncos*? Estáis hablando de tías.

—Sí y no, Coqui. Estamos hablando de tías, pero es algo entre nosotros —contestó Alberto.

—Y yo no me puedo enterar...

—No va nada contigo, no seas entrometido y no te metas donde no te llaman.

—Vale, vale, Alberto, que no he dicho nada, hombre...

—No te mosquees, que está un poco nervioso —aclaró Vicen.

—Si no me mosqueo, pero no entiendo estos secretitos. Bueno, ¿sabéis si hay algún plan para esta tarde?

—Sí —contestó Alberto—, hay un guateque en casa de Boli. Creo que todos estamos invitados. Es a las seis de la tarde. Acércate.

—Sí, además, voy a ver si viene Carmen. Esta mañana la llevé a dar un paseo en la *cabra* y me cae muy bien. ¿Quién va a ir?

—Bueno, pues creo que toda la *basca*. Imagino que los de Bustamante. También irá Tony. No sé si se pasará Luciano el Niño. De chicas, supongo que irá Yoli, Pilarín, Sofi, Luisita... Me han dicho que también irá Gloria. ¿La conoces? Es guapa, muy guapa.

—Pues me encantará conocerla. Aunque yo esta tarde me voy a dedicar a mi Carmen.

El fútbol, tan unido a nuestras vidas, tan presente en nuestras ilusiones y nuestros sueños. Domingo por la tarde. Fútbol y quinielas. Los estadios se llenaban, los bares se arremolinaban en torno a los aparatos de radio, los maridos paseaban agarrados del brazo de sus mujeres y conectados al transistor, las casas eran un latido por seguir la evolución del marcador.

En aquellos años, el fútbol todavía era un juego de románticos. Los jugadores permanecían toda su carrera luciendo la misma camiseta. Los niños eran capaces de recitar de memoria la alineación titular de su equipo favorito sin errar un nombre y sin dudar del compromiso de ningún jugador. Madridistas y atléticos se juraban un odio eterno que se transmitía de generación en generación. No se podía pisar el estadio enemigo y cuando uno veía sus colores se le revolvían las tripas en su más íntimo fuero.

No había extranjeros, solo los denominados oriundos, que buscaban antecedentes españoles, pese a sus rasgos fuertemente indígenas. Muchos decían que el discreto éxito internacional obedecía a cuando Franco cerró las fronteras a los jugadores extranjeros. El fútbol español no daba para más. Puede que fuera verdad, pero era bonito, era nuestro.

El Madrid de aquella época dominaba en España, pero de su hegemonía europea apenas quedaba el recuerdo de la conquista. Amancio, Pirri y Velázquez seguían siendo los jugadores clave. El Atleti era toda una potencia con Gárate, Luis y Ufarte como estandartes. El Barcelona era la eterna alternativa con Gallego, Marcial y Rexach.

La jornada del domingo se concentraba de cuatro y media a seis y media. Todo discurría en aquellas dos frenéticas horas. Con la única excepción del partido que a las siete de la tarde ponía la TVE. La otra excepción era el derecho de los equipos con competición europea a adelantar su partido a los sábados para dejar descanso hasta el choque del miércoles.

Con ese esquema de competición, no era de extrañar que en aquellas dos o tres horas toda España viviera enganchada de la radio, estuviera pendiente de la voz de un hombre: Vicente Marco. Era el eje central de *Carrusel deportivo*, el programa estrella de la radio deportiva que recorría uno a uno los estadios de España para narrar en directo hasta el mínimo detalle de cada encuentro. Su voz eternamente juvenil, clara y limpia como el agua, recorría con vigor y ecuanimidad las ondas radiofónicas. Un pitido doble repetido anunciaba la llegada del gol, del rey del fútbol.

«¡Gol! ¡Gol! ¡Gol en la Catedral! Conectamos con Bilbao —anunciaba Vicente Marco—. ¿Cómo ha sido ese gol, José Antonio Rojo?». La transmisión pasaba a Bilbao, desde donde nos llegaba la voz emocionada de Rojo. «Vicente, primero hubo un *zorriquetazo* de Zorriqueta desde cuarenta metros. El medio bilbaíno enganchó desde la frontal un auténtico obús de los suyos. Rodri, el guardameta del Sevilla, la repelió como pudo, pero al rebote estaba Aguirre que la envió para las

mallas. Athletic de Bilbao,1; Sevilla, 0. Van treinta y dos minutos del primer tiempo». La conexión regresaba a Madrid, al micrófono impoluto de Vicente Marco. «Nos vamos al Manzanares. El Madrid ganó ayer en Alicante al Hércules 3 a 1 con goles de Amancio, Pirri y Zunzunegui. El Atlético de Madrid tiene que ganar para no perder el ritmo del líder. ¿Cómo están las cosas en el Manzanares?». La conexión pasaba al coliseo rojiblanco, situado apenas a unos tres o cuatro kilómetros de nuestro barrio. El locutor respondía a Marco: «Vicente, el Atleti está jugando con profundidad, pero todavía, cuando se ha cumplido la primera media hora del partido, no han podido batir la portería de Pesudo. El Valencia está encerrado en su área con Mestre de mariscal y con las galopadas de Antón. El Atleti despliega un fútbol de alta escuela, con un Gárate magistral y con un Ufarte punzante. Luis, hace ocho minutos lanzó una falta directa que fue atajada con resolución por Pesudo. Así están las cosas en el Manzanares».

Mi barrio era rojiblanco hasta lo más profundo. Rojiblanco y anti madridista. Mis convicciones blancas maduraron y se fortalecieron en aquel clima de franca hostilidad. Me regodeaba de nuestras victorias y me ocultaba en mis derrotas. Pero el fútbol, el juego más hermoso, se metió en mi vida para no abandonarme nunca.

Los rayos del sol dominaban la calle Bustamante. Era una tarde luminosa y soleada como, nunca entendí los porqués, una constante en los domingos de Madrid. La estrechez de aquella calle maltrecha y descabalada, desordenada como un viejo almacén, desconchada en sus paredes, descompensada en sus alturas, humilde en su composición humana, se prolongaba por la proyección de los rayos del sol.

Estábamos aposentados en El Recreo, atentos a los resultados de fútbol, bromeando con la tontuna de la adolescencia, con ese ejercicio de repetición de palabras y frases hechas que tanto gusta a los jóvenes, presumiendo lo que sería una tarde aburrida y lenta, cuando de repente un estruendo sobrevino en la calle. Una voz humana, cargada de odio, de resentimiento, templada en alcohol y tabaco ocupó la calle. La voz seguía como un lobo a su presa, a una mujer menuda, exageradamente arreglada, embutida en una falda roja, que junto a su hija huía en zancadas diminutas y rápidas.

El Ciego y Josele interrumpieron abruptamente su «chispazo» de anís El Mono.

—¡Anda, macho! Pero si es la Merche de Las Abejas. ¿Qué pasa ahí afuera? —se preguntaba Fermín el Ciego.

—No sé, tío, pero hay un buen lío —le respondió Josele.

En la acera, el hombre había alcanzado a la mujer justo enfrente de los ventanales de El Recreo. La niña lloraba presa del pánico de ver a sus padres discutir y pegarse como dos animales disputando una pieza. El hombre, enjuto, huesudo y oscuro, miraba impasible a la mujer que gritaba histéricamente intentando deshacerse de aquella mirada inescrutable, perdida en el sendero de una vida fracasada. El hombre la había rodeado en una farola, impidiendo con sus dos brazos la escapada de la mujer. La niña, abrazada a las piernas de su madre, lloraba, gemía, gritaba... El hombre, impasible a los llantos de la niña, lanzó un grito que le salió del alma: «Putá, cacho puta, hija de la gran puta». La niña tiró de la madre, quien bajó la cabeza para mirarla y aprovechó para intentar huir por debajo del brazo derecho del hombre despeinado. En un gesto reflejo el hombre alargó su brazo, abrió su puño y con una mano convertida en zarpa desgarró la blusa de la mujer mostrando una carne floja y un sujetador crema. Con un gesto mecánico el hombre tiró a la mujer al suelo y empezó a golpearla con brutalidad, sañudamente. «Putón verbenero, hija de la gran puta», increpaba el hombre. La mujer se revolvía en el suelo, con el maquillaje movido y el pelo desordenado. La niña gritaba.

En aquel momento la gente se agolpaba en la puerta de El Recreo y en la acera de enfrente, pero guardando esa distancia que permite no meterse en pleitos. Todo había sucedido muy rápido. El Ciego y Josele, clientes habituales de Las Abejas, conocían bien a la mujer arrojada al suelo, golpeada por aquel hombre fiero. Hacía apenas unas semanas, quizás unos meses, se había

incorporado como camarera de la barra. No era nada especial, quizás un poco mayor, un poco baja, un poco gorda, para estar tras la barra de un bar de alterne. Gallega y de hablar dulce, era una mujer como otras que ocultaba en el armario el pasado de su vida. Era afable y sabía llevar la conversación adecuada para que los clientes tomaran una copa más de la pensada. Además, decían que sabía complacer, sobre todo en el sexo oral, furtivo, frugal y de espacios poco exigentes.

El Ciego apremió a Josele a agarrar lo que fuera y acabar con «el cabrón ese que la va a matar». En su carrera arrastraron a otros dos amigos y clientes de la mujer. Encontraron un palo enorme y se aproximaron al hombre que seguía sobre la mujer dándole empujones y cachetazos. «Putón, putón verbenero, con lo que yo te quería». Por detrás, el Ciego le propinó un enorme bastonazo en los riñones que le hizo revolverse como un animal herido. Con sus ojos de fuego les dijo que le dejaran en paz, que eso no era asunto suyo. Le volvió a caer otro enorme bastonazo en el pecho. Y otro. Y otro más. El hombre se incorporó como pudo y del bolsillo de atrás empuñó una *faca* con la habilidad de los acostumbrados a utilizarla. La mujer, yacente, se había escabullido con la niña en brazos. Otras mujeres la arropaban.

El Ciego no se amilanó con el brillo de la enorme navaja. Le lanzó otro bastonazo, mientras sus amigos se abalanzaban sobre el hombre para reducirle. Entonces, ya aprisionado, Fermín lanzó el palo al suelo y le sacudió varios puñetazos en el rostro. «Este por cabrón, este por hijo puta y este por cornudo». El hombre, que sangraba y sangraba, hincó las rodillas en tierra, miró hacia arriba con la expresión vacía del odio. Entonces, los amigos la emprendieron a patadas. «Vete de aquí, cacho cabrón, como te veamos, te vas a enterar». El hombre, como pudo, gateando, arrastrándose, dejando un rastro de sangre y sudor negro, se alejó, volvió la cabeza y dijo: «La voy a matar, a esa puta la voy a matar y a vosotros, también. Por estas», besó sus dedos cruzados y los lanzó hacia el suelo.

Carmen compartía habitación con su hermana Mercedes, dos años mayor que ella y haciendo el COU. Era un cuarto hermoso y soleado, de geometría cuadrada y repartido equitativamente entre ambas hermanas. Dos camas gemelas, dos mesillas, dos mesas de estudio, dos repisas y dos hojas de armario. La habitación estaba ordenada y limpia. Dos peluches. «Luis Felipe» y «Francisco José», descansaban sus cabezas sobre las almohadas.

Mercedes estaba estudiando su examen de Filosofía del lunes. Le gustaba estudiar con algo de música, bajita y suave, que acompañara la soledad de la tarde. La voz cálida de Jeannette sonaba en la radio. Llevaba su bata rosa guateada y unas pantuflas azul celeste. Carmen entró en la habitación y se tumbó en su cama, callada, mirando hacia el techo. Cuando eso ocurría, Mercedes sabía que su hermana pequeña necesitaba contarle algo. Habían compartido el cuarto, los juegos y sus vidas con mucha proximidad, eran de esas hermanas que guardan muy pequeños secretos entre ellas. Carmen sabía cuándo y quién había sido el primer chico en besar a su hermana. Ella todavía no había podido contárselo, pues no existía esa primera vez.

Mercedes, con delicadeza, pero directamente, le preguntó a su hermana que sabía que algo le pasaba. «No, no es nada», respondió Carmen. «Tú sabrás, pero creo que algo te está pasando, ya nos conocemos... Carmencita», insistió Mercedes.

En ese momento, Carmen le contó que aquella mañana había estado saliendo con Vitor, su paseo en la moto por Madrid, su conversación, su vida proletaria, sus estrecheces y dificultades. Le dijo que pocas veces se había sentido tan a gusto con un chico, que todo lo que le contaba le parecía interesante. Que le gustaba agarrarse a su cintura, cuando recorrían las calles de Madrid a lomos de esa pequeña moto de 49cc. Que Vitor era más dulce y atento de lo que aparentaba. «Todavía no te digo que me guste, pero la verdad es que lo he pasado muy bien. Se me ha pasado la mañana volando», dijo Carmen.

Mercedes la miraba atentamente, sin perder detalle al gesto apasionado, entusiasta de su hermana. La escuchaba y reflexionaba. Vitor le caía bien, pero sabía que no era un chico para salir con su hermana, ni tan siquiera unos días. Su hermana seguía hablando. Le contaba que Vitor no había podido estudiar, que trabajaba en una cadena de montaje de una fábrica de coches, que se levantaba a las cinco y media para entrar a las siete de la mañana, que tenía que pedir permiso para poder ir al lavabo y que apenas tenía veinte minutos para comer. Le decía a su hermana que a Vitor no le gustaba cómo estaba España que era un obrero que protestaba y se oponía a los abusos de los jefes.

Mercedes dejó hablar a su hermana, la miró atentamente y le dijo:

—Carmen, ese chico es bueno, me cae bien. Me parece que tiene mérito su vida. Ha tenido menos suerte que nosotras. No ha podido estudiar y todo eso, pero...

—Pero qué, Mercedes...

—Pues que creo que no es el tipo de chico que tú mereces, que igual ahora te gusta y te sientes cerca de él, pero que dentro de unos meses te darás cuenta que él simplemente es un obrero y será toda la vida un obrero, mientras tú estás llamada a ser otra cosa en esta vida.

—A ser, ¿qué cosa?

—Pues no sé, una abogada, una maestra, lo que te guste o lo que se te dé bien.

—Igual no me gusta eso, igual me gusta Víctor y estar a su lado.

—Sí, si yo no te digo que no, pero no creo que eso funcione. Te irás dando cuenta que su educación, su forma de comportarse, es muy poco fina.

—Ya estoy harta de nuestra educación de clase media. Me parece que somos una familia aburrida, que apenas habla y que se conoce poco. Yo hace años que no hablo con papá y casi lo mismo con mamá. ¿Has pensado cómo se llevan ellos alguna vez? Yo no los veo ni reírse ni salir juntos. Si te digo la verdad, creo que tú tienes pinta de ir por el mismo camino.

—Carmen, te estás pasando. Yo no me meto contigo y no me gusta que hables así de los papás. Solo te digo que no creo que te interese empezar esa relación.

—Pues ¿sabes lo que te digo, Mercedes?, que si Víctor quiere, esta misma tarde empiezo a salir con él.

La tarde discurría lenta en casa de Raquel. Sobre su mesa de estudio, diminuta y repleta de objetos y papeles, había extendido sus libros y materiales de estudio. Raquel era una alumna aplicada y tenaz, que había recibido el picotazo de la inquietud social y política al acceder a la Universidad. En su trayectoria previa, nada hacía pensar de su fuerte inclinación al compromiso. Toda su infancia y temprana adolescencia la había consumido en un riguroso colegio de monjas y en los círculos de la Iglesia que acogían a los jóvenes católicos. Había sido una alumna ejemplar, con buenas calificaciones y un excelente comportamiento, solo perturbado por su desmedido afán por hablar con otras niñas en medio de la clase.

Criada en una familia de comerciantes y tenderos, era la primera persona de su casa que accedía a la formación universitaria, lo que era un hecho bastante común en la España de aquellos años setenta. Olas de estudiantes procedentes de familias de clase media y baja invadían los recintos universitarios, los proletarizaban y masificaban.

Raquel disfrutaba de la vida universitaria. Había cambiado su forma de vestir, de peinarse, de moverse y de pensar. Había dejado el aire atildado y perfumado del colegio de monjas por un estilo bohemio, «progre» que abusaba del vaquero, la pana, los enormes jerséis de lana y un aire descuidado e insolente. No era una excepción. Muchos jóvenes de aquella España de las últimas boqueadas del franquismo irrumpían en la adolescencia rompiendo con toda la tradición del país. Se abominaba de Franco, se huía de la Iglesia, se rechazaba el dinero y la posición social, se dudaba de la familia, se cuestionaba el matrimonio y el modelo tradicional. En su lugar aparecía un compromiso con la clase obrera, una forma colectiva de convivir, una inclinación a la apertura sexual y un cierto desapego a fuertes relaciones personales que terminaran en el altar. Las imágenes del Corazón de Jesús eran sustituidas por los pósteres del Che Guevara y el Nuevo Testamento por el Manifiesto Comunista. España estaba cambiando y Raquel no se lo quería perder.

Aquella tarde de domingo había previsto quedarse en casa a estudiar su examen de Medicina Interna del próximo miércoles. El *Harrison*, fuente de todo el saber médico, se abrió ante sus ojos como el océano lo hace al pescador. Raquel abrió el libro por la página en que debía empezar, lo cerró y lo abrió de nuevo por la página en que debería acabar. Volvió, nuevamente, a la página inicial. Luego, sacó de su morral su libro de apuntes, lleno de anotaciones con su letra redondeada, ligeramente infantil, cuidadosamente trazada. A continuación, extrajo el plumier del cajón, lo abrió y comprobó que tenía su lápiz con la punta casi afilada, su goma de borrar, el sacapuntas y el lapicero azul y rojo que utilizaba para subrayar o marcar. Seguidamente, encendió el radiocasete y seleccionó una cinta de Serrat, otra de Lluís Llach, una de Leonard Cohen y los adagios de Albinoni y Pachelbel. Pensó que con esa música tendría para toda la tarde. Se levantó

para dirigirse a la cocina y prepararse un vaso de leche fría con azúcar y Cola Cao. Estaba un poco gorda, pero le daba igual. Regresó a la mesa y miró por la ventana del quinto piso. A lo lejos, el horizonte se convertía en un gris plomizo recortado por la silueta de los edificios. Se volvió a sentar y alargó la mano para traer hacia sus rodillas a Francisco José, su peluche, su osito, que le había acompañado desde la cuna. «Francisco José, estate aquí a mi lado y acompáñame esta tarde. Tú también tienes que estudiar para ser un buen enfermero», susurró al oído del muñeco. Tenía algo de frío y se volvió a levantar para echarse por los hombros la bata guateada de color rosa, que le había regalado su madre al cumplir los quince años.

Miró hacia el techo y durante unos minutos pensó en lo que tenía que hacer en las próximas semanas. Bajó la vista y lo escribió en su agenda: ir a la sesión de cine del San Juan Evangelista para ver *Blow Up* de Antonioni, sacar entradas para Tábano en la Sala Cadarso, participar en la Asamblea de la Facultad, acudir a la reunión de la asociación de vecinos, seguir leyendo a Martha Hannecker, felicitar a Paco por su cumpleaños y comprarle un regalo. Le encantaba pensar en lo que tenía que hacer, mientras pasaba el tiempo y no hacía lo que tenía que hacer en aquel preciso momento. Cambió de postura y pensó que ya era hora de que se pusiera a estudiar.

Había transcurrido más de media hora y todo seguía igual. Entonces, se le vino a la cabeza la idea de su vocación de médico y qué hacer con ella y su compromiso político y social recién asumido, pero que tan hondo estaba calando en su corazón juvenil. En el radiocasete, Joan Manuel Serrat recreaba a Miguel Hernández:

*Menos tu vientre
todo es confuso.
Menos tu vientre
todo es futuro
fugaz, pasado
baldío, turbio.
Menos tu vientre
todo es oculto,
menos tu vientre
todo inseguro,
todo es postrero
polvo del mundo.
Menos tu vientre
todo es oscuro,
menos tu vientre
claro y profundo.*

Los oídos de Raquel se detuvieron en aquellos versos que tanto gustaban a Paco, en aquella voz de Serrat, cálida y quebrada, que imitaba en sus paseos por la Universitaria agarrados de la mano. Entonces, él, se detenía y le acariciaba su vientre. Paco ocupaba un espacio importante de su presente. La política y Paco habían irrumpido en su vida para cambiarla, para ser otra persona.

«Tengo que empezar a estudiar, no puedo seguir distrayéndome, pues pasa el tiempo y no hago nada de nada».

Raquel depositó nuevamente sus ojos en el *Harrison*. Pero su cabeza regresó a lo importante que era ser un médico al servicio del pueblo, para ayudar a esa gente que no tenía dinero, pero sí enfermedades. Conocía a algunos de ellos de sus visitas con los jóvenes de la Iglesia a los barrios marginales de Madrid, en esas chabolas de uralita y barro, en donde convivían los niños con los animales durmiendo sobre el barro. En esa experiencia que tanto la impresionaron. «La medicina hay que socializarla, debe de ser gratuita para todo el mundo. No entiendo cómo hay médicos que cobran a la gente por atenderla. Son unos capitalistas sin perdón. Yo no lo haré en la vida. Mi recompensa será curar a la gente por el placer de hacerlo, por ver sus rostros. ¡Qué bonita es la medicina!».

La medicina era hermosa, pero antes tenía al *Harrison* por delante. Sonó el teléfono. Su madre le avisó que al otro lado estaba su amiga María José. «Voy solo a hablar diez minutos con ella». Colgó una hora y media después. Ya oscurecía. El *Harrison* seguía esperando.

El humo de la tarde empezaba a espesarse en El Recreo. Seguía el ritmo frenético de los cafés con leche, los cortados, los solos, los *solisombra* y los chispazos de anís y coñac. En la radio, el *Carrusel* traía con sus timbrazos de alarma los goles de los domingos, mientras los parroquianos consultaban unos tras otro sus quinielas, que doblaban y guardaban, doblaban y sacaban, de los rincones más inverosímiles de su cartera o de su chaqueta. Quien más y quien menos soñaba con seguir los pasos de Gabino, aquel muchacho de Toledo que de la noche a la mañana consiguió dar el golpe de su vida con los catorce de las quinielas y llevarse treinta millones a la cuenta del banco.

El mundo de El Recreo en esas estaba, cuando en la puerta aparcó un 1430 rojo como el amor, rojo como la sangre, rojo como el pecado. El primero en bajarse era un hombre de estatura media, pelo largo y gafas de sol, que usaba en la sombra y en los interiores. Iba con la americana colgada por los hombros y la camisa negra o azul marino desabrochada luciendo el inicio del pecho. Era el chulo, el proxeneta. Se llamaba Mario Trevijano y era de Toledo. Inmediatamente abrió el resto de las portezuelas, dejando paso a un grupo de cuatro chicas deslenguadas y gritonas, pintadas y repintadas, de generosos escotes y minúsculas faldas. Las miradas de «El Recreo» cambiaron de orientación como atraídas por un imán, todas se dirigieron a la puerta para asistir a la entrada de este quinteto que tan poco tenía que ver con el ambiente tradicional y conservador de la cafetería.

El chulo encontró con la mirada una mesa libre, con cuatro sillas. Con gesto decidido se dirigió a ocuparla, haciendo gestos con las manos a las chicas para que le siguieran. Al llegar a la mesa, pidió permiso a la vecina para tomar otra silla. Todos se sentaron alrededor. Mario pidió un cuba libre de Larios. Las chicas, café con leche. Casi todos los domingos, a la misma hora, paraban en el bar antes de iniciar camino hacia Toledo, donde a pocos kilómetros de la ciudad, las chicas ejercían el oficio más viejo del mundo en un club de carretera llamado Bagdad.

La más alta se llamaba Isabel. Era rubia teñida y tenía un enorme par de tetas que mostraba sin mucho pudor. La más delgada era Puri, morena y menuda, pero de carnes prietas y culo redondo. La más sonriente era Merche, algo entrada en carnes, con unos labios redondos y una mirada descarada que a veces se detenía en nosotros. La más callada era una venezolana llamada Daisy. Estaba viuda y tenía dos hijos. Parecía triste e incómoda, pero no faltaba ningún domingo.

Mario Trevijano las recogía cada tarde después de comer de distintos barrios suburbanos de Madrid y la llevaba hasta el club. Allí estaban hasta bien avanzada la madrugada y las devolvía de regreso a sus casas de Madrid. Eran chicas de barrios obreros, humildes, de familias sin porvenir. Podrían haber sido peluqueras, pero prefirieron ser putas.

Luisito el Pelos había salido con el bocado en la boca de su casa y el macuto militar, verde oliva lamido, colgado del hombro y cargado de discos. Tras tomar el café en El Recreo se dirigió a paso ligero hasta la casa de Tony para, conjuntamente seleccionar la música del guateque. Antes de salir de su casa se había lavado la cabeza. Gustaba tener su cabello largo, limpio y sedoso, al viento, que se bamboleara al ritmo de sus movimientos. Era lo único que le gustaba de su cuerpo. Estaba orgulloso de su melena.

Llamó al portero automático y la hermana de Tony le abrió la puerta del portal. En dos zancadas subió los dos tramos de escaleras que le separaban del primer piso. Al llegar al rellano, vio la puerta entreabierta y detrás, el rostro inexpresivo de Tony. Se saludaron sin efusividad, pero con un cambio de expresiones adolescentes que acababan en un *macho* o en un *tío*. Pasaron al dormitorio de Tony, que compartía con su hermano mayor, estudiante aventajado de Ingeniería.

La música *rock* y *pop* era una parte esencial en su vida. Los programas especializados en *Radio 3*, *Popular 1* y la *Inter* eran escuchados religiosamente por los jóvenes. Cada uno tenía su locutor favorito, aquel que le conectaba con sus músicos y grupos predilectos. Jesús Ordovás para los roqueros, Vicente Cagiau, para los sinfónicos, Rafael Abitbó, para los guitarreros, y Juan Pablo Silvestre, para los nostálgicos, eran los gurús de los jóvenes adictos a la música.

El Pelos se movía entre dos extremos. Por un lado, adoraba la música dura del *rock* más *heavy*, encarnado por Deep Purple o Led Zeppelin. Por otro, empleaba horas y horas en la elaborada música de Pink Floyd, Yes o Genesis, que mezclaban sus sonidos *tecnos* con una reminiscencia clásica. También adoraba a Jethro Tull y la flauta medieval de Ian Anderson.

Tony, por su lado, se consideraba un estudioso de la música. Cada semana leía de la primera a la última letra el *Disco Express*, revista de culto editada en Pamplona. Le gustaba el *rock pop* clásico, empezando por los Rolling Stones, los Who y todos sus seguidores británicos. Era un experto en el *rock* sureño de los Allman Brothers y los Doobie Brothers y en el *rock* californiano de Grateful Dead y Jerry García. Le gustaba Lou Reed, Van Morrison y conocía cada paso dado por Jim Morrison y los Doors.

Los grupos españoles, en aquellos primeros años setenta, no contaban con muchos seguidores. Tony escuchaba en la radio los primeros conciertos de un grupo de la Elipa que tenía el poco español nombre de Burning. Imitaban a los Stones, cantaban en español y era puro sabor a barrio de Madrid. También le gustaba el *rock* flamenco, con grupos como Triana, Gualberto y Smash.

Tony le preguntó a su amigo por lo que traía en el macuto. El Pelos extendió el contenido sobre la cama. Eran una veintena de cintas de casete. Tony se rio y mostró su escepticismo. «No es música para un guateque. Luis, macho, no podemos aburrir a la gente con Rick Wakeman. Como mucho nos vale alguna de Pink Floyd o de Yes. Pero, en general, a las chicas le gusta bailar y

escuchar cosas sencillas y españolas». El Pelos se levantó algo airado. «Tío, *dabute*, no tienes ni idea. Esta música es buena y le gusta a todo el mundo. Cómo no les va a molar el *Money*, si es una gozada...».

Tony se dirigió a su estantería y seleccionó unos veinte o treinta discos. Se sentó sobre la cama. «Mira, yo creo que podemos abrir con algo conocido por todos. Por ejemplo, con los Beatles. Me llevo dos. Luego, ponemos algo más fuerte. No sé, por ejemplo, los Rolling. Luego, vamos a lo lento, para empezar a magrear. Puede ser algo de Simon and Garfunkel y de Serrat, que a todo el mundo le gusta. Ahí, si quieres, ponemos algo de lo tuyo. Luego, algo español, como Triana que está muy bien. Incluso, tengo aquí un disco de mi hermana de la cantante Karina que es una gozada. Y acabamos con algo fuerte». El Pelos no sabía si decir que sí, que no o que veremos. Así que se levantó, cogió sus cosas, las metió en el macuto y dijo: «Bueno, tío, pues vámonos, porque total, yo soy un *capullo*...».

«Esta vida no vale nada de nada. Es una pura mierda. A veces me pregunto qué hacemos sobre este planeta, en este país. Me pregunto qué hago en esta casa, con la tonta de mi hermana, el borracho de mi padre y la histérica de mi madre. No estudio, ni quiero hacerlo. Tengo un trabajo que es una puta mierda. No tengo futuro, al menos, mucho futuro. No me quiero casar. No me veo con ese rollo del marido, los niños, la casa y todo eso. No tengo ningún novio, ni me gusta de veras ningún tío. Follo con todos los que me gustan y con los que puedo. Eso está bien. Me gusta, me hace sentir importante, deseada. Muchos pensarán que soy una puta, más bien una putilla. Pero allá ellos. A mí me trae al fresco. Ya tuve un aborto y las pasé canutas. Me sentí sola, muy sola. No se lo dije a mi madre, pues se hubiera muerto del susto. Ni a mi padre, porque me hubiera corrido a palos. Ni a mi hermana, porque es tonta del culo. Así que me las apañé sola. Si lo tengo que hacer otra vez, lo haría. Amí el aborto no me causa problemas de conciencia, como dicen los curas y los fachas. Que se queden ellos embarazados, a ver qué coño hacen. Me gusta follar, bueno, creo que tengo que follar. Hemos venido al mundo para pasarlo bien. Además, yo soy una tía de hoy, una tía moderna, y una tía como yo, pues tiene que follar sin problemas. Si no, sería una estrecha, una beatona, como la tonta de mi hermana, que no deben haberla tocado ni las tetas porque le da algo. A mí me han tocado todo. Las tetas, el chisme, el clítoris, por detrás y por delante. Me han mamado y me la han metido por delante, por detrás no, porque me da no sé qué. Y yo no me corto. También sé bien los que es masturbar a un tío y hacerle una buena mamada. Me da un poco de asco que se me corran en la boca, pero a ellos les gusta. Algunos no tienen ni idea. Mira el pobre Alberto, no sabe ni ponerse el condón y se corre casi antes de meterla. Pero tiene un rabo enorme. Yo le enseñaré. O el día que tuve con el Coqui y su amigo, los tres en la cama. Bueno, estábamos un poco borrachos, pero no sabían qué hacer. El Vitor, al menos se movía, pero el otro parecía un palo. No fue capaz de montarme. De pensar esto, me estoy poniendo cachonda. Me voy a masturbar aquí mientras me miro al espejo y antes de arreglarme. Me voy a imaginar que esta tarde estoy con Alberto, que le desabrocho el pantalón, le agarro su polla, que se empieza a poner dura. Se baja el pantalón y le empiezo a masturbar. Entonces, me desabrocha como una fiera los botones de la blusa y se lanza sobre mis tetas, me las agarra y me chupa los pezones, me los muerde. ¡Qué gusto me está dando en el clítoris! Me baja los pantalones, me quita las bragas, me apoya contra una mesa. Él está con los pantalones bajados hasta los tobillos. Me mete la polla, mientras me agarra el culo con las manos. Ya me he corrido. El trabajo es otra mierda. No sé qué hago allí, con esa gente tan rara. Todo el día con el ordenador, programando tonterías. En cuanto encuentre otra cosa, lo dejo. Odio levantarme por las mañanas y llegar a esa oficina oscura y vieja, con las mesas de formica y esa gente que me mira tan raro. Tendría que buscar otra cosa. O lo mejor dejarlo todo y largarme por ahí, con un grupo de gente enrollada de verdad a ver mundo y a vivir la vida. O irme a Ibiza, como ha hecho tanta gente, para meterme en una comuna para dormir, estar en la playa y hacer el amor, cada día con uno. Escuchar buena música y sentirme libre, o lo que sea».

Marga la Cromo se miraba al espejo, sentada en su banqueta, con la bata abierta mostrando el pecho y las bragas húmedas. En su cama, había dejado el vaquero, la camisa verde y la chaqueta

de pana negra. En la otra cama del cuarto su hermana, Yoli leía la revista *Lecturas* con avidez. «Ahora tendré que lavarme y cambiarme las bragas. ¡Qué rollo de vida!».

Pilarín ya llevaba más de diez minutos esperando en el portal. Se había vestido con lo mejor de su armario. Llevaba el pantalón rojo de tergal, confeccionado por Luisi, la modista amiga de sus tías, y el jersey negro de cuello de cisne que le había regalado su madre por Reyes. Encima, echado sobre los hombros, lucía un chaquetón marrón, que le había comprado su madre para ir a la boda de su prima Elenita. Miraba para la derecha, buscando con los ojos el taconeo alegre de Yoli. Las dos amigas habían quedado a las seis en punto para ir juntas al guateque de casa de Boli. «Esta Yoli, siempre es lo mismo. Nunca llega a su hora. Se habrá cambiado varias veces de ropa y de peinado. Ya no puedo más. Me voy a buscarla y la llamo desde la calle por el portero. Vamos a llegar tarde, como siempre».

Cuando llevaba recorrido medio tramo de la calle Bustamante, la silueta nerviosa de Yoli se asomó por el portal. «Mírala. Ahí viene. Ahora me contará que su madre le ha mandado a por algo. O que se ha puesto mala. Un rollo...».

—Yoli, pero ¿qué te ha pasado? No me cuentes un rollo. Dime la verdad. Siempre llegas tarde.

—Hija, que ha habido una bronca terrible en mi casa. Mi hermana, que ya la conoces, ha tenido una buena con mi padre. Menuda bronca.

—Pero, hija, ya sabes cómo es tu hermana...

—Sí, pero es que no respeta para nada a mi padre.

—¿Qué quieres que te diga?, ¿qué ha pasado?

—La verdad, mi padre ha llegado tarde y, ya lo conoces, un poco chispa. Bebe demasiado, más de la cuenta. A mí, Pilarín, me da vergüenza de mis amigas. Tú, no, porque eres más que si fueras mi hermana. Pero es que lo lleva en la cara.

—Tú también para mí. También sabes la historia de mi padre y lo que nos hizo, cuando se fue el muy sinvergüenza, dejándonos solas y sin preocuparse para nada de mí.

—Pues mi hermana no ha comido nada. Mandó a la mierda a mi padre y le dijo que le dejara en paz. Mi padre se ha tomado la sopa y al acabar se ha ido a su cuarto. Le ha dicho que no la quiere ver en casa, que sabe que llega tarde, que no sabe dónde se mete y que cada vez tiene más pinta de puta. Así se lo ha dicho.

—Y ¿qué ha dicho tu hermana?

—Pues se ha levantado de la cama y le ha dicho que con su vida y con su cuerpo hace lo que le da la gana. Que no le quiere, que es un borracho y un vago y que le importa una mierda.

—Mi padre se ha puesto como una fiera, ha dado un puñetazo en la pared y se ha ido a por ella. Yo me he levantado y le he retenido. Mi hermana seguía insultándolo, pero ha tenido tiempo de meterse en el baño y cerrar el pestillo. Mi padre, rojo, pero rojo, ha empezado a dar puñetazos a

la puerta y patadas. Ha hecho una raja grande en la madera. Hasta que se ha cansado. Ha cogido el abrigo y se ha largado de casa.

—Y tu madre, ¿qué hacía la pobre?

—Nada. Sentada en una silla, mirando al suelo y llorando. Ya no puede más.

—Cuánto lo siento, Yoli. De verdad, un día salís en *El Caso*.

—Tienes razón. Pero es que lo de mi hermana no se puede aguantar. Está loca. Hace lo que quiere y no respeta nada ni nadie. Yo sé cosas que prefiero callar y hacer como si no supiera.

Las dos amigas siguieron avanzando a buen ritmo hasta desembocar en el Paseo de las Delicias. A la altura de la Glorieta Luca de Tena, Yoli se paró, miró a los ojos de Pilarín y le preguntó si pensaba estar esa tarde en el guateque con Luis el Pelos.

—Mira, Yoli, estoy tan nerviosa... A mí me gusta de verdad. Pero yo no puedo hacer nada. Él es el hombre y tiene que dar el primer paso. Me tiene que decir algo.

—Es verdad, pero él es muy tímido. Parece lanzado, pero muy tímido. No te va a decir nada, ni te va a besar ni nada. Tú tendrás que hacer algo. Sacarle a bailar o algo así.

—Besarme, que ni lo intente. Todavía no es el momento. Yo voy a estar contigo y con los otros. Si me dice algo o si me saca a bailar, pues muy bien. Y si no, pues perderemos la tarde. Pero que se olvide que yo le saque a bailar o le diga algo, así sin más. Me moriría de vergüenza. Eso lo tienen que hacer los chicos.

—Pero él no lo va a hacer. Es muy tímido. Estará toda la tarde dándole vueltas...

—Pues que se espabile, que para otras cosas es bien atrevido. ¿No le ves cuando estamos todos juntos?, no para de hablar, de hacer bromas, de meterse con la gente.

—Pero eso, Pilarín, es otra cosa. Hay chicos que con las chicas son muy tímidos, no se atreven a nada, no le salen las palabras. Y Luis es de esos.

—Pues, si no es esta tarde, será otra. Porque a mí me gusta mucho. Me parece simpático, cariñoso y tierno.

—¿Sabes lo que yo puedo hacer?, pues decírselo. Decirle que creo que le gustas y que tiene que lanzarse.

—A ver si va a creer que te lo he dicho yo. Entonces sí que me muero de vergüenza.

—No, yo sabré cómo decírselo para que no se dé cuenta. Además, se quedará tan agradecido.

Boli vivía en una casa muy típica. Una escalera estrecha ascendía en una anchura reducida uniendo las plantas. En cada una, a cada lado, dos puertas franqueaban el paso a las viviendas. Tony y Luis el Pelos ascendieron a buen paso los tres pisos de la escalera. Tocaron el timbre. Boli no abría. Golpearon la puerta. Boli no abría. Los nervios de Luis empezaron a hacer presa. Volvió a tocar el timbre en varias ocasiones. Por fin, se oyó el golpe de una puerta que se cerraba, unos pasos que se acercaban y el chirrido del cerrojo. Al otro lado de la puerta apareció el rostro mofletudo y somnoliento de Boli. Luis casi le empujó y le recriminó que no abriera antes porque siempre andaba medio dormido. Le preguntó si ya tenía todo preparado. Por supuesto, Boli puso cara de incredulidad, no sabía bien a qué se refería. Entraron a un salón espacioso en el que se combinaba el comedor con la sala de estar y la televisión. Todo estaba como sus padres lo habían dejado.

—¡Joder, Boli, eres la hostia! En qué mundo vives. En un rato va a venir toda la gente y no has preparado nada de nada.

—Pero ¿qué tengo que preparar? Yo os dejo la casa, así que no sé qué más hay que hacer.

—Pues, hombre, hay que correr los muebles para que la gente pueda bailar, preparar el *tocata*, sacar los vasos y todo ese rollo. Tony y yo ya traemos la música.

—Sí, a mí dejarme con la música de *pinche*, yo no bailo ni ligo nada —terció Tony.

—De eso os ocupáis vosotros. Bastante tengo yo con dejaros la casa y ocuparme de mis padres.

—Bueno, pues vamos a hacerlo todo. Pero ¿nos echarás una mano o te vas a dormir?

Los tres amigos se pusieron a correr los muebles, dejando un amplio espacio libre en el centro y situando las sillas contra las paredes. Sobre una cómoda, Boli puso el tocadiscos. En la mesa del comedor, pegada contra la pared, y una vez despejada de todos los adornos, Tony sacó de una bolsa unos cerros de vasos de parafina.

—La gente irá trayendo las bebidas y algo de comer, porque yo no voy a poner nada, que bastante tengo con mis padres

—No, quedamos en poner cada uno veinte pavos y bajar a comprar unas patatas y las bebidas —dijo Tony.

—Bueno, pues yo me *abro*, que voy a coger algo muy especial. La gente va a empezar a venir. Tony, te dejo mis veinte pavos y recauda la pasta de todos. Que todos paguen, macho. Boli, ¿vas a poner tu *guita*?

—No, macho, yo pongo la casa, que ya es bastante.

—Eres un rata, macho.

La tarde empezaba a caer sobre el cielo de Madrid. Ricardo, el padre de Ricardito y del Huevo, estaba asomado en su terraza. Vivía en un ático. Tenía una terraza enorme, hermosa, desde la que se dominaba todo el sur de Madrid. A sus pies se extendía, como un océano metálico, las vías de la estación de Delicias, que se perdían hacia Vallecas y Entrevías. La vista de ese paisaje de un Madrid proletario era espléndida. El cielo anaranjado parecía salido de la paleta de un pintor expresionista.

Ricardo, tras la fuerte discusión con su hijo, se había puesto a pintar uno de sus óleos. Pintaba continuamente con una sonrisa plena en la boca, con pinceladas lentas, seguras, y apoyado en su pata coja, recta como un plomo. Pintó dos o tres horas antes de asomarse a la terraza para echarse un cigarro. Estaba pintando un cuadro no muy grande ni muy pequeño. Un hombre atónito, con ojos perdidos, miraba estupefacto al espectador, rodeado de un paisaje urbano vacío y frío. Sus cuadros eran buenos, aunque nadie los comprara. Su mujer le acercó un tazón de café con leche. Le dio las gracias. Miró hacia el infinito y algo recorrió su espalda como un zumbido, como un latigazo que estremeció su pensamiento.

Su vida, como la de tantos otros, había sido dura, marcada por esa guerra odiosa, que partió España por la mitad, que dividió el país en vencedores y vencidos. Él, viejo comunista, viejo combatiente republicano, ingresó en el silencioso ejército de los vencidos camuflados. De unos topes que cada día tuvieron que hacer del silencio, del ocultamiento, la única posibilidad de llegar al día siguiente. Ricardo, en su casa, con sus hijos, en su círculo de confianza seguía actuando como un exégeta del comunismo y del antifranquismo, como un luchador infatigable. Sus historias de la guerra eran continuas y conocidas. Sus peleas en el Ebro, codo a codo con Buero Vallejo, su estancia en presidio al lado del poeta Miguel Hernández, de Orihuela, que cada noche leía a los presos sus versos cálidos. Su orgullo por haber sido el teniente más joven del Ejército republicano. Aquella esquirla de metralla que se le clavó en la rodilla para dejarle cojo para siempre.

Pero cuando salía de ese lugar, cuando bajaba a la calle y entraba en su trabajo, no se diferenciaba de cualquier oficinista de traje y corbata preocupado por llegar a final de mes. No había tenido el coraje para, como algunos otros habían hecho, pasar a las filas organizadas de Comisiones Obreras o del Partido Comunista, formar parte de ese grupo reducido de personas que perdieron su vida en cárceles, luchas y clandestinidad por servir a unos ideales. Que dejaron atrás a su familia, su mujer, sus hijos, su profesión, su vida, por la defensa de una España y un mundo, perseguidos por la negra tenaz del franquismo. No lo reconocía, pero lo sabía. Su conciencia, dura y honesta, se lo decía, cuando le golpeaba cada noche, cada tarde en su soledad, cuando se

enfrentaba a la verdad del espejo. Cuando escuchaba esa voz, un vacío enorme se apoderaba de su estómago produciéndole un tremendo desasosiego.

«Mi vida es la historia de un fracaso. Soy un fracasado, un fracasado de mierda, un jodido fracasado. Quisiera haber sido poeta y me quedé en oficinista. Quisiera haber sido un líder comunista que enardeciera a las masas y me quedé en un aburrido padre de familia. Quisiera ser un pintor de prestigio y mis cuadros solo los quiere mi suegra y mi cuñada. Ni he sido artista, ni he sido intelectual ni he sido político. No sé si me falta inteligencia o me faltan cojones. Pero algo me falta. Cojones, he sido un cobarde toda mi vida. No he tenido el coraje para romper con los lazos que me ataban a lo seguro. Incluso en la época de la República me dejé arrastrar por la corriente. Esa corriente me llevó a la guerra y a la derrota. Pero, luego, no fui capaz de seguir firme en mis ideales, preferí acomodarme. Pinto bien, incluso bastante bien. Tengo imaginación, técnica y dedicación. Pero no puedo llegar a nada cuando solo pinto al volver de la oficina a las seis de la tarde. No tengo coraje para mandarlo todo a la mierda y dedicarme a la bohemia. Y, lo peor, es que esta mala leche la pagan mi mujer y mis hijos. Sobre todo, el pobre Marcos al que poco a poco le hago un infeliz. No le perdono una. Ya, cuando era pequeño, me molestaba con sus travesuras y sus ruidos. Poco a poco le he ido arrinconando porque, en el fondo, no lo acepto. No acepto su juventud, su rebeldía, sus ganas de enfrentarse a mí. No le importa faltarme al respeto ni mandarme a la mierda. Tengo casi cincuenta años y ya no me queda mucho para cambiar esto, casi ni para arreglar la relación con mis hijos o con mi pobre mujer. A veces pienso en dejarlo todo, en desaparecer, en seguir el camino de mi amargura. Otras me siento con fuerzas para coger el pincel y pintar el más maravilloso de los cuadros».

Sumergido en su gigantesco ovillo de mantas y trapos, el Batuta se desperezaba de la siesta. Abrió sus ojos medio cerrados y vio que la luz empezaba a debilitarse. Con la mano izquierda acarició la testuz de uno de los perrillos, mientras con la derecha agarraba la botella de tinto peleón para echar un largo trago. Entre sus bolsillos del pantalón encontró una colilla, la prendió y le supo a gloria.

«Joder, me encuentro bastante bien. He comido de puta madre, me he tomado mi botellita de vino y, después de esta siesta, me fumo mi cigarrillo. Hoy, Dios mío, no puedo pedirte nada más. Bueno, un *polvito*, que es cosa que se necesita de vez en cuando. Un buen *polvito* con alguna fulana que se deje. No tengo *guita* para ir con una puta, así que tendré que conformarme con una vagabunda como yo. Pero, bueno, cierro los ojos y me imagino lo que me quiera imaginar».

El Batuta se incorporó en sus dominios formados, básicamente, por dos bancos de madera del Ayuntamiento situados en paralelo. No era mucho, pero no se podía quejar, puesto que estaban bajo el techo del soportal de una iglesia prefabricada, a cubierto de la lluvia y el viento. Era casi como un palacio para el vagabundo. Allí dejaba sus cosas y construía su mundo de alcohol y soledad.

«¿Dónde está lo mío, dónde tenéis mi *tate*?», preguntó con una sonrisa de oreja a oreja, con un toque de malicia, Luisito el Pelos a Robertín y el Chuli, en los muelles de carga de El Águila. Había llegado a toda velocidad, caminando a todo trapo. Robertín le devolvió una mirada de complicidad y le dijo que si quería su *tate* primero le tenía que dar el dinero, que esas eran las condiciones habituales. Luisito sacó un billete de veinte duros doblado en cuatro del bolsillo trasero de su pantalón de pana marrón y se lo extendió. Robertín lo extendió, lo examinó y se lo guardó en el bolsillo. Con gestos lentos extrajo del bolsillo de la *chupa* un paquete de Bisonte sin filtro. Movié varios pitillos hasta que sus dedos encontraron otro más fino liado con papel de fumar. «Aquí está, este es tu *tate*». Luisito abrió los ojos con gesto de perplejidad. «Pero ¿qué es esto, macho?», inquirió a su proveedor. «Pues un *porrete*, un *porro* de *chocolate* del bueno». «Pues yo creía que era como una tablita marrón que se deshacía y se mezclaba con el tabaco». «Pues creías mal, porque este *tate* es parecido a las hebras del tabaco, pero más gordas. ¿Te das cuenta?».

Era la primera vez que los ojos de Luis veían un *porro*. Su conocimiento de la droga no había superado el mundo del anhelo y la imaginación. En sus manos apareció como un cigarro de liar mucho más fino y enrollado en ambos extremos. No sabía muy bien qué hacer con él. No estaba seguro de si guardarlo o si fumárselo allí mismo. Otros le habían contado de los efectos alucinógenos de las drogas, de su capacidad para trasladar a mundos de ficción, a experimentar una sensación de paz, a provocar la risa. Pero, él no tenía la menor idea. Sentía una cierta ansiedad por ver qué pasaba, cómo reaccionaba.

Se lo guardó en el bolsillo superior de su cazadora y echó a andar. «Cuídate, que no te pegue fuerte, que es del bueno», le despidió el Chuli. Luisito giró la cabeza, hizo un gesto con la mirada y se perdió por la calle Bustamante. Lo pensó bien y se lo fumaría en casa de Boli, en medio del guateque.

Robertín se volvió hacia el Chuli y empezó a reírse a carcajada limpia. Los dos amigos y socios se golpearon y empujaron, mientras se partían de risa. «¿Lo ves, macho?, a este *pringao*, le hemos dado una hebras de Celtas cortos y se ha creído que se va a fumar *tate* del bueno».

La casa de Boli empezaba a estar llena de gente. En el tocadiscos sonaba a toda pastilla la música de Deep Purple. Ian Gillam cantaba *Smoke on the water*, cuando la guitarra poderosa de Ritchie Blackmore rompía el silencio. Los chicos parecían disfrutar con la canción, pero la mayoría de las chicas ponían caras de susto ante la estridencia musical. Tony se había erigido en el *disc-jockey* de la tarde. En el aparador disponía de su tocadiscos de aguja y su montaña de discos. No dejaba que nadie se acercara ni los tocara. Así era Tony.

Los jóvenes no se mezclaban todavía entre ellos. Se habían situado alrededor del salón, más o menos pegados contra las paredes. Se colocaban por grupos. Los chicos con los chicos, haciendo sus bromas ruidosas. Las chicas con las chicas, compartiendo sus confidencias. Algunos, los más osados, cruzaban las líneas del enemigo para incursionar en sus filas. La mayoría estaban de pie oteando el horizonte.

Junto a la pared estaba la mesa del comedor. Bolsas de patatas fritas, cortezas y panchitos se amontonaban en el centro. A los lados, la Coca Cola y la Fanta de naranja de litro, junto a un par de botellas de ron Bacardí. En medio, un gran recipiente con cubitos de hielo y varias torres de vasos de plástico.

En general, los chicos llevaban las mismas prendas que por la mañana. Pero las niñas habían renovado su vestimenta por completo. Faldas y blusas blancas y de colores, y vestidos de flores ajustados dominaban el vestuario. También se habían maquillado, lavado el pelo y cepillado sus melenas. Todos se miraban de reojo y cruzaban sonrisas de tímida complacencia.

Sonó el timbre y se hizo un revelador silencio. Alguien iba a traspasar la puerta. El Boli, con su meliflua sonrisa de oreja a oreja, se lanzó por el pasillo adelante. Abrió la puerta y se le iluminó el rostro. Era ella. La bella Gloria, limpia y bonita, arregladita como para ir de boda. Recorrió el pasillo hasta alcanzar el salón. Cuando penetró en la pieza, un aura de luz la rodeó actuando como un imán respecto a las miradas de los demás. Todo el mundo estaba pendiente de sus movimientos, los ojos se concentraban en aquella joven. La princesa había llegado a la fiesta. Saludó a todos uno por uno y tras dejar el bolso sobre una silla, se dirigió al centro del salón. Tony cambió de repente la música y en el viejo tocadiscos sonó la voz cansada y dulce de Roy Orbison. «*Pretty Woman coming down the street, pretty woman...*». Gloria abrió sus brazos de ángel y animó a los jóvenes a acompañarla en su baile cadencioso. Su blusa blanca, sus pendientes de perla, su falda azul de tubo, sus zapatos negros de tacón bajo, su pelo recogido en un moño artesanal, dominaban la sala.

Los chicos la miraban con la cara embobada de la adolescencia. El deseo y la admiración impregnaban aquellos rostros de memos. Las chicas cuchicheaban entre ellas avasalladas por la personalidad de la princesa. Gloria, con la sonrisa perpetua en los labios, sacaba a bailar a uno y

a otro chico, dedicándole una mirada, un gesto, una caricia, que le hacía sentir el elegido por un momento. Al instante, cambiaba de pareja. Todo había cambiado en casa de Boli. Gloria había llegado al guateque.

Con su gesto noble, cabeza alta y su paso firme, Tallo se acercaba a la plaza de Atocha. La tarde había empezado a caer sobre Madrid. Los focos de los autobuses y la luz de las farolas empezaban a proyectarse. Se detuvo en el escaparate de la tienda de ropa masculina que se situaba en la parte superior del Paseo de las Delicias, casi en la esquina con Atocha. No le gustaba aquella ropa anticuada porque le recordaba a su padre, aquel militar alcohólico y pendenciero que había abandonado el hogar familiar por una vida disipada. No sabía la razón, pero, paradojas de la vida, le gustaban los pantalones milrayas, sobre todos los beige, más que los habituales azules. Él solía llevar vaqueros y pantalones de pana, pero siempre le habían gustado aquellos pantalones ligeros y frescos, ideales para el agosto madrileño. Mientras miraba los pantalones, su imagen se cruzó en el reflejo del cristal. Giró bruscamente y siguió su camino con paso decidido. Algo no le gustó.

Atocha estaba tan concurrida como siempre, llena de ese público variopinto y dicharachero que combinaban los viajeros de la estación con las familias de paseos y los jóvenes que salían a pasar su domingo. El *Scalextric* vertebraba la plaza de lado a lado con su estela de ruidos de cláxones y humo emanado por los tubos de escape. Tallo atravesó la plaza por los pasos subterráneos hasta desembocar al otro lado de la plaza, justo donde bares como El Diamante iluminaban con sus luces de neón la acera.

Como siempre, Tallo tenía hambre, mucha hambre, esa hambre que nunca le desaparecía. Miraba con ansiedad la montaña de calamares rebozados que se agolpaba contra el cristal del escaparate. Era una cascada de ruedas de calamar, huevo, harina y aceite que se venía hacia él. Si tuviera dinero en el bolsillo se hubiera zampado un bocadillo con un par de cañas y se habría quedado como Dios. Pero, como era habitual, no tenía una perra en el bolsillo. Giró sobre sus pasos y vio un tipo de unos cincuenta y cinco años, con gafas de montura dorada, traje gris y corbata roja, mirándole el culo con detenimiento. Tallo le devolvió la mirada adornada con una sonrisa. Pero, de repente, algo cruzó por su cabeza, se dio la vuelta y echó a correr por unos metros. Se apartó de la acera principal, se escondió detrás de un kiosco de periódicos y se puso a lagrimear.

En su cabeza solo había una pregunta: «¿Por qué?, ¿por qué soy un maricón?, ¿por qué no me gustan las tías, si yo le gusto a ellas?». En su cabeza se amontonaron los recuerdos. Su padre, mujeriego, que despreciaba a su mujer, tan bonita, tan rubia, tan carnal como una Marilyn Monroe de Cartagena. Su infancia y juventud de cuartel en cuartel, con aquella vida militar que nunca le gustó, con aquellas voces de mando, con aquellos saludos marciales, aquellas banderas, las cornetas y las bandas de música, las estridencias y los gritos. Con aquel culto a la masculinidad y a los cojones. Con aquel padre que les abandonó y la aparición súbita de una madre fuerte, dominante, sola, masculina, que le dirigía y le ahogaba, que todavía lo seguía haciendo. Sus

primeros toqueteos con algunos amigos del colegio, dulces y próximos, aquellos besos, aquellos escarceos de adolescentes masculinos. La vez que su hermano Vicente, quince años mayor que él, le llevó a conocer el sexo en los prostíbulos portuarios de Cartagena. Aquella mujer pintarrajeada, tetuda, poderosa, que le bajó la bragueta y no encontró casi nada. Solo una huida gritando a Vicente que se quería ir.

Tallo seguía con sus ojos húmedos revisando esas hojas del pasado.

«Lo peor no es ser un maricón, lo peor es ser un puto. Soy un puto. Si mi madre lo viera, se moriría de espanto. Tengo que salir de esto, pero es la forma más fácil que tengo de ganarme unos talegos. Quiero salir de esto, no es mi mundo. No he nacido para comerme pollas de viejos, de depravados, de maricones desesperados en lo váteres, en las pensiones, oliendo a inodoro y desinfectante barato. No sé bien cómo empecé. Fue aquel día en que el padre de mi amigo se fijó en mí. Me gustaba. Me gustaba su pelo cano, sus libros, su gusto por la literatura y su interés por mis estudios. Me gustaba, pero él me metió un talego en el bolsillo y lo siguió haciendo el resto de las veces que nos vimos y yo no le dije que no».

Ricardo estaba taciturno y concentrado. Se pasó la tarde en casa de Boli recostado contra una pared. De vez en cuando, sacaba uno de sus Ducados del bolsillo para fumárselo en silencio. Estaba sumido en sus pensamientos, agarrotado por sus planes que le preocupaban. Habitualmente, Ricardo era uno de los animadores de las fiestas. Siempre ingenioso, solía captar la atención con sus frases de doble sentido y la acidez de sus bromas.

Pero hoy estaba ausente. Se acercó a donde se encontraba Alberto e hizo un aparte con él. A continuación, con un gesto de la mano me llamó. Le devolví el gesto con la mirada y me dirigí a su encuentro. Sabía lo que me iba a plantear y no me hacía ninguna gracia. No quería ir, pero no podía decirle que no.

«Vosotros sois mis mejores amigos y, de alguna forma, seguís siendo mis camaradas. Hoy el partido os necesita. España os necesita. La clase obrera os necesita. Yo os necesito. No podéis decir que no. Solo tenéis que acompañarme esta noche a hacer una pintada para pedir la libertad de los presos. Otros camaradas y yo llevaremos todo, vosotros solo os encargaréis de vigilar por si viene la *pasma*», dijo Ricardo con su convicción de siempre. Cualquiera le decía que no. Alberto y yo nos miramos a la cara, le miramos, nos miramos y no decíamos ni media. Ricardo volvió a tomar la palabra: «Bueno, ¿qué pasa?, parece que os habéis quedado mudos».

«Ricardo —dije yo—. Tienes razón, somos amigos, yo te metí en el FRAP y tú me seguiste. Pero yo ya no estoy para eso. Estoy un poco ajeno, no sé si creo mucho en la revolución ni en la clase obrera. Creo más en mí mismo y en personas como tú o como tantos otros. No tengo mucho que ver con la clase obrera, aunque soy de ella, pues mi familia ya sabes de donde viene. Pero, macho, estoy un poco a mi aire, soy un poco nihilista y *acratón*». Alberto no dijo nada, solo miraba para abajo, avergonzado.

Ricardo, tranquilo, dio una calada al pitillo. «Lo entiendo. Entiendo que no tienes ganas, que solo te apetece la música, los amigos, la juerga, las chicas y tirarte el rollo de que eres un rebelde. Entiendo que saliste hasta los cojones del FRAP, que era una asfixia. Pero no estoy seguro que con esa actitud tuya vaya a cambiar nada, no creo que con eso se vaya a caer Franco, no creo que ayudes ni un poco a que los presos salgan de la cárcel, no creo que así puedas tan siquiera conseguir que gente como tú pueda vivir como quiera, como les gusta. La historia, Maxi, no se hace quedándose a un lado, se hace apoyando el hombro. Sobre todo, la historia de la clase obrera, de gente como nosotros. Los tres nos conocemos desde hace mucho, sabemos cómo pensamos y qué nos mueve. Entiendo que se cambie, que se dude, pero la esencia es la misma. Somos jóvenes, no nos gusta la dictadura, nos gusta una sociedad libre y justa. Y esta noche yo os pido a vosotros, mis amigos, que vengáis conmigo a decirle a Franco que libere a nuestros presos».

La representación había comenzado. La sala no estaba ni vacía ni llena. Familiares de los actores y algunos amigos ocupaban las sillas de madera del teatro del colegio Salesiano de Atocha. La música profunda del *Ummagumma*, de Pink Floyd, sonaba en los altavoces, más alta y estridente de lo que hubiera sido idóneo. Algunos agudos chirriaban como demonios, mientras los bajos retumbaban por las paredes.

Sobre un escenario desnudo, cubierto con muebles desvencijados aparecieron los actores. Dibujos en el decorado intentaban reproducir el ambiente de un país caribeño sometido a la dictadura feroz de Santos Banderas, aquel personaje valleinclanesco creado para burlarse de Primo de Rivera y que tantos imitadores tendría en la sufrida América latina. De repente la música se interrumpió. Los espectadores se removían en sus asientos, provocando el crujido de la madera gastada de los asientos. La acción empezó a discurrir. Entre el grupo de actores se distinguió la figura de Damián, cubierto con sus modestos ropajes. Los actores, más que los personajes de Valle, parecían un grupo de universitarios ataviados para un baile de disfraces organizado con los restos del baúl de la abuela.

Damián salió a escena cuando le correspondía para dar vida a Nacho Veguillas, víctima del poder absoluto y total de Santos Banderas que le trataba como a una marioneta. Las luces le daban en el rostro, deslumbrándole la visión. Damián se imaginaba que abajo una masa de espectadores boquiabiertos seguía la evolución de los actores en el escenario, entregados a la magia del teatro. Creía que un silencio sepulcral se había apoderado de la sala. Damián se desplazaba por el escenario con seguridad mientras pensaba en los *Estudio 1* que cada miércoles por la noche devoraba en la pantalla de televisión. Él quería ser como aquellos actores que admiraba, aquellos actores que interpretaban a Buero o a Arthur Miller. Quería ser como José María Rodero.

La tarde caía sobre Madrid en aquel domingo de abril. En casa de Boli nadie se ocupaba de encender las luces. La guitarra de Carlos Santana surgía del tocadiscos con su magia caliente. Las bromas y la algarabía dejaron paso al susurro de unas risas tontas y, después, al silencio. La mayoría de los jóvenes se apretaron contra las paredes. Algunas parejas se fueron formando en el centro del salón para dejarse llevar por la música embaucadora del guitarrista del *rock* latino. *Samba pa ti* cortaba el hielo, rompía los corazones y aproximaba los cuerpos adolescentes, algunos se apretaban hasta confundirse el uno con el otro.

Vicente el Largo era el más atrevido. Cerraba los ojos, sacaba su sonrisa de seductor y abrazaba a la chica de turno como si la estuviera rescatando de un tiburón. La Cromo, siempre dispuesta a demostrar su atrevimiento, se lanzó a por Alberto. Salieron al centro de la sala. Le atrapó entre sus brazos, cerró los ojos y se aferró a su cuerpo, clavándole los pezones en su pecho. Alberto sintió un repentino endurecimiento de su anatomía. Ella sonrió con los ojos cerrados.

Vítor sacó a Carmen a bailar. Se puso muy contenta, pues llevaba toda la tarde soñando con ese momento. Era la vez en que había estado más cerca de Vítor en su vida. Este le agarró por la cintura rodeándola respetuosamente con sus brazos. Carmen descansó las manos sobre sus hombros. Vítor agachó la cabeza hasta acercar sus labios a la oreja de la joven para musitar a su lado, como un susurro, que la encontraba la más guapa de todas. Ella se estremeció de emoción, giró levemente su cabeza y le dirigió una sonrisa de complacencia.

La música cálida de Santana seguía sonando en el tocadiscos. Carmen le contó a Vítor la conversación con su hermana, las razones que esgrimió para aconsejarle que no fuera a más con aquel mecánico de cadena de ensamblaje. Vítor atendía impasible la confesión nerviosa de la joven. Bailaban y bailaban, mientras Carmen se confesaba con la candidez propia de su ternura y de su edad. Vítor la dejó acabar. Al final, simplemente le preguntó qué pensaba de todo aquello, de las dudas de su hermana. Ella le dijo que no pensaba nada, que simplemente le gustaba estar juntos. Él le dijo que también, agachó la cabeza y la besó entre el cuello y la oreja. Carmen cerró los ojos y soñó con su príncipe azul. Era la primera vez que un chico la decía algo similar y la besaba.

Alberto no dejó que acabara la canción. Bruscamente se desprendió como buenamente pudo de las zarpas de Margarita que le aferraban como un pulpo. Salió disparado como un cohete. Al cruzarse con Ricardo y Maxi les dijo que los veía a la hora convenida para ir juntos a La Corrala.

La Cromo, parada en medio del salón, esbozó una sonrisa de distancia, sacó un cigarrillo y lo prendió.

La tarde avanzaba con paso firme. El pasaje de los billares estaba más solitario que nunca. No se veía un alma de un lado al otro del mismo. Aquel pasaje parecía sacado de los decorados de las películas americanas de ambiente urbano pobladas de jóvenes conflictivos. Por cualquier rincón podría aparecer James Dean con Sal Mineo. O la banda de puertorriqueños de *West Side Story*, bailando la vibrante música de Leonard Bernstein. Era un universo de enormes fachadas desnudas, con balcones vacíos cayendo sobre el pasaje, de locales abandonados, de negocios sin vida, en el que solo sobrevivían los billares de Jeromo, con sus futbolines, setas y billares, con sus jóvenes sin futuro, con esa tristeza ilusionada llena de palabras soeces y frases hechas. No aparecía James Dean, ni sus vaqueros ajustados, ni su cazadora roja. Por la entrada llegaba un muchacho que arrastraba sus pies al igual que arrastraba su vida, con displicencia y con las manos en los bolsillos. Era el Chuli que no sabía cómo consumir sus horas hasta que llegase la noche. Se acercaba con su paso vacilante buscando a alguien con quién pegar la hebra, dispuesto a jugarse un pierde-paga o a preparar una pequeña aventura para finalizar la tarde.

En la puerta de los billares, Jeromo, el jefe, escrutaba con su gesto mineral el paso de los minutos. La tarde era aburrida como el plomo. Nada pasaba. En el interior, unos cuantos chavalines apuraban la paga de los domingos en las máquinas tragaperras o mal jugando con los muñecos del fútbolín.

Jeromo avistó a lo lejos los pasos cansinos del Chuli y su mirada fresca, chulesca, y pensó lo que siempre pensaba cuando le veía. «Este chico no acabará bien, algo gordo le va a pasar. Ojalá algo le cambie».

—Chuli, ¿qué haces por aquí? No hay nadie.

—Joder, Jeromo, pues a hacerte un rato de compañía para que no estés solo.

—Anda, no me jodas, no me hagas reír, lo que tienes que hacer es irte por ahí con alguna *gachí* que te alegre la tarde.

—Yo no cambio una *gachí* por estar un rato contigo ni de coña

—¿Qué es de tu vida? ¿Haces algo?

—Lo de siempre, me busco la vida como puedo. Ya sabes...

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho. En un mes hago diecinueve.

—¿Cuándo vas a la mili?

—No me lo recuerdes. No tengo ni puta gana de pensarlo. Tú me dirás qué hace un fulano como yo en la mili.

—Pues igual no te viene mal, te veo un poco perdido.

—¿Qué quieres decir, Jeromo?

—Pues lo que oyes. Te conozco desde que eras un chavalín. En esta vida las cosas tienen que ser rectas y a ti se te ha acabado la edad de la tontería.

—Pareces mi padre, bueno, si lo tuviera...

—No, chaval, no quiero ser tu padre, pero tendrías que buscarte un curro, un trabajo, en un taller o en una fábrica y empezar a trabajar como todo el mundo.

—Jeromo, yo no valgo para estudiar y no quiero currar como un *pringao*, levantarme a las siete y currar como un cabrón todo el día para que otro se lleve la *pasta*.

—Esa es la vida, Chuli. ¿Qué vas a hacer, entonces?

—Pues lo que surja, una chapuza aquí, otra allí. O buscarte una novia rica, que creo que va a ser lo mejor.

—No me convences, pero tú sabrás...

—Bueno, Jeromo, no me des el sermón, me voy a echar una máquina. Te quiero.

El Bar Luciano, situado en el corazón de la Glorieta de Atocha, era un hervidero humano a esa última hora de la tarde. La gente entraba y salía, se agolpaba en la barra, consumía con ligereza o se sentaba en sus mesas a ver caer la tarde en conversaciones tras las vidrieras.

Era uno de esos bares que permanecían abiertos la mayor parte del día, desde el amanecer hasta bien entrada la madrugada, que siempre parecían tener en su cocina lo adecuado para cada hora del día y por cada consumidor. Abrían con el café con leche y el bollo y cerraban con el *gin-tonic* o la copa de coñac. En medio, cañas, bocadillos de calamares, pepitos, raciones, menús del día y platos combinados.

Tallo entró por la puerta. Buscó en la barra. No encontró a aquel fulano calvo con chaqueta gris con quien había quedado al mediodía. No le gustó. Se apostó en la puerta mirando alrededor con atención. Estaba nervioso. Creía que todas las miradas se posaban en él, en aquel maricón, en aquel puto.

Por fin, por el sótano que conducía los lavabos, apareció la figura triste del hombre. Tallo le vio y se imaginó que estaba cerca de su cliente. Se dirigió hacia él.

—¡Hola! ¿Eres Vicente?

—Sí —dijo el hombre con los ojos abiertos—. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias, prefiero que empecemos cuanto antes.

—¡Hombre, no vayas tan rápido! Vamos a tomar un café, nos conocemos un poco y luego bajamos. Hay tiempo para todo.

—Bueno, yo te acompaño, pero no quiero tomar nada y no tengo mucho de qué hablar. He venido para lo que he venido. Lo hacemos y cada uno por su lado. ¿Tienes el dinero?

—Sí, lo tengo. ¿Es que no te fías de mí?

—Si no me das el dinero por anticipado, no bajo.

—Vamos a tomar el café, te doy el dinero y bajamos.

—Vale.

Ambos hombres se aproximaron a la barra. Uno, joven y hermoso, Tallo con su casi 1,90 de altura. El otro, viejo, acabado, con su aspecto de poquedad. El hombre pidió un café con leche. Lo apuró. Preguntó a Tallo que a qué se dedicaba. Tallo le dijo que estudiaba, pero que no le apetecía contarle su vida.

Cuando fue a pagar la consumición sacó un billete verde de mil pesetas y se lo entregó a Tallo. «Pero, acuérdate que la corrida te la tragas. Me gusta así».

Bajaron al váter de caballeros. Era amplio y algo sucio y con ese olor fuerte a amoníaco concentrado de los urinarios públicos. En una parte, estaban situados los mingitorios. En la otra, los inodoros, en una media docena de compartimentos separados. Cuando entraron, un hombre

estaba lavándose las manos y otro, con mirada cómplice, se abrochaba los pantalones mientras salía de uno de los compartimentos. Tallo y el hombre se dirigieron a los mingitorios. Cuando los otros dos hombres dejaron los lavabos, Tallo le dijo con gesto decidido: «vamos». Entraron en una cabina estrecha. Tallo empujó al hombre contra la pared, justo encima de la taza. Él se puso en cuclillas contra la puerta. Le desabrochó el cinturón del pantalón, le bajó la bragueta y buscó con la mano una polla pequeña entre los calzoncillos. La masajeó con fuerzas hasta que se endureció. Cerró los ojos, la introdujo en su boca y empezó a chuparle. En menos de dos minutos el hombre se había corrido en la boca. Tallo se levantó y se despidió. En el lavabo, se enjuagó la boca, se lavó las manos, mientras el hombre le miraba desde el umbral de la puerta. A la carrera subió las escaleras para buscar el aire fresco de la calle. Llevaba mil pesetas en el bolsillo.

La casa de Boli era un completo desorden de vasos, botellas, patatas fritas, papeles, latas y todos esos restos de los guateques adolescentes. El panorama era dantesco. En una oscuridad de anochecida, algunos cuerpos reposaban en las paredes con las piernas estiradas y los brazos entrelazados. Otros cuerpos danzaban lentamente siguiendo los compases del *Samba pa ti*, de Santana. Algunos iban por su lado, otros pegados como lapas. Otros estaban tirados en los sofás. Y algunos, miraban el reloj descansados hieráticos en una silla. Lo más atrevidos estaban en plena paliza en los dormitorios de la casa.

Luisito el Pelos se había asomado a una ventana entreabierta, sacó el *petardo* del bolsillo superior de su cazadora y empezó a fumárselo. Estaba solo en su primera experiencia alucinógena, pues no quería compartir esa experiencia inolvidable con ninguno de sus colegas. Nerviosamente, prendió el supuesto pitillo de marihuana. Un papelillo de fumar mal liado albergaba un conjunto de hebras, algunas de las cuales eran casi ramas de árboles. Luis lo palpaba y lo palpaba con sus dedos, asegurándose que dentro había algo mágico, esa sustancia que transportaba a mundos insospechados, en los que la música se convertía en rayos de colores y los ruidos en cascadas de agua. Luisito se sentía un atrevido, un pionero en el barrio. Un tío que se drogaba, que fumaba *maría*, mientras el resto se conformaba con hablar de fútbol e intentar meter mano a alguna chavala.

Se llevó el *porro* a la boca y lo prendió con su mechero del Atleti. El petardo no prendía ni a la primera ni a la segunda. Al fin, logró que echara algo de humo, se lo llevó a la boca e inhaló con todas las fuerzas de sus pulmones. Le entró un poquito de humo, mientras sus dedos hacían crujir las ramitas del supuesto cigarro de marihuana. Luisito cerraba los ojos y pensaba: «¡Joder, qué cuelgue me voy a agarrar!». Seguía fumando mientras esperaba el momento en que la habitación, la casa, el barrio, Madrid, el mundo entero, empezaran a dar vueltas en torno a él. Nada pasaba. «Bueno, quizás es que me hará efecto dentro de un rato. Será eso». Dio una nueva calada y algo se agitó en su cerebro. «Viene, viene, lo noto». Cerró los ojos, pero nada venía, había sido una falsa alarma. Apuró el pitillo hasta quemarse los dedos. Lo miró con tristeza y lo arrojó a la calle.

Dentro, se cruzó con la mirada de Pilarín, quien permanecía sentada en una silla con una sonrisa de complacencia, pero alejada del ambiente general. Luis se dirigió hacia ella con paso vacilante.

—¿Qué te pasa, Luis? ¿Has bebido más de la cuenta? —dijo la joven en tono maternal.

—¿Qué va, tía! Es que me he fumado un *porro* de marihuana.

—Pero ¿tú estás tonto o qué te pasa? No sé quién te mandará a ti hacer esas cosas.

—Pilarín hay que probar de todo en esta vida. No quiero ser un *muermo*.

—Lo que vas a ser, si es que no lo eres ya, es un idiota por las tonterías que haces.

—Lo hago porque me gusta y porque tú no me miras.

—Y como sigas así no te voy a mirar nunca ni lo hará ninguna chica normal.

—Tú sabes que la única que quiero que me mires eres tú, Pilarín.

—Luis, sabes que me haces tilín, pero no me gusta que hagas esas tonterías. ¿Qué sientes con el porro? ¡Estarás volando!

—La verdad es que no siento nada de nada. Me han dejado como estaba.

—¿Quién te lo ha dado?

—Unos colegas. Eso no se pregunta.

—¿Te han cobrado?

—Claro. Esto no es fácil.

—Pues esos sí que deben estar volando de gusto con tu dinero, tonto.

—¿Tú crees? No lo creo porque son colegas *chachi pirulis*.

—Tú sabrás. Igual es mejor así, porque yo no voy a ir con ningún chico que tome esas cosas.

—¿Qué tengo que hacer para que salgas conmigo?

—Ser bueno, quererme y portarte bien.

—¿Si hago eso me dejarás salir contigo y te podré meter mano?

—Eres un guarro.

En un rincón del salón, de espaldas a la gente y mirando hacia la pared, la Cromo bailaba sola. Tenía sus manos sobre la cabeza y cimbreaba su cintura. Lo hacía de maravilla. Al menos a mí me lo parecía. No podía apartar la vista de ella. En el tocadiscos sonaba *Under pressure*, de Queen, con todo ese poder rítmico del bajo que se clavaba hasta el fondo del estómago. Seguía mirando, al tiempo que Margarita movía su cuerpo y se rodeaba con sus brazos el cuerpo adolescente. Me imaginaba que me acercaba por detrás, que poco a poco me acercaba más hasta que sintiera el susurro de mi respiración agitada. Yo extendería mis brazos y, siempre por detrás, la acariciaría sus hermosos y tersos pechos. Ella agarraría mis manos y las comprimiría contra sus pechos. Así bailaríamos unos minutos, no muchos, quizás unos segundos, hasta que se volviera y la diera un *muerdo* de aquí te espero.

Yo no apartaba la vista de ella. Acabó la música. No sé qué extraña fuerza magnética me llevó hacia ella. En el tocadiscos empezó a sonar la cálida música de Santana, macerada por la percusión de Chepito Areas.

—Margarita, ¿qué haces sola?

Se giró con una cierta brusquedad y me miró de abajo a arriba exhibiendo una sonrisa descarada muy de ella.

—Hombre, Max, menos mal que se acerca un hombre a preguntarme.

Me agarró del cuello, pegó su cuerpo al mío en una sensación dulce y excitante y empezamos a bailar. Se acercaba, al tiempo que el volumen de mi falo crecía súbitamente. Me daba una cierta vergüenza, pero ella al notarlo todavía se aproximó más. Empezó a darme mordisquitos en el cuello y a lamerme. Yo no podía más. Le di un beso en la boca que me salió del alma. Ella apartó la cabeza y repitió esa sonrisa descarada. Me agarró de la mano. «¡Vamos!». Yo la seguí como un cordero va al matadero. Abandonamos el salón y buscó la primera habitación que encontró. Cerró la puerta y se quitó la blusa y el sujetador. Yo era la primera vez que veía unas tetas y no me lo podía creer. Eran preciosas, rosadas, redondas, perfectas. «Vamos, Max, tócamelas». Me lancé sobre ellas. Las toqué, las besé, las lamí. Me sentía como el muchacho de *Amarcord*, superado por los acontecimientos antes de asfixiarse. Estábamos de pie. Me empujó sobre la cama, se acercó más hasta agarrar con su mano mi pene erecto, a punto de explotar. Me bajó el pantalón. Apareció mi miembro a punto de reventar. Se quitó su pantalón y me mostró su sexo, negro, oculto. Me agarró otra vez el pene para que la penetrase. Me corrí y caí como un peso muerto sobre su cuerpo desnudo. «Vamos, ¿qué te pasa?», me preguntó. «Margarita, me he corrido, no puedo más», respondí con una voz que no me llegaba al cuello. «Y ahora, ¿qué hago yo?». «Mírame, que me gusta, bésame y tócame las tetas». Me retiró a un lado al tiempo que empezaba a masturbarse.

Me sentía bastante avergonzado, pues pensaba que había hecho el ridículo más espantoso. Estaba tumbado sobre la cama, al lado de Margarita, le besaba los pezones y mi pene estaba flácido como un trozo de goma. Ella seguía agitada y jadeante hasta que de repente paró. Se incorporó, se levantó, me dio un beso en la mejilla y regresó al salón. Yo me quedé pensando si mis amigos se enterarían de que tenía eyaculación precoz. Igual, seguramente, ellos la tendrían también.

La noche ya se había adueñado de Madrid. Habíamos quedado con Ricardo en una calle secundaria de Lavapiés. Cada uno iba por su lado. Ricardo había salido antes. Alberto y yo, a tiempo. No cruzamos palabra. Él pensando todavía en que la Cromo podía estar embarazada. Yo, en que había hecho el ridículo y todo el mundo sabría a las pocas semanas que tenía eyaculación precoz. Se iban a tronchar de risa conmigo.

Al llegar a la altura de la plaza de Embajadores, decidimos separarnos para llegar cada uno por su lado a la esquina de Amparo con Miguel Servet, en pleno corazón de Lavapiés. Allí nos esperaba Ricardo para darnos las necesarias instrucciones. Antes de juntarnos había que dar algunas vueltas por los alrededores para comprobar que no había policía en la zona.

Yo hice lo propio. Me dio la impresión de que todo estaba tranquilo. Me crucé con Ricardo y Alberto, pero no nos saludamos, casi ni coincidieron las miradas. Eso siempre me había hecho bastante gracia. Habíamos pasado todo el día juntos, nos conocíamos casi desde la infancia, pero cuando íbamos a acciones políticas de la clandestinidad teníamos que comportarnos como extraños.

Finalmente, Ricardo paró en la esquina. En cuestión de segundos, nos congregamos Alberto, dos chicas a las que conocía de vista, tres chicos que me sonaban y yo mismo. Ricardo, con gran rapidez y precisión nos saludó y nos dio las instrucciones.

—¡Salud camaradas! No nos conocemos. Os digo lo que hay que hacer y nos volvemos a separar hasta las nueve en punto. A esa hora nos vemos en La Corrala. Vamos a hacer una pintada pidiendo la libertad de los presos. Tú y tú —dijo refiriéndose a mí y uno de los chicos—, estáis a mi lado, justo a mi espalda y siguiéndome. Yo haré la pintada. Tú y tú —dijo señalando a Alberto y a otro chico—, os colocáis como a diez metros. Y vosotras dos —por las chicas— en las esquinas. Si veis que se acerca una patrulla de *grises* o tíos con pinta de secretas dar la voz de alarma. Si se nos echan encima —nos dijo señalando a nosotros—, enfrentaros a ellos, empujarlos o hacer lo que sea para salir corriendo y que agarren a los menos posibles. ¿Alguna pregunta?

—Si no hay preguntas —continuó Ricardo con seguridad—, dispersaos y nos vemos a las nueve en La Corrala. ¡Salud camaradas!

Cada uno de nosotros tiramos por nuestro lado. Al despedirnos, Alberto y yo nos cruzamos una mirada en la que se reflejaba una mezcla de inquietud, de obligación y de preguntarnos qué demonios hacíamos allí. Pero el hecho es que allí estábamos porque Ricardo nos lo había pedido y teníamos una especie de deuda con él, con nuestras propias ideas y con un compromiso de creer en una España diferente, más libre, más limpia, más justa. En mi caso, también me sentía en deuda con mi abuela, que me había inculcado el odio a Franco y el amor al socialismo, con mi tío

Juanjo, asesinado en Valladolid por la aplicación de la cobarde «ley de fugas» y mi tío Eufrasio, que se pasó toda su vida huyendo en un exilio interior, como tantos otros de mis compatriotas, tantos otros que perdieron la guerra y la libertad.

Saliendo de casa de Boli, Vicen el Largo y Marcos el Huevo se fueron juntos. Detrás dejaron a Boli en su casa preguntándose cómo se le había ocurrido organizar un guateque en su casa con aquel grupo de amigos. La casa estaba hecha un Cristo, llena de desorden, suciedad y roturas. El pobre Boli no sabía cómo iba a explicar a sus padres el Apocalipsis en que se había convertido su casa. Nadie se quedó a ayudarle y Boli no sabía por dónde empezar. Le iba a caer una *gorda*.

El Largo y el Huevo salieron a la carrera escaleras abajo. Detrás le siguieron poco a poco el resto, empezando por Marga y Luisito. Solo Pilarín y Yoli se quedaron para ayudar a Boli a recoger los vasos y las botellas, meterlos en bolsas de plástico y dejarlos en la calle.

El Largo caminaba cabizbajo, con las manos en los bolsillos, en una actitud vacilante y con los ojos entornados, como había visto en los pósteres de Marlon Brando. Arrastrando los pies, sus pasos seguían siendo largos. Marcos, a su derecha, le seguía con algún esfuerzo y el gesto sonriente.

—¿Qué tal te lo has pasado con la juventud?

—Bien, son buenos chavales, pero claro, tío, se me hace un poco infantil.

—Ya, pero tampoco teníamos otro plan.

—No, si me parece estupendo, no me quejo. Hemos escuchado música, hemos bailado, hemos tomado unas copas y algún que otro *magreo*.

—No me jodas. ¿Con quién? No me he fijado.

—¿Con quién va a ser? Pues con Gloria.

—¿Sí?

—Claro. La saqué a bailar con Santana, le agarré la cintura, cada vez más cerca, más cerca. Vi que no me decía que no y le empecé a dar mordisquitos en el cuello. Ella seguía sin decir nada. Así que le acaricié el *culete*. Le busqué la boca y le di un *muerdo*. ¡Cómo besa!

—¿Y?

—La verdad es que luego, al acabar la canción, le cogí de la mano y cuando íbamos por el pasillo se me soltó y me dejó con un dolor de huevos de padre y muy señor mío.

—Te estás tirando el *moco*, que te conozco. Esa tía no besa a nadie, que te lo digo yo.

—Lo que tú digas. Tiene unos labios suaves y dulces.

—¡Anda ya! He tenido una bronca con mi viejo de la leche. Un día me va a dar una hostia de las buenas o me va a echar de casa. No nos aguantamos.

—Es que te pasas, macho —dijo Vicen.

—No me paso, es que no para de meterse en mi vida, me tiene hartado.

—Pero tienes que entender que algo tienes que hacer.

—No me hables como mi padre.

—Por mí, haz que lo te salga de los cojones, pero no puede ser que no estudies, no trabajes y llegues a tu casa *bolinga*.

—Tú tampoco eres un ejemplo, Vicen. Yo al menos acabé el Bachiller.

—No te metas conmigo. Yo hago lo que me parece, pero también curro y ahora, macho, voy a preparar unas oposiciones para la Casa de la Moneda. De botones.

—Eso de *currar*... Con lo que está cayendo. A mí me gusta otra vida. Me gusta la gente, tocar la guitarra. Me gusta escribir. Pero *currar*, que exploten a otro.

—De algo tendrás que vivir, algo deberás hacer.

—Ya te he dicho, de tocar la guitarra, de hacer canciones.

—Eso te vale mientras sigas en tu casa, pero habrá un día que tu viejo se le hincharán las pelotas y te pondrá de patitas en la calle.

—Pues ese día, agarro la guitarra y me iré por ahí, encontraré a gente, dormiré en la calle...

—Lo que dices son gilipolleces.

—A mí me parecen gilipolleces las tuyas. Ser botones de la Casa de la Moneda, con tu uniforme y llevando cafés a los gerifaltes mientras te pagan cuatro perras.

—¿Sabes lo que te digo?, que acabarás haciendo más o menos lo mismo. Más pronto o más tarde, pero acabarás haciendo lo mismo, porque no se puede vivir de fantasías.

La cocina de mi casa tenía unas dimensiones diminutas. Daba a un patio interior, profundo y oscuro. En apenas seis metros cuadrados se agolpaba la pila, la mesa, un aparador empotrado y una cocina de dos fuegos, que se apoyaba en la antigua de carbón. La sillita de mi abuela ocupaba un rincón mientras dos banquetas se escondían bajo la mesa. El techo todavía conservaba viejas humedades, mientras en las paredes aparecían desconchones. Bajo la ventana se colgaba la fresquera, un espacio ya desaparecido en las modernas casas, pero de función vital en el Madrid de la posguerra como adelantado de los modernos frigoríficos.

Mi madre conectó la radio y empezó a preparar la cena. Era una radio vieja, pero que seguía funcionando como un reloj. Se agachó para sacar del aparador empotrado una cacerola y una sartén. Esa noche cenaríamos judías verdes y pescadilla enroscada con salsa de tomate. En la radio, el locutor informaba a la audiencia de las noticias dominadas por los resultados futbolísticos.

Lentamente empezó a pelar la vaina de las judías. Las arrojaba a la basura, mientras depositaba las judías en un colador. Las lavó con delicadeza. Previamente, había puesto el agua a cocer, al empezar su ebullición añadió las verduras y dos patatas.

Mi abuela penetró en la pieza y ambas cambiaron impresiones sobre la hora a la que llegaría a casa y lo fría que me encontraría la cena. Mi abuela, con la parsimonia de sus movimientos, levantó la tapa para echar un vistazo a las judías, aprovechando que mi madre se había desplazado hasta el comedor para sacar de la nevera las pescadillas de enroscar y un recipiente con salsa de tomate previamente cocinada.

Al regresar a la cocina, mi madre le comentó a mi abuela que su vida seguía siendo aburrida y chata desde la muerte de su marido, mi padre, fallecido abruptamente en un fulminante accidente de tráfico cuando apenas contaba con cuarenta años de vida. Mi abuela le respondió que me tenía a mí, que era un sol, que era más que suficiente. Le insistía, como una y tantas veces, en lo buen estudiante y muchacho que era, lo cariñoso, lo serio, lo responsable. Mi abuela, siempre mi abuela. Le recordaba su vida dura, su viudez, su orfandad, su lucha eterna por salir adelante. Le hacía ver su espíritu y su determinación. Mi madre se quejaba, se quejaba de que al día siguiente, como todos los lunes, saldría de mi casa a las siete de la mañana, siendo todavía noche cerrada para irse a la fábrica de Loewe a cortar pieles, a ser marroquinera, a tener que refugiarse en el lavabo para poder comer el bocadillo de media mañana. Mi madre casi nunca sonreía, desde entonces se le fue quedando ese gesto de amargura.

El aceite ya estaba hirviendo en la sartén, las pescadillas estaban rebozadas en harina. Mi madre levantó la tapa y con mimo depositó las pescadillas en el aceite. Se dio la vuelta, prestó atención a la quiniela, aunque nunca jugaba, y siguió con su lamento ante mi abuela. Al cabo de unos

minutos les dio la vuelta y al poco rato las sacó de la sartén para dejarlas en una fuente. Al lado, añadió la salsa de tomate. Cubrió el recipiente con una tapa. Miró las judías. Ya estaban cocidas. Las coló el agua y las dejó escurrir agitando el colador en movimientos lentos. Las dejó en una fuente honda y de forma redondeada. Las sazonó con sal, aceite y vinagre y les dio la vuelta.

Mientras mi madre hacía esto, mi abuela había puesto la mesa en la sala de estar, donde almorzábamos y hacíamos la cena para poder ver la televisión. Mi madre dejó las dos fuentes en la mesa y ambas se pusieron a cenar en silencio. «¿Cuándo vendrá el niño?», suspiraron a medias.

Al torcer la esquina, el Chuli se topó con el coche. Iba camino de su casa, pensando en sus cosas, pero sin saber por qué se le cruzó la idea por la cabeza. Ya lo había hecho otras veces. Sabía cómo hacerlo. El Chuli era así. Se le ocurría una cosa y, zas, la hacía. Sin más reflexiones. De la idea a la acción. Tenía poco juicio.

La noche era oscura. No había nubes en el cielo. La noche era oscura y más oscura se iba a poner para el Chuli. La luz tintineante de un farol establecía un círculo iluminado que se desvanecía progresivamente. El coche, un 127 azul oscuro, estaba aparcado cuatro o cinco metros más allá de donde alcanzaba la luz.

Por la calle, no pasaba un alma. Era una zona en la que solo había cuatro o cinco casas de viviendas habitadas por vecinos de avanzada edad. El resto eran los muros de las fábricas. No se oía un ruido. No pasaba un coche. El maullido de los gatos alteraba de cuando en cuando aquel silencio de muerte.

El Chuli asomó la cabeza por la ventanilla. Miró al interior y comprobó que la radio de coche estaba en su lugar. Era lo que buscaba. No quería más que aquella radio. Aquello era coser y cantar. Conocía en Lavapiés a un perista que compraba todo lo que le llevaran si estaba en buen estado. «Macho, entrabas a la trastienda y aquello parecía el Corte Inglés». La cosa era sencilla. Solo tenía que abrir la puerta con la lima, saltar el seguro y, después, sentarse en el interior y desatornillar los encajes de la radio. «Esto está más *chupao* que la pipa un indio. Por aquí no pasa ni Dios».

De todas formas, el Chuli tomó sus precauciones. Conocía la zona como la palma de su mano. Si le sorprendía alguien que viniera andando, echaba a correr cuesta abajo para buscar la salida hacia Méndez Álvaro. Si venía un coche, se metía por Canarias, que era de dirección prohibida, hasta ocultarse en la oscuridad de los muelles de la fábrica de cervezas El Águila.

Miró para un lado, miró para otro y no vio a nadie. También observó hacia arriba, a los balcones, pero a esa hora la gente, o estaba viendo la televisión, o camino de la cama. Echó mano al bolsillo y sin pensarlo dos veces se puso manos a la tarea. Con el limón empezó a forzar la cerradura. El coche tenía echado el seguro, pero eso no era problema, con la presión del limón tenía que saltar a la fuerza. El Chuli seguía intentándolo, pero aquello no cedía. «Joder, la hostia, ¿qué cojones pasa? Esto no cede ni para atrás». En lugar de levantar la cerradura, el Chuli empezó a hacer una palanca entre la puerta y el marco. El dintel de la puerta se descascarilló ante la fuerte presión ejercida por el limón. Pero no había manera. «Le van a dar por culo. O se abre por las buenas, o por las malas».

Buscó en el bolsillo de su cazadora la bujía que desde los últimos meses siempre llevaba. De un golpe frío, la cabeza de la bujía convirtió el cristal en un mapa orográfico. El Chuli, con el canto

de la mano, lo acabó de rematar. Como pudo, retiró los cristales del asiento, se introdujo en el carro y empezó a desatornillar los anclajes de la radio. En unos pocos minutos había acabado su tarea y se disponía a salir con su botín bajo el brazo rumbo a su casa. «Mañana me voy a sacar unas *libras* por este *loro*».

Eran las nueve de la noche en el corazón del viejo Madrid castizo. Una niebla repentina, densa y oscura se había apoderado de la plaza de La Corrala y de todos sus alrededores. El grupo nos juntamos en una esquina de la plaza. Ricardo sacó de un morral verde oliva militar el espray con pintura negra y con una mirada nos indicó que cada uno se tenía que dirigir a su posición encomendada.

La niebla era cada vez más espesa y un frío seco y punzante se apoderó de mi espina dorsal. Flanqueando a Ricardo, el otro chico y yo nos encaminábamos al muro. La noche ya había rodeado el lugar, que permanecía iluminado por la débil luz de los faroles. Ricardo se colocó frente al muro, miró a su alrededor, observó atrás e hizo el gesto de que todo iba a comenzar. El otro chico y yo nos pusimos de espaldas a él, recorriendo el muro de lado a lado. Apenas la niebla lo impedía, vislumbrábamos a nuestros compañeros de pintada. Ricardo pulsó un par de veces el espray para comprobar que funcionaba y que podría consumir la pintada.

Yo intentaba dominar mis nervios como buenamente podía. Sabía que a mucha gente la policía les había pillado en plena acción, unos habían podido escapar, otros no. En muchas ocasiones había sido capaz de salir corriendo en las manifestaciones estudiantiles por mis piernas. En un par de ocasiones sentí a mi lado el aliento de los *grises*, sus manos intentando agarrarme de donde pudieran, la estela pesada de sus porras. Conocía muchos camaradas que habían sido detenidos en plena acción. Me habían hablado de sus calabozos, de sus insultos, de sus interrogatorios, de sus hostias sin final.

Ricardo había empezado a escribir en el muro enladrillado de La Corrala: LIBER. El otro chico y yo le mirábamos de reojo, mientras seguíamos caminando a su alrededor y dándole la espalda. Nadie se había acercado y apenas había gente en la plaza. La verdad es que costaba mucho ver por la niebla veinte o treinta metros más allá de nuestras narices.

En la parte superior de la plaza se asomaron dos figuras de hombre. LIBERTAD. Permanecieron unos minutos mirando y poco a poco se dirigieron hacia nosotros tranquilamente. Yo los miré a la cara. Ricardo seguía escribiendo. LIBERTAD A LOS. Uno de los hombres, el más bajo y moreno, se puso junto a mí leyendo lo que Ricardo escribía. Lo repitió en sus labios. El otro permanecía detrás. Todo sucedió muy rápido. El que estaba más cerca de mí súbitamente se abalanzó sobre Ricardo, lo enganchó con sus brazos. Yo reaccioné con rapidez. Lo agarré y le empujé. El otro, más gordo, también enganchó a Ricardo, mientras el más bajo se lanzó a por mí. Me escurrí como pude y salí corriendo a toda velocidad. Cuando llevaba unos veinte metros y vi que no me seguía miré hacia atrás. Los dos hombres se llevaban a Ricardo que no ofrecía resistencia. El mundo se me cayó encima. Mi amigo iba para los calabozos de la Puerta del Sol y yo no había podido hacer nada por evitarlo.

Los demás no se habían enterado, ocultos por la muralla de niebla. Como pude me dirigí a las cuatro esquinas para avisarles que Ricardo había sido detenido y que cada uno debería dirigirse hacia sus casas y seguir las normas de seguridad que todos conocíamos de sobra.

Alberto y yo decidimos bajar juntos hacia el barrio. Nos mirábamos atónitos y caminábamos cabizbajos calle Embajadores abajo. Alguno tendría que avisar a sus padres, alguno debería comunicarlo al partido.

Eduardo San Miguel se encontraba viendo la televisión, recostado cómodamente en el sofá de su casa. Había cenado como un príncipe. Eulalia, su mujer, le había preparado una sopa de pescado y unos filetes rusos, sazonados con ajo y perejil. Eduardo era de pocas palabras, pero aquella noche su mujer se merecía el elogio. «Laly, la cena estaba buena, ya cocinas casi como mi madre». Estaba viendo, como todos los domingos a esas horas, *Estudio Estadio*. En cuanto acabara se iba para la cama para escuchar a José María García en *Supergarcía de los domingos*. La «moviola» no había aclarado algunas jugadas polémicas y Eduardo se fiaba a ciegas de lo que decía José María. «Ese sí que no se muerde la lengua».

Eduardo San Miguel vivía desde hacía más de treinta años en un semisótano de aquel inmueble. En lo alto de las habitaciones, un pequeño ventanuco le permitía recibir la luz del día y, subido a una banqueta, asomarse a la calle. Era estupendo, porque a Eduardo siempre le gustaron las mujeres. Así que, agazapado tras su ventanuco, y cuando le venía en gana, veía las piernas de las transeúntes con total impunidad. «A algunas se les ve hasta el ombligo».

Le gustaba dejar aparcado su 127 azul enfrente de su casa. Era como meter el caballo en la cuadra. Había sido guardia civil en la época dura, cuando la Benemérita era el ogro de los pueblos, cuando en los cuarteles se daban unas impunes palizas de espanto a los rateros, los gitanos y los políticos. Eduardo había tenido una mano dura que no le temblaba ni cuando repartía «hostias limpias» ni al empuñar el arma.

Su condición de guardia retirado y su afición a las armas le permitía mantener una pistola en su poder. La limpiaba cada semana, la cuidaba como un tesoro con minuciosidad y mimo. De vez en cuando, acudía a una sala de tiro para practicar con el ánimo de mantener firme el pulso y ágil el gatillo.

Eduardo San Miguel escuchó un chasquido en la calle. Algunos cristales se habían roto con sequedad. «Laly, ¿qué ha sido eso?». «Voy a asomarme al ventanuco, pues no me huele nada bien». Eduardo San Miguel se encaramó a la calle y descubrió una sombra moviéndose nerviosa en el interior de su 127. No se lo pensó dos veces. Se dirigió al cajón donde guardaba su pistola. Volvió a encaramarse al ventanuco. La sombra negra continuaba moviéndose con velocidad de felino. Salió del coche con agilidad. Era un hombre joven, un muchacho de ojos azules. Eduardo San Miguel apuntó a la cabeza, con frialdad, con la seguridad de un profesional. El hombre joven miró hacia abajo llevando algo entre las manos. En el silencio de la noche sonó un disparo como un cañón. Eduardo San Miguel descerrajó un tiro que penetró por la sien de Chuli. El muchacho cayó sobre el capó del 127 azul marino, levantó la cabeza y vio la mirada fría y pesada de Eduardo San Miguel. «Muérete, cabrón», dijo para sus adentros el guardia civil retirado. Cerró el ventanuco y se fue a dormir. A la mañana siguiente los tempraneros obreros de El Águila y de la

Standard encontraron el cadáver todavía caliente de Chuli. Se había estado desangrando toda la noche, mientras Eduardo San Miguel dormía. El Chuli murió.

El Batuta había cenado como un señor. Tras una larga siesta de vino peleón, se despertó a media tarde. Se incorporó como pudo en el desorden de sus mantas y plásticos. Prendió un pitillo y se lo fumó pensando en lo miserable de su sucia existencia. Le seguía apeteciendo echar un polvo, pero no sabía cómo.

Pasó un rato de incoherente cháchara con algunos chavales del barrio. Al caer la noche, el estómago le pedía sustento. De una de sus bolsas sacó un enorme trozo de pan y un buen pedazo de longaniza. Desplegó su navaja y lo empezó a cortar. Lo deglutió, entre trago y trago de vino, en un santiamén.

Al finalizar se dio cuenta que a su espalda se había aposentado otra vagabunda. Era baja, algo gorda, agitanada y oscura. Le ofreció un cigarro, un trago de vino. Se levantó, ayudado de sus muletas y se sentó junto a su lado. Ambos se miraron a los ojos, con desgana. La noche era fría y seca. La niebla estaba cayendo. El Batuta le buscó las tetas, se las tocó, le dio algo parecido a un beso. Ella no reaccionó, era un cuerpo inerme. El Batuta la empujó sobre el banco, se tiró sobre ella, buscó su miembro bajo su bragueta. Ella seguía quieta. Le bajó las bragas y echó algo parecido a un polvo. La noche, la helada, cayó sobre Madrid. Mañana sería otro día.